

El camino brasileño hacia el socialismo

Traducción: Alma Rosa Chiapa

Versión original en portugués:
Dos Santos, Theotonio (1985), *O caminho brasileiro para
o socialismo*, Brasil, Edit. Vozes.

Índice

Prefacio del Senador Roberto Saturnino

Prólogo

Primera parte: Justicia social, soberanía nacional y socialismo

- I. Cómo llegamos a esta situación
- II. "Seguridad Nacional" y desarrollo: el modelo económico de 1964
- III. La búsqueda de un nuevo modelo: desarrollo social y socialismo
- IV. Socialismo y justicia social
- V. Socialismo y soberanía nacional
- VI. Socialismo y laborismo

Segunda parte: Democracia y socialismo

- I. Estado liberal y Estado democrático
- II. Estado y democracia en Brasil
- III. Democracia liberal y democracia popular
- IV. ¿Cómo se implantará el socialismo en Brasil?
- V. El partido como embrión del nuevo Estado

Tercera parte: El programa de transición al socialismo

- I. La crisis del modelo económico
- II. El programa de emergencia: reversión de prioridades
- III. Las reformas de base como condición para la transición al socialismo
- IV. Las formas de transición al socialismo
- V. El hombre nuevo: objetivo final del socialismo

Cuarta parte: El mundo camina hacia el socialismo

- I. El mundo camina hacia el socialismo
- II. El camino del no-alineamiento
- III. Por una política externa socialista

Prefacio

No es de sorprender la calidad de la Obra, la precisión de los conceptos, la lógica de la presentación, el rigor del lenguaje: Son bien conocidos los méritos de Theotonio dos Santos como científico político y social; bien conocidos dentro y fuera de Brasil. Conocer esos méritos es suficiente para que su nuevo texto sea recibido con gran interés y sea meditado como expresión importante del pensamiento brasileño de estos días cruciales.

Teniendo en cuenta estas cualidades del autor, por el título se avala la relevancia y la pertinencia del libro. En el Brasil actual renace con nueva fuerza el ideal socialista. Asociado a una invaluable opción democrática, el socialismo brasileño se extiende rápidamente como uno de los mayores horizontes de nuestro panorama político, con vocación para ganar una gran mayoría, a medida que se afirma como respuesta adecuada a la inconformidad que se va generalizando en el paisaje social, inaceptable e inmoral, fruto monstruoso del patrón de desarrollo impuesto por los privilegios internos e intereses externos como bien describe Theotonio al inicio de su libro.

El socialismo brasileño aún no se define por completo. Consciente de las frustraciones pasadas, quiere dibujarse poco a poco, en aproximaciones sucesivas, construidas sobre nuestra peculiar realidad, donde las tradiciones paternalistas entran en choque con la modernización dramática, donde a pesar de los avances optimistas, aún es evidente la debilidad en la organización de sus estructuras sociales. El socialismo brasileño pretende en primera instancia encontrar su camino de transición vía la eliminación de la dependencia externa, del autoritarismo secular, de las desigualdades brutales. Es esa la rica discusión por la cual se encamina Theotonio, con su gran saber y su pensar honesto.

Abre también los caminos para el debate del Partido Socialista, ese instrumento que gana adhesiones multiplicadas por todo el país, demandando y exigiendo formulaciones objetivas. En ese momento más que necesario, llega Theotonio con su valiosa contribución, con su trazo firme, franco e inteligente, para ese dibujo que comienza a formarse en las calles, en los debates y en el papel escrito.

Theotonio percibe con nitidez la inviabilidad del viejo sueño de nuestra burguesía de traer el liberalismo angloamericano. Percibe que Brasil debe y puede abandonar ese falso ideal y buscar consistentemente la planificación, la intervención del Estado, las reformas estructurales, la propiedad social en los sectores estratégicos (como el financiero), buscar en fin las vías del socialismo, sin romper con los mecanismos

políticos salidos de la democracia liberal- la representatividad y la rotación del poder, la garantía de los derechos y libertades esenciales, el pluralismo y la elección popular- enriquecidos dichos mecanismos con formas nuevas de participación creciente de la sociedad en las decisiones públicas. Theotonio percibe que ese es el gran potencial de Brasil de su generación. De ahí el impulso de sentarse y escribir, hablar a la Nación.

Theotonio hizo un libro importante, del cual podría resaltar uno u otro capítulo de mi interés, como –la transición hacia el socialismo, el partido nuevo, por ejemplo. Pero no lo haré. Que lo aprecie el lector, el brasileño, el latinoamericano, ligado al ideal de la nueva sociedad, que tome y abra este interesante libro para discutir consigo mismo y con sus presentes los caminos del socialismo.

Senador Roberto Saturnino

Prólogo

Este libro pretende colaborar en un debate de gran alcance histórico que tiene por objetivo la integración del pueblo brasileño al movimiento mundial en dirección a un mundo socialista.

En este momento está hecha la convocatoria a un Congreso Nacional de Socialismo Democrático que pretende abrir el camino a un gran Partido Socialista de Masas.

El ideal de un Brasil socialista deja de ser un sueño vago e impreciso para convertirse en un movimiento social y político de gran envergadura que ubicará a nuestro país en el escenario internacional con el peso correspondiente a sus riquezas naturales, a su población y a su origen cultural.

Las élites políticas y culturales brasileñas quisieron impedir, año tras año, la angustia de nuestro pueblo y de las clases trabajadoras con un programa, una estrategia y una táctica política propias.

No obstante, el fracaso del régimen de excepción que estas élites impusieron sobre los brasileños a lo largo de 20 años de arbitrio, autoritarismo y represión, los desmoralizó como conductoras de nuestro pueblo.

El fin de la dictadura y la urgencia de una democracia aun incipiente pondrán a la orden del día la necesidad de una organización partidaria independiente del pueblo trabajador.

Esta organización no podrá tener por meta sino la conducción de un proceso de transición de Brasil a una nueva economía y sociedad justa igualitaria y fraterna.

Muchos libros, artículos, reflexiones, conferencias, debates y congresos tendrán que realizarse para esclarecer esta cuestión que ya se coloca en la orden del día para las grandes masas brasileñas.

Con este libro queremos concentrar en un texto simple y modesto los años de lucha, reflexión y estudio que dedicamos a este tema junto con otros compañeros brasileños, latinoamericanos y de otras partes del mundo.

Durante más de 30 años, desde nuestra adolescencia, identificamos nuestro destino personal con la causa del socialismo en Brasil y participamos de la elaboración del programa socialista de la Organización Política Obrera que marcó un periodo de la evolución de la izquierda brasileña.

Con nuestro exilio iniciado en 1966 continuamos la lucha por la redemocratización de Brasil y nos incorporamos al Partido Socialista Chileno para combatir al lado de Salvador Allende por nuestra causa común. En varios congresos, seminarios y sobre todo en mesas redondas sobre el socialismo en el mundo, que se realizan anualmente en Cavtat, desde 1975, con la presencia de intelectuales y políticos de todo el mundo y de las más diversas tendencias, continuamos debatiendo, estudiando y profundizando nuestra visión de lo que representa el socialismo en el mundo contemporáneo.

El dominio oligárquico y neocolonial sobre nuestros medios de comunicación alejan totalmente a nuestro pueblo de las grandes corrientes de pensamiento de nuestro tiempo. Nuestros intelectuales, con raras y brillantes excepciones, restringen su campo teórico e histórico a las versiones nuevas y parisinas del mundo contemporáneo.

Por lo tanto, el debate sobre el socialismo es algo aún muy incipiente en nuestro país. Pero la crítica profunda que cada brasileño realice, en el fondo de su mente y de su corazón, al modelo capitalista dependiente, concentrador y marginalizador en que nos encontramos deja siempre una cuestión en suspenso, ¿cómo superar esta situación?

Pues bien, el debate sobre el camino brasileño hacia el socialismo debe partir de esta cuestión básica; ¿es el socialismo la salida, la alternativa para este capitalismo dependiente?

Aquí se exponen algunas ideas sobre el tema para un inicio de conversación. Si hubiera una respuesta viva e interesada podríamos partir de nuevas cuestiones que seguramente afectan profundamente nuestras vidas, nuestras esperanzas y nuestras angustias.

Theotonio dos Santos

Rio de Janeiro, 8 de enero de 1984

Primera parte

Justicia social, soberanía nacional

y socialismo

I- ¿Cómo llegamos a esta situación?

El pueblo brasileño vive en condiciones económicas y sociales muy inferiores a las de las naciones desarrolladas, ya sean capitalistas o socialistas. Los índices de miseria absoluta, deficiencia alimentaria, mortalidad infantil, analfabetismo, etc., apuntan a una situación de miseria aguda de las grandes masas.

Sería errado atribuir esta situación a la falta de recursos de nuestro país ya que Brasil es una de las regiones más ricas del mundo. Sería también una falsedad explicarla por las características raciales o culturales de nuestro pueblo. Hoy, las zonas desarrolladas del mundo se componen de segmentos raciales de todos los tipos y pueblos de los más diversos orígenes culturales.

Sería también un falso camino atribuir estas deficiencias a algún tipo de rechazo intrínseco de nuestro pueblo al progreso tecnológico. El pueblo brasileño domina hoy tecnologías muy sofisticadas y nada indica que tenga una resistencia natural al desarrollo tecnológico.

Brasil, tal como la mayoría de las naciones subdesarrolladas que forman la vasta población del llamado Tercer Mundo, forma parte de un conjunto de países que fueron objeto de la expansión colonial de Europa (excepto los Estados Unidos, Canadá y Australia cuya colonización asumió en sus orígenes características menos explotadoras que permitieron la mayor autonomía de sus habitantes).

Esta dominación, directa o indirecta, sometió su organización económica a los intereses del mercado europeo y generó estructuras económicas basadas en relaciones de trabajo atrasadas de tipos semi-serviles y esclavistas cuando Europa y los Estados Unidos ya instituían masivamente el trabajo libre y asalariado.

Esta dominación privilegiaba la explotación extensiva de esa mano de obra barata en detrimento de las tecnologías modernas que elevaban la industrialización y el proceso de automatización del trabajo a niveles extremadamente altos en los Estados Unidos y Europa, aumentando en cantidades impensables la entrada del excedente económico generado por los trabajadores.

Esta dominación condenaba también a nuestros países a la especialización en ramos subyugados y dependientes de la producción, estableciéndose una división internacional del trabajo que nos distanciaba de los núcleos de avance tecnológico y científico.

Por último nos vimos condenados a la explotación del trabajo barato, a la subyugación a la economía internacional y a los poderosos intereses que la controlaban. Nos vimos también condenados al atraso social, cultural y político ajeno a las fuerzas sociales, culturales y políticas que impulsaban las transformaciones más significativas del mundo contemporáneo.

Hasta 1930 predominó en nuestro país una economía agrícola y minera enfocada a las necesidades del mercado internacional, utilizando exclusivamente mano de obra barata y dependiente de relaciones semi-serviles. En torno a esa economía exportadora se desarrollaron las vías de ferrocarril, las ciudades más importantes, los primeros núcleos de industrias complementarias de esa base económica ligada sobre todo al café, al cacao, al tabaco, al caucho, etc.

Nuestro pueblo vivía, aun así, en mayor atraso social. Analfabeto y enfermo, su miseria se expresó en la figura denominada "jecatatu" símbolo de ese mundo subdesarrollado. Las nuevas clases sociales que se desarrollaron junto con las ciudades y las nuevas actividades arriba señaladas se rebelaron en ondas sucesivas contra el dominio absoluto que las oligarquías rurales ejercían sobre el aparato estatal creado por la vieja República.

En la década de los 20 esa rebelión asumió la forma de movimientos militares que sumándose a las huelgas de 1917-1919 y a las protestas intelectuales del movimiento modernista, debilitaron progresivamente las bases de sustento del régimen oligárquico.

La crisis internacional de 1929, que derrumbó el mercado mundial de materias primas, devaluando los depósitos de café de las oligarquías, abrió camino para un movimiento revolucionario que se materializó en la revolución de 1930.

El gobierno revolucionario, bajo el mando de Getulio Vargas, realizó una amplia labor en el camino de la industrialización y el crecimiento urbano, del ascenso de clases medias, los derechos sociales y la organización de los trabajadores, y de la modernización del país en su conjunto.

Sin embargo, esa tarea modernizadora en dirección de un régimen económico capitalista, fuertemente controlado por el Estado apoyado en movimientos sociales organizados y en medidas de defensa del trabajo, sufría dos importantes limitaciones:

En primer lugar, la Revolución de 1930 no llevó hasta el final la lucha contra las oligarquías rurales, al preservar el latifundio y evitar una intervención social en el campo. La fuerza de esas oligarquías a pesar de

estar enflaquecidas por el desarrollo del capitalismo en la agricultura, por el éxodo rural y por la confiscación estatal de las divisas obtenidas con las exportaciones, continuó siendo, con todo, un factor de atraso y un foco constante de conspiración político-militar y transmisión ideológica conservadora contra las medidas de contenido nacionalista y democrático.

En segundo lugar, debido a esta misma razón, el Estado Revolucionario tuvo que recurrir a la centralización de la administración y el autoritarismo como forma de imponer las transformaciones modernizadoras sobre las oligarquías rurales y los fuertes contingentes de clases medias bajo su influencia.

Las limitaciones de la Revolución de los 30 revelaron las debilidades de las fuerzas sociopolíticas que intentaban atraer al Estado a la modernización del país.

La burguesía industrial naciente era en gran parte hija de la propia oligarquía rural, financiera y mercantil o de migrantes sin mayores riquezas acumuladas y sin posición social para controlar el poder político.

Las clases medias estaban compuestas de profesionales liberales y asalariados administrativos y de servicios y estaban aún en sus inicios. Su único pie en el poder estaba en la participación dentro de las fuerzas armadas y en la emergencia de una funcionalidad pública más profesional y de carrera.

La clase obrera tradicional estaba compuesta de artesanos de origen europeo con hábitos individualistas. Por otro lado, los nuevos contingentes de trabajadores venidos del campo traían una mentalidad paternalista.

Estas fuerzas aun emergentes no disponían del poder suficiente para enfrentar cara a cara el poder oligárquico tradicional y tuvieron que apoyarse en sectores más progresistas de la propia oligarquía, confiar en su debilitamiento por la crisis internacional y recurrir al uso de la fuerza del Estado autoritario con el objeto de evitar las barreras impuestas al desarrollo industrial y a la modernización social por las sobrevivencias de la gran propiedad latifundista y de las relaciones semi-serviles en la agricultura.

Vencidas solamente en parte las dificultades internas, el desarrollo económico y social de nuestro pueblo enfrentó, en el plano exterior, otros problemas todavía más potentes y dramáticos.

Desde 1945, terminada la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo internacional entró en una nueva fase de expansión (a pesar de los brotes revolucionarios ocurridos después de la guerra en China, Yugoslavia, Europa Oriental, etc.).

Como resultado de esta expansión se produjo un intenso movimiento internacional de capitales en busca de nuevas oportunidades de inversión. Estos capitales encontrarían en los países coloniales y semi-coloniales, un embrión de industrialización y una infraestructura económica en condiciones de recibir sus aplicaciones.

Las nuevas invenciones introducidas en la posguerra abrían un enorme campo a la difusión de nuevas tecnologías monopolizadas por las grandes empresas situadas sobre todo en los Estados Unidos.

La electrónica, la aviación, la petroquímica y la química inorgánica en general, la energía nuclear, se sumaban a la mecánica básica, la industria automotriz, la química, la electricidad y la radio para diseñar en el horizonte de la humanidad una nueva civilización que superaba inclusive la era de la industrialización tradicional.

Después de la Segunda Guerra Mundial el desarrollo tecnológico ya no se realiza basado en la experimentación empírica. Es desde entonces que la ciencia crea los procesos de producción y los nuevos objetos que ocupan nuestra vida cotidiana.

La actividad científica se convierte en una tarea permanente en la cual se invierten incontables recursos. El dominio sobre el conocimiento innovador pasa a ser más importante que la rutina de la producción, la creación y los aspectos cualitativos pasan a sustituir el aspecto cuantitativo del crecimiento económico.

En este nuevo contexto, el capital nacional que apenas ingresaba en el campo industrial y buscaba absorber los avances tecnológicos ya en superación en los centros desarrollados pasa a enfrentar un poderoso competidor: las empresas multinacionales, enormes monstruos económicos que monopolizan los avances tecnológicos y los convierten en base de expansión de su capital en el plano internacional.

La subyugación del capital nacional e internacional se dio a través de un proceso complejo que puso en confrontación dos modelos de desarrollo capitalista del país.

Por un lado, estaba el ideal de un desarrollo capitalista clásico, basado en el dominio del mercado interno por el capital nacional, interesado en la reforma agraria, en la creación de una industria de base que asegurase un crecimiento tecnológico relativamente independiente y una expansión de las industrias de consumo de acuerdo con los avances tecnológicos internos o con importación moderada y controlada de tecnologías internas.

Este modelo de crecimiento implicaba una política de cambio proteccionista de la industria nacional (inclusive la industria de base), la formación de mano de obra capacitada profesionalmente y de una elite empresarial,

técnica y política de corte nacionalista y con pretensiones de hegemonía sobre las fuerzas sociales emergentes del proceso industrial, particularmente el nuevo sector laboral.

Por otro lado estaba la subyugación al movimiento expansivo del capital internacional que significaba la adopción de uno u otro patrón de desarrollo. Este acentuaba la incorporación de nuevas tecnologías en el sector de consumo de lujo y de bienes duraderos, relegando a un segundo plano las industrias de base y el consumo de las masas populares.

En vez de interesarse por una reforma agraria que ampliase el mercado interno, el estilo de desarrollo capitalista dependiente del capital internacional, reforzaba el poder de consumo de las clases altas y medias capaces de absorber los productos sofisticados traídos por las corporaciones multinacionales que se instalaban en el país.

En vez de absorber y generar una tecnología adecuada a la capacidad productiva del país, se dieron enormes saltos tecnológicos que no dominábamos internamente. Se importaban las nuevas tecnologías incorporadas en las maquinarias, se aprendían procesos de producción controlados del exterior, se absorbían solamente las etapas finales de un proceso de producción cuyas bases creativas estaban en las casas matrices de las corporaciones multinacionales.

El más dramático de este modelo de desarrollo era sin embargo, la apertura del país a la explotación del capital internacional. La plusvalía generada por el trabajador brasileño pasaba a ser propiedad de empresas gigantescas que no se interesaban en reinvertir sus ganancias dentro del país.

La remesa directa de ganancias, los pagos de *royalties*, servicios técnicos y otros servicios extremadamente onerosos para nuestra balanza de pagos, la subordinación de nuestra producción industrial, la importación de maquinarias especificadas por los inversionistas extranjeros y sobre todo la importación de piezas y materias primas industrializadas pagadas a alto precio según los intereses del comercio –intrafirma- (operaciones de compra y venta realizadas entre filiales y empresas hermanas de los conglomerados multinacionales), son en resumen el conjunto de servidumbres al capital internacional y a las potencias estatales que apoyan nuestra balanza de pagos.

El país se vio condenado a un déficit permanente que lo conducía inevitablemente al endeudamiento creciente y acumulativo y a la consecuente sumisión progresiva al control del sistema bancario y financiero internacional.

La culminación de este modelo tendría que ser lo que conocemos hoy: un endeudamiento creciente y acumulativo del país para saldar los préstamos obtenidos anteriormente. Es decir, una entrega constante de nuestros recursos y de las riquezas aquí generadas cada año a los dueños del capital financiero internacional.

Durante un largo periodo de 1945 a 1964, lucharon entre sí estas dos concepciones de desarrollo capitalista. El proletariado urbano y los sectores más pobres de las clases medias se definieron muy sabiamente, por el modelo nacionalista de desarrollo apoyando con énfasis y vigor todas las propuestas que reforzaban el capital nacional y el capitalismo de Estado que lo sustituía en muchos casos debido a su base aun débil y precaria.

Las clases medias urbanas se definieron en mayor parte por el desarrollo asociado al capital internacional que como vimos, reforzaba en general su patrón de consumo a costa de las aspiraciones de las masas populares.

La burguesía se dividió entre aquellos pocos sectores que creían aún en la viabilidad de un modelo de desarrollo capitalista independiente basado en el mercado interno y aquellos sectores cada vez más amplios que preferían asociarse al capital internacional aceptando las aparentes ventajas de un desarrollo capitalista dependiente y asociado al capital internacional.

De hecho, el modelo de desarrollo capitalista independiente contradecía la realidad de la etapa alcanzada por la evolución del capitalismo en escala internacional.

La integración capitalista internacional producida después de la Segunda Guerra Mundial en torno al capitalismo norteamericano, consagrada por los acuerdos de Bretton Woods que crearon el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y establecieron el patrón oro basado en el dólar, consagrada aun por los acuerdos tarifarios del GATT, y por los sistemas de ayuda internacional iniciados por el Plan Marshall para Europa y el -Punto IV- para los países subdesarrollados y dependientes, no permitía más la sobrevivencia de capitalismo locales en expansión.

Además, al contrario de lo que ocurriera con las potencias capitalistas que emergieron en el fin del siglo XIX, y que pudieron aún luchar por su tajada en el mercado internacional, una nueva potencia emergente en la década de los 40 o 50 encontraba el mercado internacional ya totalmente monopolizado por los acuerdos realizados después de la Segunda Guerra Mundial.

Cabe recordar que la lucha de Alemania, de Italia y de Japón en el fin del siglo pasado para encontrar un lugar en el sistema imperialista mundial ya había conducido a dos guerras mundiales, al debilitamiento de Inglaterra, a la nueva hegemonía norteamericana, a la revolución socialista rusa y a la efervescencia revolucionaria

después de la Segunda Guerra Mundial que dio origen al campo socialista en constante crecimiento y al movimiento de liberación nacional del Tercer Mundo.

No fue en vano, por lo tanto, que a medida que se fue bloqueando la lucha cada vez más radical entre esos dos modelos de desarrollo, la burguesía nacionalista fuese abandonando el campo de combate, mientras los trabajadores y otros sectores populares fueran asumiendo el mando de la batalla por la defensa de las riquezas nacionales, contra el capital extranjero y la dominación imperialista y por la democracia.

Es natural también que ese proyecto se fuera transformado a medida que los trabajadores asumían su hegemonía. Fue aumentando el énfasis en la participación estatal, en las reformas estructurales y en la extensión y radicalización, sobre todo de la reforma agraria, piedra angular del desarrollo nacionalista y democrático.

Este embate histórico se bloqueó a través de una sucesión de golpes y contragolpes. En 1943 el gobierno de Vargas se aproximó más a los sectores populares, y lejos de integrarse a las potencias aliadas en la Segunda Guerra Mundial, lanzó una ofensiva en dirección a la clase trabajadora y obtuvo el apoyo del Partido Comunista de Brasil.

En 1945, después de la promesa de convocar a elecciones, Vargas fue derrocado por un golpe de Estado que a pesar de su intención democrática buscaba sobre todo desvincularlo de esas bases populares y abrir camino para un liberalismo conservador de clases medias por más que contase con el apoyo de la "izquierda democrática" que nunca consiguió atraer a las masas populares del país).

Sin embargo en las elecciones de 1946 ganaron las fuerzas identificadas como "varguismo": El PSD y el PTB. La alianza de las fuerzas conservadoras del PSD (que traicionó y abandonó Vargas) con la UDN durante el gobierno de Dutra, no consiguió imponer totalmente sus puntos de vista al pueblo brasileño.

Fue así que en 1950 Getulio Vargas regresó al poder por el voto popular ejerciendo un gobierno de fuerte contenido popular y nacionalista que contó con una creciente oposición conservadora, la cual, por falta de fuerza recurrió a la conspiración.

En 1954 Vargas estaba próximo a la destitución por un movimiento golpista liderado por Carlos Lacerda y apoyado en un pronunciamiento militar contra el presidente. Con su suicidio logró desarticular este movimiento, pues su carta de testamento provocó una conmoción popular profunda y dio origen a amplias manifestaciones

populares. Las denuncias de su testamento sobre el carácter de las fuerzas golpistas formadas por los intereses del capital internacional y sus asociados internos, representaron un nuevo aterrizaje de luchas sociopolíticas.

En 1955, la elección de Juscelino Kubitschek y João Goulart, para presidente y vicepresidente respectivamente, restablecía la alianza de las fuerzas nacional-democráticas por el voto popular. Sin embargo el gobierno de Kubitschek era hegemonizado por los sectores más conservadores de esa alianza y abrió las puertas del país al capital internacional desde que éste vio desenvolverse la industrialización por la que tanto aspiraban los intereses empresariales en consolidación en el país. Para tomar posesión como presidente, el entrante gobernador Juscelino tuvo que armar a la policía militar de Minas y contar con un contragolpe lanzado por el entrante general Teixeira Lott.

Los compromisos que se dieron en su gobierno y las aperturas a la inversión internacional y nacional, aún a través de una vía inflacionaria, permitieron un periodo de relativa "paz social" durante su gobierno. Sin embargo, las contradicciones vinieron a irrumpir en el gobierno de su sucesor Jânio Quadros, que a pesar de electo con el apoyo de la UDN no consiguió elegir a su vicepresidente. Otra vez el pueblo brasileño votaba por el laborismo para ocupar el poder de la vicepresidencia a través de João Goulart.

En 1961, Jânio se vio obligado a ejecutar un plan que ya practicaría anteriormente para resistir las presiones que sufría su gobierno: presentó su renuncia en un momento dramático para el país. Pero su maniobra falló. Fue aceptada su renuncia pero el parlamento y una junta militar ocupó el gobierno y negó la posesión a su sucesor legal, João Goulart.

Contra ese golpe se levantó el gobernador Leonel Brizola de Rio Grande do Sul, formó milicias populares, consolidó el apoyo de la Brigada Militar de Rio Grande do Sul, organizó una cadena de radio nacional, ganó la adhesión del gobernador de Goiás, Mauro Borges, y el Tercer Ejército adhirió la "campaña por la legalidad". El golpe militar estaba derrotado.

No obstante ahora, su derrota tenía un fuerte contenido de masas, aun mayor que el movimiento que abortó la tentativa golpista en marcha en 1954, después del suicidio de Vargas.

Por primera vez un movimiento de inspiración civil lograba vencer un golpe militar consumado e imponer abiertamente la voluntad popular, mismo que hizo a través de un acuerdo del Presidente Goulart que cedía en sus prerrogativas presidenciales. 1945, 1954, 1955, 1961 (sin contar otros movimientos menores) fueron las sucesivas tentativas de las fuerzas liberales, conservadoras y de ultraderecha apoyadas por el capital internacional y por la embajada norteamericana para hacerse del poder por la fuerza en Brasil.

En 1945 había aun una ilusión de victoria electoral, de ahí el carácter democrático del golpe. Pero con el pasar de los años, el liberalismo conservador descubrió que no llegaría nunca al poder por los brazos del pueblo brasileño.

Sólo le restaba el camino de la violencia: en 1964 las fuerzas ya sucesivamente derrotadas por el pueblo brasileño se impusieron finalmente a través del golpe de Estado. Es necesario recordar, sin embargo, que para sostenerse en el poder, fueron obligados a recurrir al Acto Institucional No. 2 en 1966, después de la derrota electoral de ese mismo año; al Acto Institucional No. 5 en 1968, tras el creciente movimiento popular en apogeo en aquel año y a la rebeldía del parlamento a las imposiciones de los ministros militares, en 1974, realizaron nuevas casaciones, en 1976 tuvimos un nuevo cierre del parlamento y la creación de senadores temporales con la adopción de un "paquete" electoral (conjunto de leyes arbitrarias para garantizar la mayoría gubernamental), todo esto para impedir los efectos de su derrota electoral en 1974, 1976 y 1978. Nuevos instrumentos legales fueron nuevamente instituidos en 1981 para prevenir la derrota en las elecciones de 1982.

Finalmente, las fuerzas sociales abiertamente asociadas al modelo de desarrollo dependiente nunca lograron el apoyo de los movimientos populares y solamente pudieron imponerse a través de la violencia, contando en verdad con una oposición cada vez menos combatiente de las fracciones burguesas y pequeño-burguesas que fueron abandonando progresivamente el modelo nacionalista y democrático.

II. "Seguridad nacional" y desarrollo: Modelo económico de 1964

El régimen impuesto al país después de 1964 probó plenamente las razones de la oposición popular al modelo dependiente de desarrollo. Este régimen postergó las aspiraciones populares en nombre de la "seguridad nacional" y del combate a la subversión. Y justificó su política económica antipopular en nombre de la necesidad de crecer primero para distribuir después los frutos de ese crecimiento.

La política económica de la "Revolución de 1964" se caracterizó abiertamente por el favorecimiento a la concentración y a la centralización económica que elevó al más alto nivel la concentración de la renta nacional en las manos de una minoría ínfima de la población.

A consecuencia de esta política se marginalizaron también amplios sectores de población sometida al desempleo y al subempleo, lo que llevó a nuestro país a ostentar el más alto índice de pobreza absoluta en América Latina.

Por fin, en este proceso no solamente se alienaron importantes riquezas naturales del país como se entregó el control de la economía al capital internacional, orientándose el desarrollo interno por sus intereses y agravando a tal punto nuestras dificultades cambiarias que nos convirtieron en los mayores deudores del mundo.

La concentración y la centralización de la renta se ampliaron y se privilegiaron las ganancias del capital sobre el trabajo, a través de la "reducción salarial" impuesta al trabajador en 1964 tras la intervención en sus sindicatos y la represión violenta de sus liderazgos.

La reducción salarial culminó con la extinción de la estabilidad en el empleo y fue sustituida por el Fondo de Garantía que favoreció la rotación de la mano de obra.

Fue extinta igualmente la participación de los trabajadores en la dirección de la Previsión Social, reprimidos los sindicatos y puesto fuera de la ley su órgano máximo de representación sindical, la Confederación Única de los Trabajadores, recién conquistada durante el gobierno laborista de João Goulart.

De esta forma, se abrió camino a una política social que disminuyó drásticamente los gastos estatales en este sector, favoreciendo las inversiones destinadas al crecimiento económico.

Con los salarios rebajados en cerca del 54%, con la Previsión Social en decadencia, con la disminución de los gastos sociales del Estado, con el aumento de la rotación del trabajo, la economía se orientó totalmente a favor del capitalista y de la inversión especulativa, ayudados aún por las exenciones fiscales de los más diversos tipos.

Fue así que se llegó al auge económico de 1968-1974 que se llamó paranoicamente del "milagro brasileño". Un crecimiento desordenado y antisocial, superdimensionado y derrochador, especulativo y desnacionalizador.

Fue así que se concentró la renta del país aumentando más que cualquier otro sector la participación del 1% de nuestra población que tiene las rentas más elevadas, es decir, los billonarios. En 1970 la renta del 1% más rico representaba 10.5% en el campo y 13% en la ciudad. En 1980, este mismo 1% poseía 29.3% y 14% de la renta rural y urbana respectivamente. En seguida se elevó la parte de la renta nacional que está en las manos de los 5% más ricos. En 1970, los 5% más ricos detentaban 23.7% de la renta rural y 30.3% de la renta urbana brasileña. En 1980, este mismo 5% detentaba respectivamente 44.2% y 34.7%. Los 10% más ricos aumentaban su participación en el campo de 33.8% a 53% y en la ciudad de 43.7% a 48.2%. Un aumento sustancial, solo que en menor proporción.

Por otro lado, los 90% restantes redujeron su participación en la renta nacional, particularmente los 50% más pobres que bajaron su participación en la renta nacional de 22.4% a 14.9% en el campo y de 16% a 13.1% en la ciudad.

Estos datos revelan que la concentración alcanzó niveles impresionantes. Si sumáramos a esto el fortalecimiento del poder de la Unión en detrimento de los estados y municipios, de las regiones más ricas en detrimento de las más pobres, aun faltaría completar este cuadro llamando la atención del lector al fortalecimiento de las grandes empresas y de control monopólico de los mercados, que favorece a los grandes productores en detrimento de los pequeños productores y de los consumidores en general.

Finalmente, debemos recordar el fortalecimiento de la especulación financiera que favorece a los especuladores en detrimento de los productores directos.

En resumen: En el Brasil de las multinacionales tienen ventaja: el lucro en detrimento del salario, el tecnócrata y burócrata de las grandes empresas capitalistas contra el trabajador directo de los estados y de las zonas rurales; los especuladores de los centros urbanos se imponen sobre los trabajadores y los agricultores productivos; el dueño de la tierra sobre la cual trabaja. En fin, el oportunista y el especulador siempre llevan ventaja sobre el trabajador y el ciudadano honesto.

Es fácil percibir los límites de tal modelo económico. En vez de encaminar al país a una modernización efectiva que eleve el nivel de vida de nuestro pueblo, tal modelo de desarrollo aumenta la miseria social, la ineficacia económica y el parasitismo a pesar de haber incorporado muchas novedades tecnológicas y conductas permisivas, atribuidas a una falsa "modernidad".

Para un 25% de la población, Brasil se desarrolló enormemente en los últimos años ya que consumimos autos de modelos relativamente recientes, televisiones a color y de alta definición, tenemos moteles en casi todas las ciudades del interior, vida nocturna en ascenso, prostitución cada vez más refinada, etc. No importa que seamos un pueblo de analfabetos, que tengamos los más altos índices de mortalidad infantil del mundo, que compitamos por el primer lugar mundial en porcentaje de pobreza absoluta, que tengamos algunos de los índices más violentos de desnutrición, enfermedades endémicas, fracaso escolar, etc.

No importa tampoco que tengamos un puñado de científicos en relación con los países más desarrollados. Que tengamos periódicos y revistas con tirajes vergonzosamente bajos. Que no consigamos tener un ballet y una orquesta sinfónica estables. Que no poseamos bibliotecas dignas, que tengamos menos librerías que el centro de París, etc.

Posiblemente, 25% de los altos rendimientos pueden sentirse parte de una realidad totalmente distinta del subdesarrollo y miseria que indican las estadísticas. Este porcentaje percibe su propia realidad "casi europea o americana". La pobreza aparece para estas poblaciones como una especie de contaminación de sus hijas de desarrollo y modernidad. Contaminación que les permite pagar bajísimos salarios en sus empresas, tener una o varias empleadas domésticas, ser atendido por donde se ande, tener prostitutas a bajo precio, etc.

Pero el modelo económico dependiente y excluyente tiene otros problemas:

Es necesariamente inestable, lo que se manifiesta en las altas tasas inflacionarias.

Es necesariamente limitado en su capacidad de abrir nuevos mercados internos, obligando a reorientar la economía al mercado externo a costa de incentivos fiscales del Estado y costos rebajados por los salarios de hambre internos.

Aumenta la inquietud social, la criminalidad, la brutalidad de la sociedad en general que termina por afectar inclusive los barrios elegantes y bien vigilados.

Obliga a pagar enormes remesas de lucro a los capitalistas internacionales, *royalties*, alquiler de marcas y patentes, servicios técnicos, transporte de mercancías y seguros, y otros servicios que mantienen nuestra balanza de pagos en déficit.

Nos dirigimos al endeudamiento para superar esos déficits cambiarios y a nuevos endeudamientos para pagar los préstamos anteriores hasta la situación de insolvencia en que nos encontramos.

Se nos hace sentir como capitalistas inferiores, dependientes miembros de una subespecie de capitalismo internacional, sin oportunidades ni posibilidades de aspirar a un lugar a la luz de la sociedad internacional.

Esta es la triste realidad. Después de años de propaganda histórica de un "Brasil gran potencia", de un "milagro brasileño" tenemos que sentir el sabor amargo de nuestro atraso y de nuestra miseria, de nuestro provincianismo.

Todos sabemos que no puede existir una gran potencia compuesta por un pueblo miserable. La fuerza fundamental de una nación está evidentemente en su pueblo. Se puede ver que la salud, la alimentación, la educación, los medios de trabajo y producción son los únicos mecanismos capaces de elevar a una nación al estado de desarrollo.

Nuestra clase dominante y nuestras elites "modernas" y "libertarias" han intentado ocultar de nuestro pueblo y de sí mismas esta realidad elemental. En cuanto a eso, la obstinada realidad continúa fluyendo y desarrollando las contradicciones implícitas en este esquema de desarrollo.

Fueron estas contradicciones obstinadas las que obligaron al sistema de fuerzas en el poder a aceptar las necesidades de una operación política capaz de descomprimir esa olla de presión.

Roberto Campos en la Escuela Superior de Guerra, en 1973, alertaba sobre la necesidad de un modelo político que complementara la favorable entrada del modelo económico. El gobierno Geisel, instaurado en este mismo año, trae de vuelta al equipo de Golberio Couto e Silva, que realizara el golpe de 1964 y soportara los dos primeros años de dura política económica estabilizadora. Bajo la inspiración de esas fuerzas e intereses se inició el proceso de "descompresión controlada", en seguida transformado en la "apertura liberal", ya cuestionada por la idea de "transición democrática".

Por detrás de esa política había también otros intereses internacionales. Los Estados Unidos, sus grandes capitalistas que invierten en Brasil e inclusive el Pentágono, que había estimulado los golpes militares del Tercer Mundo confiando en lo que llamaban el sentimiento modernizador de los militares, veían ahora con

muy malos ojos el predominio de militares con "delirios de grandezas" en el poder. El gobierno *Médici*, al lado del represivo, era también paralizante; abrió el camino para el acuerdo nuclear con Alemania, firmado por Geisel a regañadientes, creó las bases de una estructura militar con aspiraciones de grandeza, lanzó las redes de una relación con el Tercer Mundo que podría "degenerar" en una política de tipo "peruano" y tercermundista. Geisel fue obligado a continuar muchos aspectos de esa política que encuentra su soporte en amplios sectores militares.

No obstante ya en su gobierno se inició un proceso de separación gradual de los militares del poder, la vuelta a la barraca que llegó a su punto máximo cuando ningún jefe militar fue consultado para la indicación de su sucesor.

Designación a propósito muy conflictiva en aquel momento, generando varias rebeliones en el esquema militar: desde un intento de pronunciamiento militar por el general Frota Aguiar a presentación de un candidato opositor de origen militar, el general Euler Bentes.

Todo esto muestra que la apertura tenía dos objetivos; atenuar las contradicciones internas generadas por el modelo de desarrollo, "corrigiendo" sus excesos antisociales y apartar del poder a los militares nacionalistas de derecha que comenzaban a creer en el "Brasil gran potencia".

No fue en vano que se buscó identificar repetidamente la "apertura liberal". "No puede haber libertad política sin libre empresa", fue así como respondió la prensa conservadora liberal a la candidatura del general Euler Bentes, acusándolo de nacionalista sectario. Es en este ajuste que se fue definiendo el proceso de modernización política patrocinado por el régimen. Este propone la "liberalización" controlada, según la cual nuestro pueblo debe convertirse en ciudades bien comportadas que no aspiren más que a cierto grado de libertad en donde las masas populares no deben aparecer con sus manifestaciones "brutales" y "degradantes".

Sin embargo, ocurre que el pueblo no tiene porqué amoldarse a las formas de liberalización que le quiere imponer la clase dominante. El pueblo quiere un régimen político que le permita alterar realmente el carácter del poder estatal y direccionarlo a la solución de sus graves problemas y a la atención de sus necesidades y enormes carencias.

No será nunca un liberalismo basado en la idea de ciudadanos votantes bien comportados que vuelvan a sus casas después de las elecciones con el sentimiento de haber cumplido, no será un liberalismo que atenderá los deseos de ese pueblo. El pueblo quiere más, quiere una democracia efectiva, un poder del pueblo para

el pueblo, que sea sensible a sus movimientos sociales, a sus huelgas, a sus manifestaciones, a los mecanismos de presión que de él disponen, no solo para elegir representantes, sino para presionarlos y obligarlos a atender sus peticiones. La democracia política, entendida como una fuerza participativa de gobierno y un estado abierto e interventor a favor del trabajador, es la condición necesaria para llegar a una efectiva democracia económica a la cual aspiran realmente las grandes masas.

Por otro lado, la real democratización no puede ser confundida con una ofensiva de gran capital contra la presencia del estado en la Economía. Sobre todo porque sabemos que los grandes monopolios patrocinan e intensifican esa presencia siempre que ésta sea necesaria para aumentar sus ganancias, dando origen a una fase histórica que llamamos capitalismo monopolista de Estado. En realidad, ellos sólo se vuelven contra la intervención estatal cuando esta beneficia a los asalariados y a las capas populares en general.

La participación estatal que quieren eliminar está en los sectores sociales, en la asistencia a la población, o en aquellas inversiones estatales que compiten con el sector privado. Exigen todos los días eficiencia de la empresa estatal, pero cuando el estado invierte en un sector lucrativo, gritan de inmediato que está tomando un área del sector privado.

La clase dominante que inspiró, organizó y disfrutó de los resultados del golpe de Estado de 1964 procura ahora abandonar el barco y presentar al pueblo una falsa ecuación:

militarismo+estatismo= autoritarismo

Cuando sabemos que la verdadera ecuación es:

Gran capital monopólico+desarrollo económico concentrador, dependiente y marginalizador = autoritarismo.

Por lo tanto las tesis de la "apertura liberal conservadora" quieren llevarnos a una ecuación que presenta la siguiente falsa alternativa para el país:

civismo+libre empresa=democracia.

Por otro lado el pueblo percibe que hay algo de falso en esta ecuación, pues los verdaderos términos de la cuestión se colocan para él en otro plano:

propiedad social² + desarrollo enfocado al pueblo = democracia popular.

Es así como fue necesario para los “aperturistas” adjetivar la democracia para retirar su contenido social profundo. Llegamos de esa forma a la necesidad de cuestionar el modelo económico que resultó del golpe de Estado de 1964 y que ya no sirve ni a la propia dominación capitalista pues no le permite racionalizar su dominación y garantizar la sobrevivencia de su régimen económico.

² Por propiedad social debe entenderse el proceso de liquidación de la propiedad monopolista de gran capital, o el refuerzo y cooperativización del medio y pequeño capital y el avance de las formas directamente sociales de propiedad (estatales, cooperativas, comunitarias, autogestionarias, etc.).

III. La búsqueda de un nuevo modelo: Desarrollo social y socialismo

Vemos así que llegamos a una nueva etapa de nuestra reflexión:

Comenzamos por identificar las razones de atraso económico y social de nuestro pueblo. Vimos en seguida cómo el desarrollo capitalista no fue capaz de superar las contradicciones entre las necesidades de ese pueblo y las formas de funcionamiento, organización y estructura de un capitalismo que se hace cada vez más dependiente, más concentrador, marginalizador y antisocial. Vimos también que para imponer este modelo de desarrollo económico fue necesario recurrir a la fuerza para obligar al pueblo trabajador a aceptar sus odiosos efectos para las mayorías del país.

Llegamos así a una mezcla entre autoritarismo político y capitalismo salvaje, formas modernas de consumo y comportamiento al lado de miserias y carencias descomunales, élites supersofisticadas y masas de analfabetos.

Para corregir los "excesos" generados por este estilo económico, se busca hoy un modelo de liberalismo político y económico ilustrado, cosmopolita y pro-imperialista que se encuentra en implantación bajo el pomposo nombre de "apertura política" y de gobierno liberal.

Se ve, sin embargo, que el apetito de las masas populares excluidas del Estado, de los gobiernos, del consumo, de la educación, y de varias necesidades más, no se siente ni se sentirá satisfecho con esa burla de democracia.

Las masas aspiran a una efectiva democracia política y económica que sólo encontrarán en un proceso de transformación profunda de nuestra realidad actual.

Para lograr esa democracia política ellas tendrán que organizarse sindical, asociativa y partidariamente para conquistar posiciones de poder dentro del Estado a partir de las cuales puedan luchar por la plena democratización de nuestra vida política.

Para controlar y disciplinar el proceso de desarrollo y dirigirlo a la atención de sus necesidades básicas, tendrá que fortalecer la propiedad estatal y social por un lado, y la pequeña y media propiedad por otro, para neutralizar los factores concentradores hasta ahora imperantes.

Tendrá que defender las riquezas nacionales y el resultado de trabajo generado en el interior del país, prescindiendo de pagar los enormes intereses y otras formas de explotación hoy en vigor en sus relaciones internacionales. Tendrán que garantizar el uso de los recursos nacionales a favor de la atención de las necesidades básicas del pueblo. Tendrán que imponer moldes de conducta económica que satisfagan las metas de producción y consumo establecidas para atender esas necesidades.

Todo ello conduce al país necesariamente a un tipo diferente de economía que se fundamenta en la satisfacción de las necesidades básicas de las grandes mayorías nacionales; en la propiedad social, que deberá superar la propiedad privada y los intereses de lucro; en la planificación del desarrollo, para racionalizar y economizar al máximo los recursos disponibles en la movilización amplia de los propios trabajadores para la defensa de sus derechos e intereses y también para garantizar la producción y la productividad del trabajo. Para alcanzar tal modelo económico, se hacen necesarias varias reformas estructurales que preparen al país para este nuevo tipo de relaciones socioeconómicas.

De esta forma se va perfilando un nuevo modelo de desarrollo. No se trata más del objeto de lograr un capitalismo independiente y democrático, cuyas limitaciones ya fueron demostradas históricamente. Se trata de una etapa superior que llevará nuestra economía y sociedad a una forma de producción nueva basada en la atención de las necesidades humanas fundamentales.

Esta forma superior será el socialismo: un sistema económico basado en la propiedad social de los medios de producción; en la distribución de los frutos del trabajo según las capacidades, la participación y el esfuerzo de los trabajadores en la planificación de la producción y circulación de la riqueza que tiene por objetivo someter el trabajo a una nueva disciplina con el objetivo de alcanzar las metas que la propia sociedad establece para sí misma.

El desarrollo de la ciencia y su aplicación a la tecnología permite hoy a la humanidad, entrar en una nueva etapa en la cual se automatizarán ramos enteros de la producción, liberando al trabajador del trabajo directo.

Nuevas formas de energía permitirán avances enormes en las fuerzas productivas. La microelectrónica abrirá nuevas puertas a la creación de mecanismos autoprogramables o robots que sustituirán el trabajo humano en campos antes insospechados.

La ingeniería genética permitirá al hombre desarrollar nuevas formas de vida adecuadas a sus necesidades. El láser abrirá enormes campos en la producción, comunicación y transporte humano.

La conquista del espacio permite cada vez más el dominio de los climas y la comunicación mundial y nos traerá nuevos materiales productivos en la estratósfera o de otros astros.

Delante de esas nuevas realidades viene la cuestión inevitable: ¿continuaremos conviviendo con esos descubrimientos como simples espectadores que los consumirán conforme las metas y necesidades de las corporaciones multinacionales?

¿Tenderemos a mezclar esas novedades sofisticadas con las enormes masas de pobres y analfabetos?

Más grave aún: ¿el aumento de la automatización conducirá al aumento del desempleo y de nuestra miseria social en vez de expandir el tiempo libre de nuestro trabajador, disminuyendo su jornada de trabajo y aumentando sus periodos de tiempo libre y ocio?

Si continuamos dependientes y atrasados, ¿será que nos convertiremos en una especie de obreros e ingenieros productores que sostendrán con su trabajo en las áreas no suficientemente automatizadas, el desarrollo intelectual de los científicos y creadores del mundo desarrollado?

De hecho si no modificáramos sustancialmente el modelo de desarrollo interno y nuestras relaciones con los países dominantes en la economía internacional, nos parece reservado un lugar subordinado y dependiente en la nueva etapa de civilización que se anuncia para la humanidad.

Parece también claro que, al persistir el actual modelo económico social, estas nuevas ondas de progreso tecnológico y científico traerán más desempleo y miseria, al lado de la inmensa riqueza y derroche de minorías extremadamente poderosas.

Las clases dominantes quisieran hacernos creer que para lograr el progreso económico, es necesario aplazar el desarrollo social y la distribución de la renta. Impusieron la dictadura como condición de desarrollo y sacrificaron la soberanía nacional en nombre de la importación de tecnología de los centros más avanzados y de la "modernización" cultural por la vía de la imitación de los últimos patrones del capitalismo desarrollado.

Sus fórmulas van hoy agua abajo en un Brasil mayoritariamente pobre, humillado, desigual, inhumano, atrasado, inculto y alineado. El sacrificio de la democracia, de la justicia y del desarrollo social, de la soberanía nacional resultará en una tremenda frustración para todas las clases sociales, inclusive esas clases dominantes que pensaban crear una gran potencia. Prometieron incluso transformarnos en esa "gran potencia", como si fuera posible la existencia de una potencia económica y política con un pueblo de analfabetos, hambrientos, dolientes y reprimidos.

Es por eso que los demagogos quieren convencernos hoy en día que todo cambiará con una pequeña corrección del modelo en vigor. Un poco más de inversiones sociales (¿con un FIN SOCIAL?), templado por una pizca de justicia social, una democracia controlada y restringida (apoyada en las mismas fuerzas conservadoras y a veces hasta en algunas de las personas que contrarian el ambiente político dictatorial), un vistazo tímido de política externa independiente y de afirmaciones nacionalistas. Es la fórmula ideal de nuestras clases dominantes (divididas entre el gobierno y los sectores de la llamada "oposición") para resolver la angustiante crisis de nuestro país.

Nuestro pueblo desconfía totalmente de esa fórmula y en la medida en que va ganando espacios políticos en la precaria democracia liberal conservadora que se viene instaurando poco a poco en el país, va ampliando también sus objetivos políticos y el cuadro de su actuación. No se contenta con la versión conservadora o liberal del desarrollo económico.

No habrá desarrollo económico sin un efectivo desarrollo social que asegure a todo nuestro pueblo alimentación, salud, educación, vivienda y empleo.

No habrá desarrollo social sin una redistribución de la riqueza nacional que altere el dominio despiadado y autoritario de las grandes propiedades y del lucro sobre nuestro desarrollo económico-social.

No habrá redistribución de la renta y justicia social sin democracia política efectivamente participativa en la cual los trabajadores organizados dispongan de los medios necesarios para asegurar el cumplimiento de la voluntad mayoritaria que ellos representan.

No habrá democracia popular auténtica, mientras nuestro pueblo esté subyugado económica, social y culturalmente al dominio del capitalismo internacional y sus aliados entre los grandes capitalistas nacionales que confunden avance y modernidad con la imitación descabellada de las conductas decadentes del capitalismo desarrollado.

Desarrollo económico-social, justicia social, democracia y soberanía nacional, se articulan de esta manera en un programa democrático de liberación económico, social y cultural de nuestro pueblo. No obstante, este programa perfila un conjunto de medidas que reestructuran de arriba a abajo a nuestra sociedad.

Solamente bajo la hegemonía del trabajo y de la propiedad social, podrá realizarse este conjunto de transformaciones. Solamente los trabajadores asalariados y los pequeños y medianos propietarios, se interesan decisivamente por esas reformas estructurales y solamente ellos no tienen compromisos con la propiedad

latifundista, monopolista y especulativa que domina hoy nuestra economía. Por lo tanto solamente una democracia avanzada que permita a estas fuerzas, asumir el poder estatal, organizado a su semejanza, posibilitará la realización de esas reformas.

De esa manera emerge hoy en la sociedad brasileña un consenso político de las fuerzas populares en torno a un programa de transformaciones sociales que asumen tres fases o momentos distintos.

- 1) Un programa de emergencia que tome medidas drásticas contra la crisis general que vive nuestro país y asegure los medios mínimos de sobrevivencia a las grandes masas empobrecidas de nuestro pueblo.
- 2) Un programa de reformas estructurales que dirija nuestro desarrollo económico-social en el sentido de la justicia social, de la soberanía nacional y de la democracia popular.
- 3) Un programa de transición al socialismo, que asegure el triunfo de la planificación sobre las leyes ciegas del mercado, de la propiedad social sobre los objetivos mezquinos del lucro, de las necesidades de las amplias mayorías sociales sobre los intereses de las minorías de capitalistas y rentistas sin función social.

Este programa llevaría inevitablemente nuestro país a un nuevo tipo de sistema económico, social, político y cultural.

Este programa no es una utopía que se viene articulando de manera inconsecuente en la cabeza de nuestro pueblo. Este sistema es el resultado lógico del desarrollo del capitalismo en escala internacional.

El capital, para dominar la producción, tiene que basarse cada vez más en la organización de grandes masas de productores asalariados que se rebelan inevitablemente contra el predominio del lucro y del mercado sobre los intereses de las amplias mayorías y que convierte sus aspiraciones en un grande movimiento social por la democracia y por el socialismo.

Este movimiento guiado por un programa y una doctrina, les dará condiciones para usar su fuerza (generada dentro del propio capitalismo), organizada y disciplinada (por las necesidades del propio capitalismo) en los instrumentos sindicales, asociativos, político-partidarios y culturales que les permitirán organizar un nuevo mundo a su imagen y semejanza.

Al sentirse identificado con tal programa, el pueblo brasileño se incorpora así a una gran corriente universal que elevará a la humanidad a nuevas etapas de civilización y nos hará capaces de compartir las grandes transformaciones para las cuales llamábamos la atención de nuestro lector en el comienzo de este capítulo.

Pero al final, ¿qué es este socialismo para el cual avanza la humanidad y que nuestro pueblo comienza a esbozar en la mente y en el corazón?

IV. Socialismo y justicia social

Al analizar la evolución histórica de Brasil, llegamos a la conclusión de que la solución de los graves problemas económicos y sociales vividos por nuestro pueblo exige un paso para una forma de organización socioeconómica superior: el socialismo.

El socialismo aparece así en la vida política nacional como consecuencia de la propia dinámica social y no como un ideal impuesto artificialmente a nuestro pueblo. Como vimos, el socialismo es la única forma de resolver las tres grandes cuestiones históricas que enfrenta actualmente nuestro pueblo: En primer lugar, el socialismo se impone como una alternativa necesaria al tipo de desarrollo capitalista que sigue hoy el mundo desarrollado y que es el único posible en la fase actual del avance del capitalismo en el plano mundial.

Como vimos, el desarrollo capitalista en esas naciones y particularmente en Brasil no consigue integrar la nación económicamente, al subordinarse a una división internacional del trabajo que nos obliga a especializarnos en la producción de bienes que ocupan una posición dependiente de los centros de mayor desarrollo tecnológico.

De esta forma, el desarrollo capitalista actual nos condena a estar siempre atrasados ante el avance científico y tecnológico y a ocupar una posición dependiente y subordinada en el sistema productivo internacional.

Tal hecho no sería tan grave si esta posición subordinada no significara al mismo tiempo la exposición de nuestro país a la expropiación de nuestras riquezas a través de un comercio exterior monopolizado por los centros económicos mundiales que imponen un sistema de precios y un intercambio mercantil extremadamente desfavorable.

Al mismo tiempo, esta dependencia expone al país a la explotación directa del trabajador y de las riquezas nacionales por los capitales internacionales que se apropian así de los excedentes económicos aquí generados y los sacan bajo la forma de remesas de ganancias y otros mecanismos, restringiendo la acumulación interna del capital y del desarrollo económico del país.

En este contexto, el desarrollo capitalista dependiente favorece el atraso de nuestra población, obliga a la manutención de una mano de obra barata que puede atraer el capital internacional, degrada a nuestro trabajador sometido a una oferta de empleo pequeña y restringida que crea las condiciones para la existencia de amplias masas de desempleados y subempleados.

Por otro lado, se produce una concentración de las riquezas extremadamente violenta en la mano de los grupos económicos ligados a esa estructura productiva distorsionada y a favor de los intereses antinacionalistas, se fortalecen los grandes grupos económicos y el comportamiento monopólico que es la fuente principal de la concentración de los ingresos, se restringe a la estructura industrial, agrícola y de servicios a la producción de los bienes de lujo y altamente sofisticados para atender a estos sectores de alta renta, generando en consecuencia pocos empleos y completándose así el ciclo de desempleo, subempleo, concentración de la renta y dependencia.

Para salir de este ciclo acumulativo de miseria, marginación y dependencia es necesario:

- Romper con esa economía internacional y con las fuerzas económicas y políticas que la representan en el interior del país.
- Sustituir un sistema económico basado en las relaciones mercantiles que llevan a esta situación por un sistema apoyado en la planificación de la producción para la atención de las necesidades de la mayoría de la población fortaleciendo las inversiones sociales, la producción de los productos esenciales para el consumo de la población, la distribución de la renta a favor de las grandes mayorías.
- Realizar las reformas estructurales que permitan la instalación de ese nuevo sistema, eliminándose los obstáculos principales del desarrollo de una economía dirigida a la solución de los problemas básicos de la población.

En consecuencia el socialismo es una condición para elevar el nivel de vida de las masas del país, y al hacerlo, lo capacita para dominar el desarrollo científico y tecnológico contemporáneo y convertirse en un productor avanzado, cada vez menos dependiente de los polos hegemónicos del mundo contemporáneo y cada vez más basado en su propia capacidad autóctona de producción de conocimientos y bienes y servicios socialmente útiles y necesarios.

Pero al mismo tiempo el socialismo se aplica como la eliminación de las violentas injusticias sociales que resultan de la forma capitalista dependiente, concentradora y marginalizadora en que se produce el actual desarrollo económico y social.

Una sociedad donde solamente una minoría tiene acceso a los bienes y servicios y a la cultura y domina ampliamente a la gran mayoría social es necesariamente injusta.

El capitalismo encierra en sí mismo y en sus formas más desarrolladas, un profundo contenido de injusticia social, al favorecer la explotación del trabajador por el capitalista y al desarrollarse irracionalmente bajo la

forma de auge económicos sucedidos por violentas crisis acompañadas de baja de la producción, desempleo, violencia social creciente y otros fenómenos de desorganización social.

Esta injusticia se desarrolla de manera aún más profunda en la oposición que existe entre las relaciones sociales basadas en la propiedad privada y en el dominio del productor sobre su propio producto, al someter a los trabajadores a una disciplina externa impuesta por los intereses de lucro del capitalista, dictador absoluto, del uso y abuso de su capital privado.

Esta injusticia se extiende al campo político donde el derecho de voto se restringe a la elección de representantes que se convierten en políticos profesionales que no tienen responsabilidad delante de la organización social de los electores, lo que elimina la participación activa de los trabajadores en el destino y administración de los recursos por ellos producidos.

La injusticia es pues intrínseca al modo de producción capitalista precisamente en sus centros de producción más avanzados que explotan, expropian y marginalizan las formaciones socioeconómicas dependientes y subdesarrolladas. Si así ocurre en la parte más privilegiada de ese sistema internacional, se puede percibir con mucho más claridad el profundo contenido de injusticia social que encierra el desarrollo capitalista en los países del Tercer Mundo y en este enorme espacio de subdesarrollo y sobreexplotación que hay en Brasil.

Pero la justicia social no puede ser alcanzada a través de una simple distribución del ingreso, pues su fuente, como vimos, se encuentra en la propia estructura productiva y en las relaciones económico-sociales que se tejen en el sistema económico mundial y en el ordenamiento interno.

Mientras los medios de producción altamente concentrados estén en las manos de una minoría privilegiada de propietarios que forman los grandes terratenientes, los grandes inversionistas financieros y los monopolios, no podrá haber una redistribución justa de la riqueza nacional. En primer lugar porque esta minoría puede vivir exclusivamente de la explotación del trabajo extranjero, pagando directores y gerentes para dirigir sus negocios mientras que derrochan por el mundo la enorme acumulación de riquezas obteniendo el derecho de propiedad puro y simple.

La sociedad necesita de personas que se dediquen a la organización del sistema productivo y de los servicios y puede incluso recompensarlas con rentas elevadas y mejores condiciones de vida que la media social. Pero no hay ninguna razón por la cual entregarles, bajo la forma de propiedad privada, el derecho de vida o muerte sobre el destino de los que se dedican a la producción directa o a los diversos servicios socialmente necesarios.

Ni tampoco para permitir a esa categoría social privilegiada una libertad de consumo y comportamiento que obligue a amplios sectores sociales a vivir para atender las extravagancias de esa minoría.

El sentimiento de justicia social es inherente a la humanidad, pues no hay nada en un ser humano que le permita sentirse superior a los demás. Los nobles de la antigüedad justificaban su posición de esclavistas y señores de siervos a través de un derecho divino que los había creado distintos de los esclavos y siervos.

La sociedad capitalista moderna rompe con esas ideologías que justificaban las formas precapitalistas de explotación y dominación del hombre por el hombre.

Pero el capitalismo creó nuevas formas de explotación y dominación que se basaban en la libertad del trabajador de vender su fuerza de trabajo de la cual es el propietario en un mercado donde se ubica libremente como el propietario de los medios de producción, esto es pues, el capitalismo moderno.

Con el tiempo, el trabajador fue comprendiendo, en las sociedades capitalistas más avanzadas, que necesitaba organizarse sindicalmente para poder negociar en mejores condiciones la venta de su fuerza de trabajo al capitalista.

Fue comprendiendo que esa "libertad" de compra y venta tenía que sufrir limitaciones, pues los trabajadores competían entre sí por el empleo en condiciones desventajosas, y la amenaza de la miseria que significaba el desempleo no les permitía negociar libremente con el capitalista.

Fue comprendiendo también que necesitaba de una legislación restrictiva a la explotación plena de su fuerza de trabajo que necesitaba reponerse de una jornada extenuante que debería restringirse y disminuir inclusive.

Además, el trabajador tenía que reivindicar su condición de ser humano y no de un simple objeto de capital.

Pero los hechos fueron demostrando que la plena realización del trabajador como ser humano dependía de su capacidad de organización política para convertir su fuerza numérica en una fuerza capaz de someter a la sociedad y al poder político estatal y limitar el poder de explotación y dominación del capitalista.

Con el tiempo el trabajador fue percibiendo también que solamente a través de la sustitución de la propiedad privada por formas sociales y colectivas de la propiedad, eliminando en consecuencia la figura cada vez más innecesaria del capitalista, el podría instaurar completamente el reino de las necesidades en vez de la economía de explotación del hombre por el hombre.

Después descubrió algo aún más maravilloso: el día en que se impusiera el reino de las necesidades humanas del trabajador sobre la producción, se crearían las premisas para una sociedad sin clases sociales, sin explotados y explotadores que podría elevar indefinidamente la capacidad del ser humano de dominar la naturaleza y someterla a sus fines y objetivos.

Este dominio a través del desarrollo científico y tecnológico, permitirá al hombre liberarse progresivamente de las tareas productivas más duras y aumentará de tal forma su potencial creador que él podrá instaurar en el futuro, como consecuencia del desarrollo de esa nueva sociedad igualitaria y humana, el reino de la libertad.

En ese momento, el hombre será por primera vez libre, es decir, dominará de tal forma la naturaleza exterior y su propia naturaleza que podrá hacer superar su capacidad creadora sobre las determinaciones que hoy se imponen sobre él.

El movimiento político y social de los trabajadores canalizado por los partidos socialistas y orientado por un trabajo teórico cada vez más amplio se fue volviendo cada vez más lúcido y claro. Este comprendió que el destino del hombre es pues, la libertad. Pero la libertad sólo podrá ser conquistada a través de una lucha penosa para eliminar en primer lugar, la explotación del hombre por el hombre, a través del socialismo. En segundo lugar, la libertad sólo se irá alcanzando a medida que a través del desarrollo científico de las fuerzas productivas, la potencialidad espiritual del hombre se vaya imponiendo a las determinaciones de la naturaleza.

La libertad es la conciencia de la necesidad. No es un simple derecho tal como aparece en la ideología burguesa. Sólo hay libertad cuando existe el poder material de realizar una necesidad objetiva o subjetiva. El hombre no fue "libre" de volar hasta que dominó las leyes de la aerodinámica y construyó un aparato capaz de hacerlo volar.

Comenzamos pues por el análisis de las penosas condiciones de un país subdesarrollado y explotado como el Brasil de la actualidad.

Mostramos, en seguida, la necesidad cada vez más comprendida por nuestro pueblo de superar esas servidumbres de capitalismo dependiente en que vivimos.

Vimos que esas superaciones no pueden ser hechas dentro del sistema internacional capitalista que nos reserva necesariamente este papel subordinado, marginal y explotado.

Vimos así que la propiedad social y la planeación económica y social se colocan como premisas necesarias para superar el atraso y la miseria.

Vimos en seguida que esta superación de la miseria y del atraso son condiciones necesarias para lograr la justicia social a la cual aspira nuestro pueblo y la humanidad en general.

Vimos en seguida que esta justicia social es condición necesaria para el pleno desarrollo del hombre como ser humano, elevando infinitamente la potencia de sus capacidades creadoras.

Vimos finalmente, que la eliminación de los obstáculos sociales a este pleno desarrollo y a su efectividad histórica, a través de una sociedad nueva basada en la atención de las necesidades básicas de la población, abrirá a la humanidad la perspectiva de una asociación libre de los individuos transformados en seres que pueden alcanzar el pleno desarrollo de sus capacidades creadoras. Estará así establecida la premisa necesaria de una sociedad libre, donde reinará la libertad humana.

Nuestro análisis comenzó pues, de la visión cotidiana más prosaica, el hambre, el analfabetismo, la pobreza absoluta de las grandes mayorías. Pero el encontrar las verdaderas determinaciones de esa situación, nos llevó a mostrar las potencialidades creadoras de esas mayorías. Y el encontrarlas, nos condujo a las posibilidades de un futuro de desarrollo, justicia y libertad.

Para esto debe servir el pensamiento: para liberar al hombre de sus cadenas. Pero el pensamiento puede solamente colocar las posibilidades de lo real. Solamente el propio hombre en su práctica social y política, puede suprimir esa servidumbre e instaurar él mismo su propio mundo de libertad.

Estamos seguros de que el pueblo brasileño percibe cada vez más claramente quiénes son sus enemigos y las barreras de su desarrollo y de la justicia social. Las ideas cuando se convierten en movimientos sociales concretos, se transforman en una fuerza material. Y es esto lo que viene ocurriendo en el mundo moderno, en especial en los países del Tercer Mundo, y la esperanza se encuentra particularmente en Brasil.

V. Socialismo y soberanía nacional

El socialismo es un sistema económico, social y político de carácter universal. La humanidad se dirige hacia el socialismo, una forma de producción basada en la propiedad social que tiende a superar los antagonismos que hoy dividen a las naciones entre sí y conducen al dominio imperialista de unas sobre otras y a las guerras locales y mundiales.

Sin embargo, el proceso por el cual el socialismo se desenvuelve en escala mundial pasa inevitablemente por sus bases nacionales heredadas de la revolución burguesa cuyos orígenes se encuentran en el siglo XVI cuando se inició el proceso de creación de las modernas naciones.

Más compleja se torna aún esta dialéctica entre el carácter internacional y nacional del socialismo cuando advertimos el hecho de que éste surgió históricamente en las regiones más atrasadas del mundo donde aún no se había completado la formación de sus bases nacionales. De esta forma, estos países emergerían al socialismo y a la sociedad moderna al mismo tiempo en que afirmaban su identidad nacional.

La Unión Soviética, por ejemplo, era un conjunto aún poco articulado de grupos nacionales y étnicos bajo el dominio del imperio ruso. En estos años de implantación compleja y difícil de una economía socialista se fue formando una nueva nacionalidad que aún no se completa totalmente: el hombre soviético. Países como Yugoslavia, son el producto de un proceso de combinación y conciliación de pueblos y razas distintas en proceso de reconocimiento de su nacionalidad, solamente implantada por el Estado nacional creado por la revolución popular socialista.

En fin, si continuáramos con estos ejemplos sería una sucesión de casos históricos complejos donde el proceso de formación nacional estuvo a cargo de los Estados revolucionarios creados después de la Segunda Guerra Mundial. Y esto ocurrió no solamente en los países que establecieron una economía socialista sino también en aquellos que se liberaron de la dominación colonial a través de un régimen capitalista de Estado aún inmaduro y contradictorio.

De esta manera está en constitución una nueva economía mundial donde conviven distintos Estados socialistas, con proyectos económicos, con regímenes políticos distintos, con bases de seguridad nacional y ejércitos propios, con relaciones amistosas o hasta contradictorias entre sí, ligados por pactos intersocialistas, como

el COMECON, por acuerdos bilaterales con los más diversos países, pero separados también por diferentes intereses capitalistas (como el FMI y otros), en movimientos autónomos como los no alineados y en grupos de presión (como los grupos de 77, la UNCTAD, etc.)

Al mismo tiempo estas economías socialistas nacientes, conviven con una economía internacional capitalista con la cual establecen relaciones bilaterales de país a país.

Es pues evidente que el mundo socialista que se viene constituyendo como un nuevo polo dinámico del sistema global es un conjunto de realidades nacionales distintas, plural y complejo.

Este aspecto de la constitución del socialismo en el nivel internacional y nacional es extremadamente relevante para los países subdesarrollados y dependientes como Brasil.

A pesar de que iniciamos nuestra vida política independiente en 1822, constituyendo en aquella época un Estado nacional cuyo perfil territorial y étnico no sufrió transformaciones radicales, la consistencia y la densidad de este Estado nacional vienen siendo cuestionadas por dos fenómenos opuestos pero complementarios entre sí.

Por un lado las oligarquías locales y regionales extremadamente poderosas fueron la base del Estado nacional, impidiendo la formación de una ciudadanía, una sociedad civil y una opinión pública capaces de fundar, controlar y gestionar este Estado.

La gran masa de esclavos que persistió hasta 1888 y posteriormente la masa rural de semi-esclavos de la tierra fueron literalmente excluidas de la vida política nacional hasta la revolución de 1930.

Esta, no obstante, tuvo enormes limitaciones en la destrucción de esas relaciones socioeconómicas y políticas en el campo y en la constitución de una ciudadanía urbana suficientemente libre.³

De esta manera la sobrevivencia de una economía pre capitalista en el campo y en la enorme concentración de poder de los terratenientes y empresarios rurales fue siempre un factor de bloqueo de la plena formación de una nacionalidad que se manifestara no solamente en el plano cultural sino sobre todo en el plano político.

³ Una prueba de que no reconocemos a los pobres, negros e indios como "ciudadanos" son las reacciones a las elecciones de la diputación federal del cacique Juruna, las limitaciones legales y culturales a la representatividad de esos sectores y, más claro aún, la negativa de medios policiales y políticos de Rio de Janeiro a llamar los presos en general (pobres, negros y mulatos) "ciudadanos", en vez del peyorativo termino de "elemento" Se debe recalcar aún la exclusión de los analfabetos del derecho de votar que retiraba de nuestra ciudadanía grandes masas populares.

Por otro lado, la articulación subordinada y dependiente de nuestra economía en el mercado mundial, más allá de reforzar a través de la modernización y del enriquecimiento las oligarquías rurales, generó un proceso de dependencia cultural y política que impidió a nuestras élites, únicas capaces de ejercer una actividad política nacional, convertirse en la base auténtica de una nación.

Como vimos anteriormente, el proceso de industrialización, intensificado con la revolución de los 30, consiguió superar plenamente esta dependencia, pues, en los años 50 el capital internacional, expropió este proceso creando una nueva forma de dependencia neocapitalista que daría origen al proceso de desnacionalización y dependencia cultural y económica en que se encuentra actualmente el país, impidiendo la plena constitución estatal y política de la nación brasileña.

De esta forma la cuestión nacional continúa siendo uno de los elementos claves de la dinámica económica social, política y cultural de nuestro país. Quieran o no los cosmopolitas de los más diversos signos que no son sino nuevas manifestaciones de las alienadas elites del pasado.

Es también un hecho definitivo que la profunda identidad nacional de nuestro pueblo solo será alcanzada con el pleno desarrollo de la democracia que permita transformar sus experiencias, sus ansias y sus acciones en la base permanente de una nacionalidad que se realiza en el plano cultural y político.

Es pues, extremadamente ridículo tratar la relación entre clase y nación como si fuesen fenómenos antagónicos. A pesar de que la burguesía y el proletariado, generados en el proceso de formación del mundo moderno, son clases de contenido universal, sus bases de desarrollo y afirmación han sido las naciones donde pudieron estructurarse en torno a un Estado nacional capaz de unificar incluso el espacio donde se desarrolla su antagonismo.

En los países dependientes, la dominación colonial o semi-colonial se convierte en un factor de disgregación y destrucción de este espacio unificador.

La propia organización clasista de la burguesía y del proletariado depende de su capacidad de imponerse delante del Estado y al mismo tiempo, la debilidad de ese Estado lo obliga a patrocinar y reforzar la formación de esas clases sin las cuales no se sustenta.

En este contexto la lucha antiimperialista y por la hegemonía en el proceso de articulación de la unidad nacional es el propio núcleo de la lucha de clases.

Por esas y otras razones las versiones infantiles del marxismo –que piensan el fenómeno clasista fuera de esa realidad nacional- nunca encontraron el respaldo de los movimientos populares de esos países ni nunca cumplirán cualquier papel político concreto en ellos.

Es claro que el marxismo europeo elude la cuestión nacional pues se trata de países donde esta cuestión estaba ya resuelta y donde la clase trabajadora se dejaba dominar por la ideología cosmopolita de las burguesías triunfantes y dominantes a nivel internacional.

Tan es así que en la práctica concreta, el proletariado europeo se dejó llevar por el nacionalismo bélico durante la Primera y la Segunda Guerra Mundiales, cuando su internacionalismo fue puesto a prueba.

Sin embargo, no sería en vano que el proletariado italiano, por tratarse de una nación que tardó en constituirse, no dejara de demostrar una profunda sensibilidad teórica para este problema rebelado, entre otros, en la obra de Gramsci y de Togliatti.

En el Brasil actual, la cuestión del socialismo aparece estrechamente ligada a la lucha contra la dominación colonial de las corporaciones multinacionales sobre nuestras economías.

Fueron éstas quienes comandaron el conjunto de las clases dominantes para impedir el desarrollo del movimiento popular brasileño.

Fueron éstas quienes despreciaron las experiencias históricas de nuestra clase trabajadora descalificando (por la derecha o por la izquierda) a sus líderes, considerados “sectarios”, “subversivos” o “terroristas” cuando entraban en choque con el Estado.

Fueron éstas quienes recurrieron finalmente a la fuerza y la dictadura con el objetivo de imponer el reino del gran capital, de la “modernización” capitalista despiadada para con las costumbres de nuestro pueblo, de la racionalidad autoritaria y dictatorial de las relaciones mercantiles en todos los planos de la existencia.

Luchar contra esta dictadura y esta racionalidad sin luchar contra la lógica del desarrollo capitalista dependiente y contra los intereses internacionales que lo sustentan es algo completamente utópico, provinciano y pueril.

Por esto la afirmación de lo nacional es condición incluso para elevar el movimiento popular brasileño al nivel del movimiento antiimperialista internacional que tiene hoy en los gobiernos y en los movimientos de liberación nacional del Tercer Mundo, en los gobiernos socialistas y en los movimientos y partidos democráticos de los países capitalistas, sus principales puntos de sustento.

Otro elemento de esta cadena de relaciones que necesitamos entender es el hecho cada vez más claro de que esta afirmación nacional no podrá realizarse a través de una clase capitalista "nacional" cada vez más asociada al capital internacional y cada vez menos capaz de realizar un desarrollo capitalista independiente con un real contenido popular y democrático.

La revolución democrático-burguesa tuvo en los siglos XVIII y XIX un profundo contenido popular. La lucha contra la dominación feudal, contra la servidumbre y la esclavitud en América, contra las oligarquías en las regiones pre-capitalistas asiáticas y africanas, por la democracia política y la igualdad jurídica, por la liberación de la economía de las formas de producción antiguas, integrándolas en la dinámica del desarrollo tecnológico y científico que generó el consumo de masas contemporáneo, todas estas transformaciones que acompañaron el plano intelectual a la lucha contra la irracionalidad y el oscurantismo fueron importantes y decisivas conquistas que la revolución burguesa trajo a la humanidad en el plano mundial.

Sin embargo, desde el fin del siglo XIX, con el surgimiento del imperialismo como forma de articulación del capitalismo en el plano mundial y con la creciente defensiva del capital frente al avance político y sindical de la clase Obrera, el capitalismo pasó a la defensiva convirtiéndose en un régimen económico y social cada vez más opresivo e incapaz de resolver las nuevas cuestiones colocadas por las naciones próximamente emergentes en la arena nacional.

Las últimas revoluciones burguesas capaces de sustentar un proceso endógeno de desarrollo fueron la alemana, la japonesa y solamente en parte la italiana. Ya en la Rusia zarista la burguesía fracasó y tuvo que ceder el poder a la clase obrera y al campesinado para realizar las transformaciones sociales que sus homólogos burgueses habían conseguido realizar en Europa.

Desde el comienzo del siglo XX cuando se consolida la fase imperialista de la economía mundial y particularmente desde 1917, con la victoria de la revolución rusa, la cuestión nacional se convierte cada vez más en la cuestión de la lucha antiimperialista que pasa progresivamente al comando de los movimientos populares. Éstos, a su vez con el desarrollo de la industrialización del Tercer Mundo, van reuniéndose bajo el mando de una clase obrera en proceso de organización política independiente.

Es por eso que en Brasil, donde este proceso de industrialización alcanzó uno de los puntos más elevados del Tercer Mundo, la definición socialista del movimiento antiimperialista y de afirmación de la soberanía nacional se hace cada vez más clara y necesaria.

El socialismo brasileño tiene pues, razones muy profundas en nuestro movimiento popular. Como vimos, éste nace de la necesidad de reorientar el modelo de desarrollo económico impuesto al país por la fuerza y por la hegemonía del gran capital internacional y nacional y que condujo las masas populares a la marginalidad, a la pobreza absoluta, a los niveles salariales subhumanos y a la economía del país al endeudamiento, a la alineación masiva de sus riquezas y al control por el capital internacional.

Al estudiar los caminos de esa reorientación, vimos la necesidad de recurrir a formas hegemónicas de propiedad social y de planeamiento económico para abrir camino al socialismo. Vimos que para introducir esas soluciones se hace necesario destruir las barreras impuestas por el gran monopolio, los especuladores, el latifundio y el consumismo extensivo de las clases dominantes, a través de reformas estructurales.

Vimos en seguida que la solución de los problemas populares pasa por una restructuración del sistema productivo y de servicios orientados a la atención de las necesidades de las grandes masas. Vimos también que para alcanzar tal fin es necesaria una redistribución de los recursos, hoy concentrada en las manos de una minoría de privilegiados.

En este capítulo vimos que esas tareas sólo pueden realizarse en la medida en que el país se libere del dominio de los intereses internacionales y de las élites antinacionales que impiden la unificación nacional y el desarrollo de una ciudadanía que fundamenta una verdadera democracia.

Brasil sólo se hará una nación independiente cuando las propias clases populares dirijan su proceso económico, político y cultural.

Y para realizar esa gigantesca tarea, el pueblo brasileño tendrá que recurrir a las políticas de autopromoción de las enormes masas de desprotegidos, no privilegiados y pauperizados; de las reformas estructurales que destruyen los obstáculos al pleno desarrollo del país; de la formación de una economía planificada basada en la propiedad social; de la afirmación de la unidad nacional a través de una cultura popular y nacional que abra camino a las manifestaciones de esas mayorías nacionales, de un Estado nacional soberano y controlado por el pueblo que deberá ser el sujeto de esas transformaciones.

VI. Socialismo y Laborismo

Desarrollo económico y social que atienda las necesidades de la población, justicia social que distribuya equitativamente el ingreso y brinde oportunidad a los más capaces de ser desarrollados y ser útiles socialmente, soberanía nacional que garantice a los componentes de una nación el respeto por sus valores, sus riquezas y su trabajo.

Estos tres objetivos no son necesariamente socialistas. Todos los hombres defienden hoy en día la legitimidad de esas aspiraciones independientemente de concordar o no con el socialismo como forma de organización social.

No obstante, como vimos, ninguno de esos objetivos puede ser alcanzado en los países subdesarrollados que ingresan en el capitalismo de la fase imperialista. El pueblo brasileño ya consideró que podría alcanzar estos objetivos dentro del capitalismo pero se tornan cada vez más evidentes las limitaciones de un capitalismo dependiente para realizar esas metas.

El socialismo no es por lo tanto un ideal utópico que se pretende introducir a la fuerza en nuestro pueblo. Ya es sabido que resulta de la propia lógica de las luchas sociales en el país.

No obstante, es verdad que el pensamiento y el movimiento socialista no tienen en Brasil una tradición muy arraigada. Los grupos, organizaciones y partidos socialistas, así como las corrientes comunistas, nunca llegaron a formar un vasto movimiento político en nuestro país.

En el fin del siglo XIX y el comienzo del siglo XX surgieron pequeños grupos y partidos socialistas. Pero aquellos que poseían mayor fuerza en el movimiento obrero, formado sobre todo por artesanos recién emigrados de Europa, eran los anarquistas que dirigieron importantes movimientos populares como la huelga general de Sao Paulo, en 1917.

Posteriormente, tomando el ejemplo de la revolución rusa, el proletariado urbano de Sao Paulo y Río de Janeiro se aproximó a la Tercera Internacional formando el Partido Comunista de Brasil, en 1922. El PCB cometió mientras tanto, un grave error histórico al ignorar la revolución de 1930. Luis Carlos Prestes, que era entonces la mayor figura popular del país y a quien Getulio Vargas y los conspiradores de la revolución de 30 habían entregado el comando militar de la misma, se unió al PCB y bajo su orientación se negó a participar en el movimiento revolucionario.

Esta política sectaria alejó el movimiento comunista de la dinámica revolucionaria democrática del país y otorgó el dominio del movimiento obrero a los dirigentes de la revolución victoriosa.

De esta manera, Getulio Vargas dispuso del poder estatal generado por la revolución, inició un proceso de organización sindical primero y político después, en la década de 1940, del proletariado urbano que se formó con la nueva industrialización de los años 30 y 40.

Esta experiencia organizativa, ideológica y política fundó una nueva fase de movimiento obrero brasileño que fue y es aún el -laborismo-.

Este proletariado de origen rural reprodujo en las condiciones urbanas el paternalismo dominante en su medio original. Su organización política se estructuró en torno a liderazgos paternalistas que tenían en Getulio Vargas su figura mayor y soberana.

A pesar de que Getulio Vargas recurriera algunas veces al objetivo histórico de lograr una democracia socialista por la necesidad de auto organización de la clase trabajadora, el movimiento popular brasileño se encontraba aun muy subyugado a un objetivo histórico limitado y a formas de organización precarias.

El laborismo se organizó como partido en 1945 cuando la base sindical y obrera de Getulio Vargas se rehusó a acompañar a los líderes del Partido Social Demócrata, sobre todo en Rio Grande do Sul. Getúlio no tenía idea de cómo organizar dos partidos (uno de centro derecha y otro de centro izquierda) tal como posteriormente se intentó hacer creer. Los hechos hoy conocidos demuestran que hubo una verdadera escisión en sus bases políticas que dieron origen al PTB.

A partir de entonces el laborismo creció como fuerza política e ideológica en el país. Getúlio Vargas fue elegido presidente en 1950 como candidato del PTB, pero éste era absolutamente minoritario en la Cámara Federal. Como ocurriera entre 1945 y 1950, las fuerzas conservadoras del PSD y de la UDN tendían a unirse en el parlamento contra las medidas laboristas y nacionalistas defendidas por el PTB (ahora solo como representante popular, en la medida en que en 1947 se hubiera ilegalizado el PCB, que obtuvo una votación representativa en la elección de 1945).

La unión de todas las fuerzas reaccionarias contra Vargas se completó en 1954 y fue comandada por Carlos Lacerda que a través de un movimiento militar, creó las condiciones para pedir el decreto por el Parlamento del impedimento legal del presidente Vargas, pedido que contaba con el apoyo de las fuerzas armadas y de la mayoría parlamentaria. De esa forma, sectores del PSD se unían a la UDN en una conspiración conservadora contra el presidente electo para detener el programa de reformas nacionalistas que él desarrollaba.

El suicidio de Vargas desarmó las fuerzas armadas golpistas y desencadenó un movimiento de masas gigantesco en el país que hizo retirar el esquema reaccionario, obligó a Lacerda a refugiarse en los Estados Unidos e impidió la subversión legal. Se realizaron las elecciones de 1955 y se eligió un candidato del PSD Juscelino Kubitschek, y un vicepresidente del PTB João Goulart.

Se concretaba así la unión del esquema varguista que llevó posteriormente a la idea de que él lo creara maquiavélicamente en su cabeza. El sector conservador del varguismo ocupaba la presidencia y su base popular, la vicepresidencia. El laborismo que no conseguiría el poder total, mismo al haber elegido al presidente Vargas en 1950, continuaba siendo minoritario en la Cámara y el Senado.

Solamente en 1960 comienza a crearse la base de un nuevo esquema de fuerzas. La elección de Jânio Quadros para presidente teniendo como vicepresidente a João Goulart fue una derrota insospechada de las fuerzas conservadoras del país.

Es verdad que Jânio fue candidato de la UDN, opositora del varguismo. Pero su candidato a vicepresidente –este sí udenista- perdió para el sucesor político de Getulio que era João Goulart.

En 1960 el pueblo brasileño demostró su clara inclinación por un gobierno nítidamente popular a pesar de elegir un presidente apoyado por la UDN y las fuerzas conservadoras. Fue esta contradicción implícita en su victoria lo que llevó Jânio Quadros a la renuncia en 1961.

En este momento se dio un episodio definitorio para la historia de Brasil. Los militares formaron una junta de gobierno para impedir la posesión del presidente constitucional: o su sucesor, o el vicepresidente João Goulart. Leonel Brizola, gobernador de Rio Grande do Sul, que ya alabara las conciencias conservadoras del país nacionalizando dos empresas multinacionales en su Estado e iniciando dos empresas multinacionales en su Estado e iniciando la Reforma Agraria, se levantó contra el golpe militar, y como vimos, lo derrotó a través de la unión del pueblo armado, de la policía militar y del Tercer Ejército. A pesar de la fuerza del movimiento legalista, João Goulart aceptó una fórmula conciliatoria que le fue llevada a Uruguay por Tancredo Neves. El asumiría la presidencia pero perdería sus poderes para un régimen parlamentario.

El gobierno de João Goulart consiguió sin embargo, lo que Vargas no había obtenido, una mayoría parlamentaria de centro izquierda que se unió al Frente Parlamentario Nacionalista, cuyo núcleo central era el PTB. Goulart consiguió a través de inmensas movilizaciones populares, e incluso del apoyo de tres huelgas generales

comandadas por la CUT, el restablecimiento de sus poderes a través de un plebiscito que contó con el apoyo masivo de la población.

Se habla mucho hoy de la falta de base política del gobierno de Goulart en 1964. Sin embargo se olvida que él obtuvo en 1963 el apoyo de más del 60% de la población brasileña para retomar sus poderes presidenciales y realizar las reformas de base que el país necesitaba. Se olvida también que por primera vez un presidente laborista conseguía una mayoría parlamentaria para su programa de transformación nacional democrática.

Es evidente que la caída del gobierno de Goulart se explica mucho mejor por las contradicciones internas de esas fuerzas nacional-democráticas tan claramente mayoritarias que por el poder exclusivo de sus adversarios, a pesar del apoyo internacional de que disponían y que incluía la entrada de tropas norteamericanas en Brasil tal como se documentó posteriormente.

El hecho es que el ala conservadora del movimiento nacional-democrático comenzó a alarmarse con el desarrollo de su sector popular. El propio gobierno de Goulart era el resultado del movimiento cívico militar iniciado y liderado por Leonel Brizola.

De hecho, el plebiscito se coronaría de éxito a través de la movilización de las fuerzas sindicales y otros sectores populares. Esas fuerzas populares se habían unido en torno al Frente de Movilización Popular que bajo el liderazgo de Leonel Brizola, unificaba al Frente Parlamentario Nacionalista, la Central Única de los Trabajadores, la Unión Nacional de los Estudiantes, la Unión Brasileña de los Estudiantes Secundarios, las Ligas Campesinas, la Unión de los Trabajadores Agrícolas, los oficiales nacionalistas, el comando nacional de los sargentos y varias organizaciones de izquierda.

Este Frente de Movilización Popular se había negado a apoyar el pedido de estado de sitio que hiciera Goulart luego después del levantamiento de los Sargentos en Brasilia en 1963.

Todos estos hechos indicaban que el esquema de fuerzas que apoyaba el presidente João Goulart se volvía hacia la izquierda y parecía creer cada vez menos en la quimera de la capacidad de un supuesto capitalismo nacional e independiente para realizar sus aspiraciones de desarrollo económico-social, justicia social y soberanía nacional.

Si bien la palabra socialismo sólo aparece eventualmente, era evidente que el movimiento popular brasileño tendía a superar la idea de un desarrollo capitalista y comenzaba a crear las bases para una transformación social más profunda de carácter socialista.

Hoy a distancia, vemos cuan confuso y desarticulado era este proceso. Algunos ya lo podían ver en aquella época pero eran una minoría.

El golpe de estado de 1964 destruyó con violencia aquel movimiento y para esto contó con el apoyo tácito incluso, de su ala conservadora. Juscelino Kubitschek apoyó el golpe al aceptar votar por la candidatura del general Castelo Branco en el Parlamento, dando así una cierta legitimidad institucional al movimiento militar que derrocó el presidente constitucional y desató la más terrible represión a las fuerzas populares.

Sería tal vez un poco doloroso levantar aquí la lista de otros liberales de la UDN, que se creía triunfante, y del PSD que buscaba componerse con el nuevo poder, que de una forma u otra cooperaron con este episodio sombrío de nuestra historia.

Esto revela que se había dividido inevitablemente el esquema de fuerzas que apoyara al gobierno de João Goulart, en el momento en que enfrentó la prueba de las reformas estructurales.

Este análisis histórico nos muestra que en Brasil, el socialismo no se encarnó necesariamente en un partido con un programa claramente definido. El se identificó con el ala popular de un amplio movimiento de masas y de un amplio frente de fuerzas nacionalistas y democráticas.

En esta ala popular poseían necesariamente la hegemonía las fuerzas integradas por el Partido Laborista Brasileño. Por lo tanto si el socialismo no pretende ser hoy un rayo caído del cielo en la historia de Brasil o un movimiento de minorías intelectuales, éste tiene que identificarse necesariamente con ese vasto movimiento histórico. Mismo que representa en muchos sentidos, una autocrítica de esas fuerzas y un avance en su programa y en sus métodos de organización y lucha.

Cualquier tentativa de llegar al socialismo por otras vías será lenta y elitista y se arriesgará a un aislamiento permanente. El propio Partido Socialista Brasileño, que no podía ocultar sus orígenes antivarguistas, al nacer de la izquierda democrática, y era parte de la antigua Unión Democrática Nacional que derribó Vargas en 1945, ya había reconocido en 1963 la necesidad de una unión con el laborismo, la cual estaba en proceso de realización cuando fue anulado por el golpe de 1964.

La historia de América Latina y de los Movimientos del Tercer Mundo en general muestra esa realidad inexorable. La construcción de una alternativa socialista pasa por una relación dialéctica de participación y superación socialista en el interior del movimiento nacional y democrático.

En estos países, el socialismo no es una consecuencia de un enfrentamiento puro entre las clases asalariadas y la burguesía y sí el resultado de una lucha de fuerzas populares (donde la clase obrera tiene una posición cada vez más preponderante debido al crecimiento industrial) por la orientación del desarrollo económico social, por la justicia social y por la soberanía nacional.

El socialismo nace así como el resultado de las conquistas democráticas de esas fuerzas populares. Éste es en realidad el corolario necesario del movimiento democrático pues, como vimos, el capitalismo dependiente se ve cada vez más obligado al uso de fórmulas de poder autoritarias para conseguir sobrevivir en este mundo subdesarrollado que él mismo creó y no consigue superar por sus propios mecanismos económicos, sociales y políticos.

Pasamos así a una nueva parte de nuestro trabajo donde debemos analizar la relación entre socialismo, democracia y Estado. Si el socialismo es la condición de realización de las aspiraciones del desarrollo, justicia y soberanía nacional de nuestro pueblo, es él aún más radicalmente, la única forma de realización de una verdadera democracia en el mundo subdesarrollado y dependiente en que viven las amplias masas del Tercer Mundo.

Segunda parte

Democracia y socialismo

I. Estado liberal y estado democrático

El Estado moderno tiene su origen en la Edad Media, en torno a la nobleza, que abandonaba poco a poco su función exclusivamente restringida a la defensa de sus dominios feudales.

Las necesidades comerciales, el avance de los árabes perfeccionando los medios de comunicación, de Europa con el Mediterráneo y el camino de las indias, las luchas por la hegemonía política de Europa en manos del papado fueron obligando a los nobles a asociarse, uniendo sus ejércitos y buscando una forma de poder concentrada que defendiese sus posiciones con más eficiencia.

Este embrión de Estado se fue expandiendo a medida que los comerciantes europeos se vieron en la obligación de fortalecer a las familias reales para aumentar su poder en contraposición con la nobleza feudal.

Poco a poco, sometiendo a las familias reales a su control y estimulando la aventura expansionista de Portugal y España, consiguieron abrir enormes perspectivas para la expansión de sus riquezas a través del surgimiento de un mercado internacional y de un sistema productivo en las colonias que estimularan el desarrollo de las manufacturas y abrieran camino para el surgimiento e implantación posterior del modo de producción capitalista.

Ya en el siglo XVIII están creadas las bases del Estado absolutista. En él, la monarquía se convierte en el centro indiscutible del poder estatal. A través de ella, se mantiene el régimen servil y sobrevive la nobleza de la tierra, pero al mismo tiempo ella sólo se mantiene sustentada por los prestamistas y por los comerciantes cada vez más ricos.

Esta contradicción llevó a muchos historiadores a la confusión sobre el carácter feudal o burgués del Estado absolutista. De hecho, el Estado absolutista era el último bastión de la dominación feudal, pero era necesariamente débil para impedir el avance burgués. Es esa dialéctica que explica la necesidad de mantener un movimiento revolucionario contra el absolutismo, al mismo tiempo que se encontraban varias formas de conciliación que tuvieron tanta mayor estabilidad mientras más débil era la burguesía nacional.

Como vimos, la expansión del comercio mundial, sobre todo con la apertura del camino marítimo hacia las Indias y el descubrimiento y colonización de las Américas, convirtió esa burguesía naciente en el embrión de la nueva clase dominante europea que con el desarrollo de sus manufacturas dio origen a la moderna industria

y se apoyó del poder estatal a través de sucesivas ondas revolucionarias y procesos reformistas combinados entre sí: la revolución inglesa de 1640, la revolución francesa de 1789, la revolución americana de 1779, las revoluciones latinoamericanas y caribeñas de inicio del siglo XIX, las revoluciones europeas de 1832 y 1848.

Posteriormente al movimiento revolucionario de 1848, que terminó en composiciones políticas entre la burguesía y la monarquía, surgieron procesos reformistas nuevos, herederos de esas revoluciones, que adoptaban métodos completamente distintos.

Las transformaciones ocurrieron a partir del Estado. La burguesía utilizó su poder absoluto para implantar progresivamente la industrialización y la democracia. Este fue el caso del bismarckismo en Alemania, y buena parte fue el camino de las reformas de la dinastía Meiji en Japón, así como las reformas zaristas en la segunda mitad del siglo XIX y en el comienzo del siglo XX. La timidez del reformismo zarista llevó, con todo, a las revoluciones de 1905 y 1917, que terminaron por iniciar un nuevo camino de transformaciones democráticas bajo la dirección de un Estado nuevo, de base proletaria.

No podemos olvidar, sin embargo, otros acontecimientos que forman el sustrato de la moderna sociedad burguesa: la revolución española de 1870, la guerra franco germánica de 1871 que dio origen a la Comuna de París, primera tentativa de Estado proletario en la historia, la guerra civil norteamericana de 1860-1865.

En el siglo XX, además de los acontecimientos que condujeron a la revolución rusa, debemos destacar la nueva onda de revoluciones democráticas, contemporáneas que se inicia con la revolución mexicana de 1910-1917, pasa por los acontecimientos revolucionarios en China, en Turquía y en muchas otras partes que llamamos hoy Tercer Mundo. En Europa central tenemos otra onda revolucionaria después de la Primera Guerra Mundial que instala regímenes liberales más o menos progresistas y más o menos estables.

Como vemos, el proceso de constitución del Estado liberal moderno y contemporáneo fue el resultado de una sucesión singular de acontecimientos violentos o pacíficos, de masas populares o de élites, conscientes o espontáneas. En el conjunto, sin embargo, se fue imponiendo el modo de vida capitalista, basado en el intercambio entre propietarios privados de los medios de producción y los propietarios de su fuerza de trabajo en la conducta "racional" guiada por objetivos explícitos de relaciones entre las personas, en la organización política de los ciudadanos responsables delante del Estado representativo y constitucional, en la ideología liberal que asegura al individuo el derecho de ser reconocido como unidad fundamental de la organización social, que considera el modo de vida liberal como la forma final y perfecta de convivencia humana.

Pero vimos también que este Estado liberal no logró consolidarse totalmente en toda la humanidad. En el siglo XX, la larga serie de revoluciones que se suceden son en general críticas del Estado liberal. Desde la revolución rusa de 1905 y la revolución mexicana de 1910 comienza el cuestionamiento de una sociedad organizada en torno a un individuo y se inicia el reconocimiento de las formas asociativas modernas, tales como los sindicatos, los partidos políticos, los monopolios, las empresas públicas, etc. El derecho del trabajo consagrado en los tratados de Versalles después de la Primera Guerra Mundial dio inicio a un derecho público contemporáneo que cuestiona progresivamente las bases del Estado liberal puro, así como en la economía, la intervención creciente del Estado en las relaciones de trabajo y en la producción inaugura una nueva fase de capitalismo monopolista de Estado.

Las primeras tentativas de ideología burguesa de asimilar ofensivamente estas transformaciones van a dar origen al fascismo que surge en Italia en los años 20 y se expande a Alemania en la década de los 30, terminando por imponerse en casi todo el continente Europeo por la fuerza de las tropas hitleristas o de guerras civiles violentas, como en España, o golpes de estado menos sangrientos como en Portugal.

En los años 30 y 40 parecía que la única forma de Estado capitalista capaz de adaptarse a las transformaciones modernas era el fascismo, esto es: a un régimen contra-revolucionario del gran capital, con un Estado de excepción, violentamente represivo, particularmente en las organizaciones y asociaciones de la clase proletaria, organizado bajo la forma corporativa y apoyado en la movilización paramilitar de las masas pequeñoburguesas y del proletariado.

No obstante, la victoria de los aliados en la Segunda Guerra Mundial, cuando Estados Unidos, Inglaterra y la Unión Soviética lideraran la resistencia armada al fascismo, mostró que sería imposible garantizar la sobrevivencia del capitalismo sin aceptar las nuevas realidades generadas por la gran concentración económica y la expansión mundial del capitalismo que ya se configuraba en el fin del siglo XIX.

Surge así un liberalismo moderno que acepta cada vez más las realidades ya señaladas.

En los países clásicamente liberales como Estados Unidos y Europa occidental se implantó un capitalismo monopolista de Estado, combinado con regímenes parlamentarios o presidenciales centralizados.

Con el fin de la Segunda Guerra llegaron al fin las precarias experiencias liberal-democráticas de los países de la Europa Oriental que se tornaron presa fácil del fascismo bajo la ocupación alemana y que iniciaron un complejo proceso de restructuración estatal social luego de su liberación, consecuente a la ocupación soviética.

En los países coloniales, se desencadenó una sucesión de movimientos de liberación nacional, guerras civiles y procesos revolucionarios que implantarían regímenes de capitalismo de Estado o nuevas formaciones socialistas.

En otros casos, gobiernos progresistas fueron derrumbados por golpes de estado, que representaban la reacción de las fuerzas pre-capitalistas. Pero, con el tiempo, esos golpes expresaron el sentido autoritario de la implantación de un capitalismo dependiente, concentrado y excluyente tal cual vimos en la primera parte de este libro, al analizar el caso de Brasil.

Muchos autores pretenden juzgar la realidad concreta de nuestros días a partir de conceptos abstractos y formales sobre las características ideales de las relaciones entre los individuos o entre las clases, grupos e instituciones sociales.

Muchos de ellos pretenden reeditar los principios completos de organización social que resultaron de los complejos procesos históricos como lo que dio origen a los actuales sistemas políticos existentes en Europa.

No obstante, el camino europeo para el capitalismo no se repitió en ninguna otra parte del mundo. La inmensa y poblada Rusia, Europa central, China, India, Turquía, Irak y otras naciones del mundo árabe, África y Asia del sur y en buena parte de América Latina y el Caribe no consiguieron establecer la sociedad moderna por la vía europea, norteamericana y australiana que terminó siendo una excepción en la historia contemporánea.

Estas experiencias atípicas no pueden ser vistas solamente con los ojos de sus conquistas democráticas, pues fueron estos países los responsables de regímenes derechistas, dictadores, monarquías y finalmente por el nazifascismo; por las inmensas guerras nacionales de los siglos XVIII y XIX y por las trágicas guerras mundiales del siglo XX; así como por las sanguinarias guerras coloniales de los siglos XIX y sus versiones desesperadas del siglo XX cuando fueron al final derrotados por los movimientos de liberación nacional.

Es siempre necesario temprar con la historia las fantasías conceptuales de muchos intelectuales.

Si el proceso de implantación del Estado democrático-liberal capitalista demoró por lo menos tres siglos sin que hubiera alcanzado nunca el ideal liberal que lo inspiró, esto no es razón para negar el movimiento histórico concreto de su implantación.

Quien no entienda los principios del liberalismo no podrá entender tampoco lo que ocurrió en el mundo de los últimos tres siglos, ni prever medianamente la dirección de los acontecimientos históricos.

Desde 1871, con la Comuna de París, después de 1917 con el surgimiento de los consejos (soviéticos) en la Rusia revolucionaria y la consolidación de un nuevo tipo de Estado en ellos fundado, con el surgimiento de los conceptos populares que dieron origen al Estado yugoslavo actual, con la difícil implantación de las bases campesinas en que se apoyó el Ejército Rojo de China, dando origen a un nuevo Estado, con las muchas y diversas experiencias concretas que fueron asumiendo los procesos revolucionarios contemporáneos, podemos afirmar claramente que surgió un nuevo tipo de Estado en la historia que fundamenta su poder en la organización activa del pueblo y no en la visión de una ciudadanía pasiva que extingue su papel al votar por sus representantes en el poder.

La instauración de este nuevo principio de organización estatal en la historia es un proceso complejo y singular como lo fue la implantación del Estado liberal. Sus primeras formas asumen un carácter radical y a veces hasta brutal como lo fueron las revoluciones inglesa y francesa. Pero en la medida en que evalúen las condiciones objetivas para la implantación de ese nuevo régimen se van encontrando formas más civilizadas y libertadoras para su desarrollo y nuevas formas de Estado van surgiendo como resultado de la expansión universal de ese nuevo modo de producción.

El capitalismo y la democracia burguesa comienzan a revelar desde 1914-1917 el agotamiento de sus tareas progresistas, recorriendo cada vez más las fórmulas contrarrevolucionarias de tipo fascista. Como vimos, esto ocurrió en Europa entre 1920 y 1945. En la década de los 60 renacieron formas fascistas en los países dependientes, bajo la fuerte dirección militar, que a pesar de encontrarse en decadencia, no pudieron excluirse de las tendencias futuras del capitalismo.

II. Estado y democracia en Brasil

Brasil ha intentado desesperadamente resolver sus problemas socioeconómicos ya sea por caminos formalmente liberales como los que prevalecieron en el país entre 1945 y 1946, ya sea por varias experiencias de regímenes conservadores como el Imperio, con sus muchas variaciones de una monarquía constitucional, la República oligárquica y restrictamente representativa de 1889 a 1930 o las indecisiones de la revolución del 30 que terminaron en la fórmula corporativa de 1937-1945.

Es necesario recordar que ni el periodo liberal más avanzado que tuvimos, de 1945 a 1964, se caracterizó por una representatividad y libertad total de la sociedad civil. En él no votaron las inmensas masas de analfabetos, se excluían los indígenas y se impedía la representación de fuerzas políticas significativas del país como el partido comunista.

Es pues un hecho que la democracia en Brasil es un ideal en desarrollo pero aún lejos de ser alcanzado.

El régimen militar establecido en 1964, como resultado de un golpe de Estado que después reestableció el poder constitucional, dictó actos institucionales que suspendieron la aplicación de la Constitución de 1945 y posteriormente la sustituyó por una nueva Constitución autoritaria en 1967.

En seguida, suspendió la vigencia de su propia Constitución a través del Acto Institucional No. 5 en 1968.

Solamente en 1978 se revocaron las disposiciones dictatoriales de 1968, sustituyendo el Acto Constitucional No.5 por la incorporación en la Constitución de varios elementos autoritarios y por la creación de una legislación complementaria de seguridad nacional, de reglamentación de la huelga, de limitación de la vida sindical, electoral y partidaria que restringen enormemente el ejercicio democrático en el país.

Al tomar esas medidas, el movimiento de 1964 pretendió, en cierto momento, particularmente entre 1968 y el inicio de la apertura política, en 1974, imponer al país un régimen político permanente de excepción que despreciaba las instituciones liberales formales para dar al presidente el poder discrecional de un jefe fascista.

En este mismo periodo, se intentó crear un clima de movilización nacional basado en el "eslogan" de Brasil Gran Potencia, que encontraba su respaldo en el llamado milagro económico que no era más que una corta recuperación, después de varios años de recesión.

En 1974 se iniciaron los signos que conducirían en seguida a la mayor crisis de nuestra historia. Sin embargo, las bases del fascismo eran débiles. Los grandes capitalistas internacionales y nacionales que apoyaron esas medidas de excepción llegaron a la conclusión de la inutilidad y del anacronismo histórico de este fascismo dependiente y comenzaron a temer las medidas estatistas y nacionalistas de la derecha militar. Iniciaron en consecuencia un proceso de apertura política que buscó aliar a los militares del poder y asegurar la estabilidad a través de un régimen conservador, con libertades políticas limitadas.

Sin embargo, cada vez que se llamaba a una consulta popular, se producían inequívocas manifestaciones contrarias a las limitaciones que inspiraron originalmente el proyecto de descompresión controlada. Esto llevó al régimen a dictar medidas de excepción después de las elecciones de 1974, 1976 y 1978. Estas medidas buscaban impedir la victoria política de la oposición, a pesar de su carácter moderado. Aumentaba, mientras tanto, la presión interna a través del Movimiento por la Amnistía y otras fuerzas populares y democráticas. En el exterior, un vasto movimiento de masas y opinión pública presionaba sus respectivos gobiernos para exigir la democratización de Brasil, amenazando incluso los convenios y negocios brasileños en el exterior. En una situación económica cada vez más difícil y presionando interna y externamente, el régimen inició en 1978 una nueva etapa en la apertura política con la extinción del Acto Institucional No. 5 en 1978, la concesión de la amnistía y el permiso para la reorganización de los partidos políticos en 1979.

Como resultado de esas medidas se abrió la discusión política en el país, dominada casi exclusivamente por un encuentro entre un gobierno conservador autoritario y una oposición liberal predominantemente conservadora.

El surgimiento de nuevos partidos con el objetivo de representar los sectores asalariados, los pequeños y medios propietarios y las amplias masas marginalizadas comienzan a introducir una nueva dimensión en el proceso de liberalización política.

Estas fuerzas no aspiran solamente a una liberalización dentro de moldes económicos y sociales conservadores. Éstas pretenden llevar el proceso de democratización a sus últimas consecuencias y abrir camino para la efectiva participación de las fuerzas populares en el poder.

Se retoma el debate histórico que buscaba establecer en el país un estado de contenido popular y participativo, donde la administración no sea solamente de intocables representantes del pueblo que se convierten en profesionales políticos sin ninguna responsabilidad delante de su electorado.

El tipo de Estado por el cual aspiran esas fuerzas es esencialmente participativo. Este debe estar bajo constante vigilancia de las organizaciones populares, sean ellas de barrio, municipales o estatales, sean sindicales o profesionales, de partido o partidos de base social popular.

Esta vigilancia debe tener formas concretas de intervención sobre el gobierno y los propios aparatos de Estado para permitir la destitución de funcionarios y representantes irresponsables y corruptos y su sustitución a través de procesos democráticos.

Más que una vigilancia, los sectores populares necesitan de una participación real en el planteamiento de la política estatal. Ellos deben por lo tanto, tener una presencia efectiva en todos los órganos de producción de bienes y servicios, sobre todo en aquellos sectores de mayor interés público.

La participación debe comenzar por el local de trabajo donde los trabajadores deberán poseer comités de empresa que aseguren la filiación y actividad física y la actividad sindical y la participación en la gestión de las empresas, inclusive en la propiedad de las mismas cuando sean privadas o en la repartición y uso de los beneficios cuando sean estatales o cooperativas.

La participación debe continuar en la planificación de los ramos o sectores de la economía donde los sindicatos y federaciones de trabajadores u otras formas de representación del trabajo deben tener un papel muy sólido y efectivo exigiendo que los planos de producción sean ampliamente discutidos en todas las empresas del ramo o sectores.

La participación es también decisiva en la comunidad. Ya sea a través de las asociaciones de vecinos que organizan gran parte de la vida del barrio asumiendo progresivamente un papel de colaborador del Estado para la ejecución de programas y para el planeamiento de los mismos.

Al mismo tiempo, cabe a los usuarios participar de los órganos del servicio público, particularmente la red educacional y hospitalaria, donde la ayuda de la población es extremadamente necesaria.

De esta manera, la cúspide del Estado a través de los ministerios y secretarías sería solamente una instancia coordinadora final de las innumerables redes de centros de decisión, planificación, gestión y ejecución existentes en punto menor en todos los poros de la organización social global.

Se habla mucho de la descentralización del poder, como respuesta a los años de centralización que vivimos bajo el autoritarismo. Pero esta descentralización no se puede dar solamente en el plano de un aparato estatal profesional totalmente separado de la sociedad civil que lo financia y que lo utiliza. Esta debe llegar al nivel de establecer una relación profunda de poder con los órganos de representación de la comunidad que deberán disponer de una participación efectiva en el aparato estatal.

Si así no fuera, la descentralización no asumiría un carácter efectivamente democrático, siendo simplemente una reformulación administrativa de la burocracia estatal. La organización, movilización y concientización de la sociedad civil para que ésta pueda convertirse en un efectivo soporte del Estado es tarea fundamentalmente de los partidos políticos, particularmente aquellos que buscan representar los sectores populares.

Llegamos así al centro, al núcleo mismo de la cuestión democrática. En el capítulo siguiente pretendemos profundizar la discusión del concepto de democracia, separando la democracia liberal de la popular y socialista. Para captar bien esta diferencia, es necesario poder entender las nociones desarrolladas en este capítulo sobre el Estado moderno.

Vimos en primer lugar que el Estado moderno surge dentro de la sociedad feudal como un instrumento de asociación de la nobleza amenazada por los comerciantes moros desde el exterior y por el campesinado en rebelión en su interior. Vimos, en seguida cómo ese embrión de poder centralizado se va concentrando en las manos de la familia real, con el apoyo de los financistas y comerciantes hasta generar el estado absolutista.

Fortalecidos por el comercio mundial y el desarrollo de las manufacturas y de las fábricas modernas que implantan el modo de producción capitalista, los capitalistas apoyan el movimiento democrático contra el Estado absolutista, primero en sus formas revolucionarias y posteriormente en sus formas reformistas. No obstante, la expansión de la revolución burguesa y democrática asume formas nuevas en el resto del mundo, en la medida en que se implanta la nueva economía internacional imperialista, establecida como consecuencia de la expansión del capitalismo industrial a nivel internacional.

La lucha por el dominio de las colonias lleva al enfrentamiento brutal entre las potencias imperialistas y a aquellas que llegaron después de 1860 hasta 1900. En esta competencia son obligadas a recurrir a la fuerza para imponer sus objetivos expansionistas llevando a la Primera y a la Segunda Guerras Mundiales. De esta forma, el estado liberal es afectado por las luchas entre las potencias capitalistas por un lado y por otro por las luchas entre la clase capitalista con sus principios económicos y la nueva clase proletaria en ascenso que reivindica nuevas formas de organización económica y social. Al mismo tiempo, el triunfo de la primera revolución socialista en 1917 y la profundidad de la crisis económica general obligan al Estado burgués – antes de consolidar su forma liberal pura- a aceptar nuevos principios de carácter intervencionista en el plano económico y social.

De esta forma el Estado liberal sufre transformaciones que lo desvían de su forma clásica y el capitalismo llega a aventurarse en las décadas de los 20 y 30 a apoyar un tipo de Estado corporativo, movilizador y

abiertamente represivo y terrorista que fue el fascismo. El fracaso del fascismo en la Segunda Guerra Mundial abre camino para nuevas fórmulas neoliberales que se basan en un capitalismo monopolista de Estado. Estas formas continúan vigentes en los países capitalistas desarrollados hasta nuestros días, cuando una nueva crisis de largo plazo exige nuevas fases de intervención estatal.

En el mundo colonial, semicolonial y dependiente, la lucha por la implantación del Estado moderno asume un carácter distinto dando origen a formas sociales propias, donde la centralización política es el arma principal de una burguesía naciente contra el localismo de las aristocracias rurales y la potencia de las fuerzas imperialistas internacionales.

En este contexto, la lucha contra las oligarquías rurales y las fuerzas internacionales asume muchas veces y de manera creciente el carácter de un fuerte capitalismo de Estado. En la búsqueda de bases de sustento para este capitalismo de Estado las fuerzas estatales encuentran en general el apoyo sobretodo del movimiento popular y de las clases medias más progresistas abriéndose camino a las fórmulas socialistas nuevas.

De esta forma la propia evolución de la sociedad moderna va exigiendo formas nuevas y originales de soluciones estatales. La experiencia europea convertida por muchos teóricos en una forma ideal pura se va constituyendo en una experiencia específica, diferenciada de las nuevas formas de Estado que nacen de una etapa superior de la vida económica de la humanidad.

El socialismo aparece en este contexto como una tentativa de organización del Estado bajo control de organizaciones proletarias campesinas u otras formas de poder popular que van diferenciándose en distintas experiencias históricas según las especificidades de la estructura social de cada país que se van incorporando al proceso mundial de creación de una nueva sociedad y un nuevo tipo de Estado.

En el caso de Brasil, la experiencia aún precaria de las fuerzas populares no les permitió formar un Estado democrático moderno más que por un corto periodo y con muchas limitaciones que ya señalamos, entre 1945 y 1964. El movimiento de marzo de 1964 instauró un régimen de excepción que fue siendo obligado a realizar concesiones a partir de 1974 en un proceso de apertura liberal que pretendía limitarse a la concesión de un espacio democrático restringido. Sin embargo la presión de las fuerzas populares y democráticas en ascenso viene obligando al régimen a concesiones crecientes en el camino de una transición democrática efectiva.

En este proceso de transición comienzan a manifestarse las fuerzas populares hasta entonces sin voz exigiendo una democracia más profunda en la cual el poder estatal está sometido al control de las organizaciones populares que están en fase de desarrollo y que se fortalecen con el aumento de las condiciones democráticas del país.

Esta aspiración por un Estado de carácter participativo permea el conjunto de la sociedad de las actividades económicas y políticas. De esta manera, se coloca la cuestión de un nuevo tipo de Estado que pueda servir de fundamento a una transformación democrática más profunda.

Este Estado participativo y bajo el dominio de las fuerzas populares no es sino una forma de transición hacia un Estado socialista, un Estado de Democracia Popular o más específicamente proletaria, en la medida en que el proletario tenderá a convertirse, bajo un régimen de producción desarrollado que se instalará como el socialismo, en la mayoría incuestionable de ese pueblo.

Vemos así que nuestro discurso se va completando. La cuestión del socialismo surgió, en la primera parte de este trabajo, como la forma de resolución de los bloques impuestos por el desarrollo capitalista dependiente a las necesidades sociales de las mayorías del país, a la justicia social y a la soberanía nacional. Vimos ahora que el Estado capitalista, en estas condiciones de subdesarrollo y dependencia, se muestra también limitado e incapaz de dar una solución democrática para las amplias mayorías nacionales y permitir su plena participación en el poder.

De esta forma el socialismo aparece otra vez como una necesidad práctica para resolver los grandes sueños de participación política de nuestro pueblo.

Y se coloca nuevamente y con pleno vigor la cuestión democrática que está en el centro mismo del actual proceso político nacional.

III. Democracia liberal y democracia popular

La democracia es el gobierno del gobierno para el pueblo. La idea de democracia está asociada a la lucha de los ciudadanos griegos para participar del Estado hasta entonces reservado solamente a la nobleza. La democracia es por principio republicana y no puede admitir el derecho divino de los reyes u otras teorías que hagan derivar el poder de otra fuente que no sea el pueblo.

Pero el pueblo para los griegos y romanos no incorporaba los esclavos que estaban excluidos de la ciudadanía. Luego, la democracia grecorromana era un régimen político esclavista que no podría ser tolerado en el mundo moderno. Muchas normas de la democracia inglesa encontraron sus orígenes en las costumbres parlamentarias feudales de los cuales se excluían los burgueses y los siervos.

La idea de democracia fue por lo tanto compatible con formas de dominación de clase que hoy nos parecen totalmente contrarias a este ideal. Tuvimos la democracia de los nobles y los plebeyos sometiendo a los esclavos, hubo una democracia de los nobles, sometiendo a los burgueses y siervos. Fue solamente con el advenimiento de la revolución burguesa, cuando comenzaron a imponerse universalmente los ideales de la revolución francesa, que la noción de democracia se identificó con la de trabajo libre y de la ciudadanía universal.

La campaña por el voto universal sólo consiguió sus primeras victorias permanentes en la Inglaterra de mediados de siglo XIX y solo se implantó aun con restricciones al voto femenino, en Europa occidental en el comienzo del siglo XX. En Europa central y oriental el voto universal continuó siendo una aspiración hasta el siglo XX. Y se sabía que el voto universal no fue nunca conquista exclusiva de la burguesía, a pesar de sus declaraciones revolucionarias. Fueron un movimiento democrático radical, igualitario y de base sobre todo proletaria, y el socialismo emergente en Europa y en Estados Unidos las fuerzas que desencadenaron una lucha sistemática y profunda por el voto universal, hoy considerado como una condición necesaria de una democracia moderna.

Las conquistas democráticas de las repúblicas capitalistas modernas son por lo tanto, en gran parte, una conquista del movimiento obrero, socialista y posteriormente también comunista. Esto no retira el carácter de clase de esas democracias, pues ellas reproducen, en la práctica, y justifican, jurídica y teóricamente, la manutención de las relaciones de producción asalariadas basadas en la propiedad privada de los medios de producción por un lado, y en la venta libre de la fuerza de trabajo por otro.

Esto no significa, sin embargo, que el movimiento obrero esté interesado en destruir las conquistas que realizó dentro del modo de producción capitalista.

Al contrario, los hechos demostraron que el movimiento obrero, donde alcanzó significativas conquistas democráticas como el voto universal, no pretende desprenderse de ellas y sin profundizarlas y tomarlas como punto de partida para la construcción de una verdadera democracia proletaria y popular.

En este punto estamos entrando en el núcleo del debate ideológico contemporáneo. La nobleza europea usó durante años las violencias cometidas por las masas en las revoluciones inglesa y francesa y en las luchas de liberación colonial en el Caribe y en América Latina para demostrar la inviabilidad de la democracia liberal burguesa. Este fantasma llevó incluso al retiro ideológico y a la conciliación de amplios sectores demócratas.

Hoy en día, la burguesía usa también los ejemplos de violencia revolucionaria de masas y el uso excesivo de la fuerza en los primeros regímenes socialistas para denunciar la inviabilidad de la democracia proletaria y para aterrorizar y desmovilizar muchas corrientes socialistas.

Toda forma social nueva se impone a través de una lucha encarnizada contra las antiguas formas de poder. La brutalidad del poder ya constituido es en general ocultada por su legitimidad, otorgada por el orden social y jurídico existente. La violencia que sustenta el orden existente es cotidiana y legal. La violencia de las fuerzas emergentes, por más que sean una reacción a esta violencia legal, aparecerá siempre como subversiva e ilegítima ante los poderes constituidos.

Cuando el nuevo orden social se impone, ésta tiene que defender sus principios a través de la organización legal o estatal de la violencia. Las clases por ellas desalojadas del poder no aceptarán, sin embargo, la legalidad de ese nuevo orden y verán siempre esta violencia como un acto indiscriminado de ejercicio de poder.

Como los regímenes nuevos, nacidos de procesos revolucionarios, sufren constantes ataques de los restantes nacionales, o externos de las fuerzas prerrevolucionarias, persisten en ellos fuertes tendencias al autoritarismo, ya sea para preservar las conquistas revolucionarias, ya sea contradictoria pero necesariamente, para pactar con los residuos de las fuerzas contrarrevolucionarias que sólo desaparecen a través de un largo proceso de reformas controladas desde arriba por el poder revolucionario.

De esta forma la cuestión de la democracia se torna extremadamente confusa para aquellos que no logran situarla en una dimensión histórica. ¿Cuánto deben las civilizadas normas de la democracia liberal moderna

al terror ejercido por los puritanos ingleses, a las acciones hoy condenadas de los jacobinos de la revolución francesa, a la destrucción autoritaria de las noblezas europeas por el "emperador" burgués Napoleón Bonaparte, a las conspiraciones de un Blanqui, a las guerras civiles italianas, españolas, etcétera?

No obstante, la necesidad de procesos revolucionarios y el uso de la violencia por las clases que están emergiendo en la historia, van disminuyendo a medida que sus revoluciones van triunfando y que la clase dominante antigua va aceptando más pacíficamente la pérdida histórica de sus privilegios. Además, el avance del poder real de las clases emergentes dentro de la antigua estructura económica va desarticulando el poder de represión de las clases dominantes y aumentando la capacidad de autonomía y la fuerza articuladora de las clases revolucionarias.

Es pues evidente que, en la medida en que avanza la fuerza de las clases emergentes, aumenta también el papel de las prácticas democráticas y su enraizamiento histórico en la acción política de la próxima clase dominante. Aumenta también su tolerancia para con las fuerzas no revolucionarias y su poder de cooptación de esas fuerzas para impedir que se conviertan en antirrevolucionarias.

Estas reflexiones son muy importantes para comprender el papel de las instituciones democráticas en la transición hacia una sociedad socialista en escala internacional en la actual fase de la historia de la humanidad.

El ejemplo de la revolución rusa hizo soñar a la mente de muchos sectores socialistas, positiva o negativamente. La revolución rusa tiene un papel para la revolución socialista similar al de la revolución francesa para la implantación de la democracia liberal. Funcionó como un paradigma, resultado de su radicalidad y su inmensa dimensión histórica como el primer caso de revolución socialista victoriosa. Muchos autores quisieran ver en estos procesos una especie de modelo que tendrían que seguir necesariamente los procesos revolucionarios ulteriores.

La práctica histórica demostró, sin embargo, que no fue así. Cada proceso revolucionario siguió una dinámica distinta. Es pues necesario aceptar que donde las instituciones democráticas liberales llegaron a enraizarse como resultado sobre todo de la presión y de las luchas del movimiento obrero, no se puede esperar que la transición para el socialismo abandone esta tradición histórica.

Por otro lado, no se puede pedir a regiones donde esta tradición nunca se implantó y que se encaminaron directamente de formas pre-democráticas a la vía socialista, que desenvuelvan formas similares a las instituciones liberales bajo pena de condenarlas al limbo de las sociedades no democráticas. Esto no pasa de

un europeo centrismo que pretende erigir una idealización de la experiencia institucional europea contemporánea en patrón de civilización para el resto del mundo.

Brasil tiene 164 años de experiencia estatal autóctona donde se buscó imitar las formas europeas o norteamericanas adaptándolas a las condiciones locales.

Todas ellas fueron dominadas por fuertes intereses oligárquicos, excepto, en parte, el periodo de 1945, 1964 cuando el movimiento popular pudo irrumpir progresivamente dentro del Estado y crear importantes momentos de vida democrática, tal como ocurrió por ejemplo, entre 1961 y 1964.

Con todo, la tradición oligárquica brasileña considera este periodo como el auge de la anarquía en el país. Pues para la clase dominante la emergencia de las fuerzas populares como fuerzas activas en la vida estatal y pública sólo puede ser considerada una anarquía.

Su régimen ideal son los corredores vacíos de la tecnocracia, de la decisión "racional", en la cual se liquidan y se condenan a la miseria las grandes masas de forma aséptica, sin protesta y sin reacción de los afectados.

Democracia para el pueblo es anarquía para los exploradores del pueblo. Las huelgas donde las masas demuestran su fuerza, las marchas donde desarrollan su espíritu creador, los comicios donde dialogan con sus líderes, todas estas formas democráticas de masa son consideradas por principio anarquía por la clase dominante. Ella no puede percibir la articulación y la estructura de acción que comanda y moviliza esas manifestaciones del pueblo, viendo en las formas amorfas, irracionales que le provocan inmenso terror.

Por eso, en el Brasil de hoy, se va separando la noción abstracta y formalista de los liberales, que quieren una democracia sin el pueblo organizado y actuante, y los demócratas que ven en esa actuación y manifestación organizada del pueblo la esencia misma del proceso democrático.

Los socialistas, hijos de la democracia en sus formas más avanzadas, están y estarán siempre al frente de esas luchas.

Pero la noción de democracia se hace aun más perturbadora para el pensamiento liberal cuando ésta denuncia los límites del concepto formalista de democracia. El gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo no puede reducirse a los derechos de voto, libre expresión y otras conquistas individuales. Éste tiene que ir al contenido mismo de esa noción.

Para que el pueblo gobierne, tiene que disponer de los medios materiales y educacionales que le permitan ejercer de hecho su soberanía sobre el Estado y el gobierno.

Y para poder participar efectivamente del poder, necesita de las medidas económicas, sociales y políticas que le garanticen un uso extensivo e intensivo de todas sus potencialidades como individuos.

La democracia no puede ser pues, solamente poética. Tiene que ser económica, social y cultural para garantizar su eficacia real y no restringirse a un plano puramente formal. Especialmente en países como los nuestros que, como vimos, tienen a imitar instituciones de los países dominantes por alienación cultural.

Y cuando llegamos al plano amplio en que se debe desarrollar la noción de democracia para que deje de ser un juego de formas institucionales, podemos entender también la necesidad de ligar en nuestros países el concepto de democracia a la participación política del pueblo organizado y a su capacidad de sobreponerse al peso de los monopolios y de las oligarquías para canalizar una verdadera y práctica democrática.

Es pues parte integrante del concepto concreto de democracia la idea de participación organizada de las masas junto al poder estatal y en el gobierno nacional, estatal y municipal.

Para que esta participación no sea un fraude, es necesario introducir el principio de revocabilidad en la representación parlamentaria. Las organizaciones de los electores tienen que poseer el derecho de sustituir – revocando su mandato- al diputado que no estuviera representando correctamente sus intereses.

Por otro lado, la función parlamentaria tiene que ser más amplia, incluyendo sus responsabilidades junto a los poderes ejecutivos de las regiones que los eligieran. Fuera de los periodos de reunión parlamentaria -que deben ser breves y objetivos- los diputados deben ejercer actividades ejecutivas junto a las organizaciones populares de las regiones que los eligieron; sometiéndose a su control y recibiendo información constante sobre sus problemas.

De esta manera, la implantación de una democracia popular que se dirige a un régimen socialista exige una reforma profunda de la vida parlamentaria.

Pero no se termina ahí su acción renovadora del Estado. El ejecutivo, ya sea en el área nacional, estatal o municipal, debe responder más directamente al control del parlamento y de las organizaciones populares.

Cuando el ejecutivo o el parlamento promueven o sugiere una legislación tendrá que oír las fuerzas sociales en ella envueltas.

Cuando el ejecutivo parte para la acción, tendrá que contar sistemáticamente con esas fuerzas para disminuir sus costos, aumentar su eficiencia y vincularse más directamente con la sociedad civil.

Sin querer eliminar los técnicos y profesionales del Estado, es necesario disminuir al máximo la burocracia estatal que distancia el Estado del pueblo apoyándose en él para realizar su gestión. Solamente así podemos hablar realmente de democracia participativa.

Lo mismo debe ocurrir con la acción de Estado en el plano económico-social que debe realizarse a través de la planificación.

Esta, con todo, tiene que hacerse a partir de la experiencia concreta de las unidades de producción. Los organismos de planificación deben coordinar esas experiencias e integrarlas en los principios generales del gobierno que representa el conjunto de la nación.

El concepto de democracia no se limita pues a las libertades democráticas que representan un derecho cada vez más reconocido de los ciudadanos.

Hoy nos referimos a los derechos humanos en un sentido amplio: los derechos personales de libre expresión, traslado y defensa, pero también los derechos al trabajo, la alimentación, la salud, la educación y la vivienda en condiciones dignas, el derecho de asociación, de información, el derecho a sus creencias, a la cultura autóctona, la identidad lingüística nacional, etc. El concepto de democracia se aproxima así cada vez más a la consciencia del carácter eminentemente social del individuo. Ya no concebimos más aquella idea del liberalismo clásico como el individuo posesivo en relación directa y abstracta con los otros individuos.

El derecho moderno reconoce la existencia de los pueblos, de las clases, de los grupos sociales, de las naciones, de las unidades culturales. Y ve en el individuo una síntesis única de esas realidades complejas.

Lo que defendemos como socialistas –que cada vez más encarnan el derecho y los ideales contemporáneos– es pues el individuo concreto con sus complejas relaciones sociales.

No nos interesa defender al individuo capitalista con sus derechos a la conquista de la riqueza a costa de la explotación y dominación de la mayoría abrumadora de los otros individuos desposeídos y sin derecho de defenderse.

El liberalismo burgués que asocia las libertades democráticas a la libre propiedad y al individualismo posesivo está hoy históricamente superado por un nuevo derecho y una nueva filosofía inspirados por el movimiento socialista mundial.

Hoy, en Brasil, aquellos que apoyaron, armaron y sustentaron la dictadura militar -los grandes capitalistas nacionales y extranjeros- quieren reivindicar una democracia liberal donde el derecho de propiedad se coloca por encima de los derechos humanos. Ellos buscan presentarse como los "campeones" de la democracia para intentar identificar democracia y libre empresa.

Este debate entre la democracia verdadera y el formalismo democrático liberal está apenas comenzando en el Brasil de la apertura. La lucha política y la lucha ideológica se desarrollarán en nuevos debates y nuevos enfrentamientos. La bandera de la democracia pertenece al pueblo. El gobierno del pueblo no podrá dejarse reducir por las artimañas ideológicas y jurídicas de una oligarquía de grandes capitalistas que recurrieron a la dictadura sanguinaria cuando les fue útil y que quieren manipular los sentimientos democráticos del pueblo brasileño que tanto sufrió con el reino desenfrenado del gran capital.

IV. ¿Cómo se implantará el socialismo en Brasil?

Cuando hablamos de la experiencia histórica del socialismo debemos distinguir dos tipos de fenómenos: a) la instauración de Estados y regímenes socioeconómicos socialistas, que se basan en la propiedad colectiva de los medios de producción (aunque combinada con otras formas de propiedad necesariamente minoritarias) y en la economía planificada –aun cuando sobrevivan relaciones mercantes en muchos sectores de la economía; b) la creación de gobiernos socialistas que, sin modificar el carácter del Estado y de la economía capitalista, imponen normas de política económica y de convivencia sociopolítica más avanzadas.

De hecho, la historia moderna conoce fenómenos de gobiernos socialistas (si bien la mayor parte de las veces en coalición con otras fuerzas políticas) desde el fin de la Primera Guerra Mundial, cuando llegaron al gobierno los partidos socialdemócratas europeos, en Alemania, en Austria y en Inglaterra. En la década de los 30 se formaron gobiernos con participación socialista en España y en Francia e incluso en Chile, con el Frente Popular.

Estos gobiernos fueron depuestos del poder de manera legal o violenta. Después de la Segunda Guerra Mundial se formaron nuevamente gobiernos con participación socialista en Francia y en Italia (en estos casos con la participación incluso de los comunistas) y otros países. Otra vez, una onda de conservadurismo, asociada a la guerra fría y a la consolidación del capitalismo monopolista de Estado de la posguerra, provocó la caída de esos gobiernos. Ninguno de estos gobiernos socialistas pretendía modificar el carácter de la economía y del Estado para implantar de inmediato un régimen socialista sus programas de gobierno se limitaban a objetivos democráticos y sociales dentro del capitalismo.

Pero fue en 1973, en el Chile de Salvador Allende que se formó por primera vez un gobierno bajo la hegemonía socialista que pretendía implantar de forma democrática las relaciones de producción socialistas. En todos los casos anteriores, los socialistas se contentaban con apoyar objetivos liberales y realizar reformas liberales. A pesar de la derrota de la experiencia chilena por la fuerza militar, en la década de los 80, resurge el ideal de una vía socialista pacífica en Francia, en Grecia y en parte de Suecia.⁴ En estos países, los socialistas

⁴ En España, Portugal, Austria y otros países, donde existen o existieron (como en Alemania) gobiernos de orientación socialista, no se pretende programáticamente implantar un régimen económico-social de carácter socialista. Partidos como el laborista Inglés incorporaron en su programa el objetivo socialista, pero no se encontraron en el poder después de esa decisión.

llegan al gobierno como mayoría y con el objetivo declarado de iniciar un proceso de transición para implementar una economía, una sociedad, un Estado y una cultura socialistas. Esta es una experiencia única en la historia después de que el proceso chileno fuera ahogado por las botas de la reacción golpista y fascista.

El desafío de una transición democrática hacia el socialismo sólo surgió como práctica política en nuestros tiempos porque es un resultado histórico de la evolución del movimiento socialista mundial. Por un lado se reconoce la fuerza creciente de los países ya socialistas, pero, por otro, se detectan las limitaciones de la experiencia socialista debido al atraso económico de que partirían estos países y a causa de los desgastes inevitables de las guerras civiles y del enfrentamiento permanente y sistemático con el sistema mundial imperialista. Se desarrolló a nivel mundial una percepción creciente de la necesidad de iniciar experiencias socialistas que no tenían que pasar por esas limitaciones, que fueron necesarias en otros periodos históricos pero que se hacen en nuestros días cada vez menos obligatorios, debido a la acentuación de la crisis del capitalismo, al fortalecimiento de los movimientos obreros y de liberación nacional, y, como vimos, del campo socialista.

La idea de una democracia socialista donde los aspectos democráticos sean más claramente resaltados y donde no sea necesario imponer de forma violenta las transformaciones sociales que permitirán avanzar a una transición al socialismo se viene cristalizando cada vez más nítidamente en la conciencia de los pueblos.

Tal vez sea una pretensión vana de los trabajadores brasileños intentar alcanzar formas de convivencia humana y resultados prácticos más avanzados de lo que sus predecesores históricos tanto lucharon y tanto sufrieron para crear las cualidades socialistas actuales, aunque no pudiesen darles la forma pura que les gustaría. Pero es una pretensión nacida y fundada en la evolución histórica. Se basa en la idea de que el socialismo en el mundo es una fuerza ya tan poderosa que las clases dominantes actuales no podrían oponerse a ella por la violencia. De esa forma se dispensaron las nuevas transformaciones revolucionarias de recurrir a formas de violencia para implantar su Estado democrático.

Se trata por lo tanto, de la creación de una oportunidad histórica que ahorrará enormes sufrimientos a la humanidad y que deberá ser explorada hasta sus últimas consecuencias.

El ritmo de la revolución es dado por la contrarrevolución. El recurso de la violencia institucional por parte de las clases dominantes brasileñas en 1964 creó un callejón sin salida en el país que perduró hasta 1973, cuando el peligro de un enfrentamiento armado de grandes proporciones estaba latente. A partir de ese año, a través de la "apertura política", se fueron creando los mecanismos de una participación democrática de las

fuerzas populares. Mecanismos que no llegaron aún a crear un Estado de derecho y democrático pero que ya abrieron espacios enormes de organización y libre manifestación de pensamiento.

En las condiciones democráticas que se vienen creando es cada vez más posible pensar en la organización legal de un amplio movimiento socialista que por cierto ya existe de facto y que tiene en el Partido Democrático Laborista su defensor más consecuente y sistemático. La victoria de Leonel Brizola como gobernador de Rio de Janeiro abre una nueva etapa política en el país. Llega así al gobierno de un Estado un gobernador de orientación socialista, aunque sin saber de la autoridad sobre las normas y leyes que lo rigen, y mucho menos del poder a nivel nacional.

Su programa de gobierno no pretende, evidentemente, instaurar una economía socialista en un solo Estado de la federación. Este se propone sobre todo realizar medidas de emergencia que corrijan las violentas contradicciones sociales sumidas en 19 años de autoritarismo y dominio absoluto de las empresas multinacionales y de los tecnócratas civiles o militares sobre el aparato de Estado.

El objetivo de ese tipo de gobierno es pues, colocar al pueblo en la ofensiva. Lo organiza para resolver directamente sus problemas con el auxilio del aparato estatal que busca aproximarse lo más posible a las formas de organización popular, como a las asociaciones profesionales y a las formas culturales del propio pueblo.

Esta experiencia parece haber caído como un rayo en una noche de luna. Sin embargo, es el resultado de la madurez progresiva de la conciencia popular brasileña en aquél Estado donde asumió sus formas políticas más avanzadas. De esa manera podemos esperar que los acontecimientos que ahí se desarrollaron tuvieran un carácter paradigmático y anticiparan de cierta manera, parte de los problemas que se plantearan a un gobierno socialista electo mayoritariamente por el pueblo brasileño cuando conquistara las elecciones directas.

Un gobierno de ese tipo colocará pues una serie de problemas que deberán ser resueltos por la creatividad de nuestro pueblo y de su liderazgo político en un proceso complejo que aún está por hacerse y cuyas etapas ya señalamos anteriormente y retomamos aquí:

- 1) Este gobierno tendrá que tomar las medidas de emergencia que atenúen la pobreza absoluta y las violentas contradicciones sociales derivadas de la distribución negativa de la renta. Se trata de impedir que sea llevada a las enfermedades y a la deformación mental una generación entera de niños hambrientos sin padres, y sin hogar que forman la gran mayoría de nuestra infancia y juventud. Tendrán que tomarse pues medidas de urgencia que reorienten drásticamente los presupuestos públicos en el sentido de dar

alimentación, salud, vivienda, escuela y empleo para esas enormes masas y que enfrenten la corrupción que corroe el aparato estatal.

- 2) En seguida, con las fuerzas adquiridas en la fase anterior, deberá iniciarse una política de reformas estructurales que liquiden el dominio del latifundio y de los monopolios internacionales y nacionales sobre nuestras riquezas naturales y sobre nuestra economía.
- 3) Inmediatamente a la par de las medidas anteriores, destinadas a destruir las bases del capitalismo dependiente, tomará las medidas necesarias para reorientar el carácter del desarrollo económico y social. En este sentido, deberá dirigirlo a la atención del mercado interno y de las necesidades fundamentales de nuestro pueblo, apoyándose en formas de propiedades sociales que impongan los principios de la planificación sobre el reino absoluto del lucro, del consumismo y del mercado que hoy nos someten.
- 4) Organizará y concientizará al pueblo para el avance progresivo por esas tres etapas anteriores, haciendo que el poder repose cada vez más en la iniciativa económica, social, cultural y política del propio pueblo trabajador brasileño, base y fuente inagotable de ese programa de transformaciones.

Con una población atendida en sus necesidades fundamentales, aun precariamente, con las reformas estructurales que desarticularían las bases económicas de los grandes monopolios y del latifundio, con una reorientación de carácter de desarrollo económico a favor de la planificación de la economía y con una reorganización del pueblo para asumir el control directo sobre el Estado, estarán colocadas las bases para una transición al socialismo.

Sería muy ilusorio pensar que podríamos alcanzar todos esos cambios fundamentales sin profundos enfrentamientos y discontinuidades. Con todo, dependerá sobre todo, de las fuerzas populares que se unan, de su conciencia y voluntad de llevar adelante esas transformaciones, de su claridad programática y su capacidad organizativa.

Todos estos factores son aún insuficientes en el momento actual, pero podemos confiar en los verdaderos saltos ideológicos y organizativos que se producen con las victorias parciales de la lucha democrática. La elección de Leonel Brizola, por ejemplo, produjo un verdadero salto en la conciencia y en la organización del pueblo de Rio de Janeiro, elevándolo a una nueva etapa política.

Debemos confiar en que lo mismo pueda ocurrir a nivel nacional con la conquista del voto directo y la elección de un presidente de la República decididamente socialista.

Brasil es un país joven, sin atrasos ideológicos, sin doctrinas estrictas. Nuestro pueblo no tiene por qué apegarse a ninguna doctrina conservadora o liberal que no se enfoque en sus dramáticos problemas.

Ninguna puerta debe ser cerrada a un pueblo así, lleno de futuro. Alimentado, saludable, bien abrigado, escolarizado, con su trabajo garantizado, nuestro pueblo dará un verdadero salto organizativo y doctrinario. No permitirá ningún retroceso de esas conquistas y apoyará hasta el heroísmo las medidas que aseguren esas conquistas básicas.

Dependerá de las clases dominantes actuales abrir caminos a esas transformaciones u oponerse a ellas por la violencia tal como lo hicieron en 1964. Cuando mayor sea su resistencia, mayor será la contradicción entre las ansias populares reprimidas y el estado actual de las cosas.

Las fuerzas reaccionarias recurren siempre a la violencia sobre las masas como forma final de sobrevivencia. Sería absurdo engañar a nuestro pueblo en cuanto a esta realidad y a los inmensos intereses que serán perjudicados por las transformaciones arriba señaladas.

Pero las fuerzas del futuro no deben ni pueden aceptar provocaciones y desanimarse delante de sus tareas. La prisa y el aventurarse pueden poner en riesgo años de trabajo pacientemente acumulado.

El pueblo brasileño, sus líderes más consientes, sus organizaciones de masa y sus partidos quieren y lucharán por un camino de transformaciones democráticas en unísono con los cambios de nuestro tiempo en todo el mundo.

Nada lo hará desistir de esas metas que son cada vez más claras en su conciencia. Como dice el Gobernador Leonel Brizola: nuestros objetivos y métodos son pacíficos y democráticos, "pero solo Dios sabe nuestra determinación".

V. El partido como embrión del nuevo estado

No basta tomar conciencia de la necesidad y de la posibilidad de organizar una sociedad socialista para que ésta surja. Es necesario que la voluntad colectiva, que aspira a la constitución de esa nueva forma social, se organice para transformarla en realidad. Esto significa que las fuerzas favorables a la institución del socialismo deben unificarse bajo un comando centralizado, con una clara definición programática de sus objetivos y con una disposición y acción consecuentes en el sentido de la realización de los mismos.

Esta fuerza conscientizadora, organizadora, disciplinadora y actuante es el partido político popular y socialista que se viene constituyendo en Brasil a través de un complejo proceso histórico que tiene como núcleo más consciente y decidido el Partido Democrático Laborista, único partido que se declaró programáticamente por el socialismo en Brasil y que viene convocando sistemáticamente el conjunto de las fuerzas laboristas, populares y socialistas del país para unificarse en un solo partido.

Este partido será un órgano de las clases populares para obtener determinados resultados. Su objetivo principal es llegar al poder e instituir un conjunto de transformaciones en la sociedad para crear las condiciones de una transición al socialismo en Brasil.

Para cumplir este papel, el partido socialista deberá ser antes que nada un embrión de las futuras relaciones socialistas que pretenda desarrollar a nivel de toda la sociedad.

En este sentido, la primera característica del partido internamente es el ejercicio de la democracia socialista en su práctica cotidiana. Esta práctica exige una gran apertura en el debate y en la exposición de ideas de todos los militantes para el encauzamiento de sus resoluciones. Pero, tomadas las resoluciones por los organismos partidarios, toda la militancia debe concentrar disciplinadamente sus fuerzas en la obtención de los objetivos partidarios.

De ahí la importancia del funcionamiento regular y democrático de los organismos partidarios. Desde la organización de base en los locales de vivienda y trabajo hasta los congresos regionales, estatales y nacionales, el partido debe vivir un clima de amplio debate entre sus militantes.

Pero esta democracia no debe asumir formas de discusiones demasiado rígidas y burocráticas en un país de mayoría de analfabetos. Es necesario permitir que se manifieste la base más pobre y menos disciplinada del

partido, permitiendo a veces un clima de asamblea y hasta de fiesta en muchas reuniones de partido. Brasil no es Europa y aquí no es lugar de normas rígidas de comportamiento.

La prueba de enraizamiento popular del partido deberá ser dada por la participación popular en sus reuniones. Si no hubiera en ellas una mayoría de negros y mulatos que forman la mayoría de nuestro pueblo, podemos desconfiar de que estemos produciendo comportamientos elitistas bajo el disfraz de formas democráticas de funcionamiento y objetivos socialistas.

El test de participación de estos sectores realmente populares es definitivo en un país donde los grupos de izquierda intelectuales se multiplicaron en nuestra historia intentando representar a nuestros trabajadores sin conseguir siquiera dialogar medianamente con ellos.

Este test es también definitivo en un país donde la población negra y mulata fue excluida sistemáticamente de nuestras escuelas y de manera definitiva de nuestras universidades. Si el partido no encuentra mecanismos de funcionamiento capaces de dejarlo permearse por esas masas despreciadas y marginadas, no podemos creer en su sinceridad democrática y eficiencia política.

Es necesario tener cuidado también con ciertas concepciones de partido que pretenden una cartesiana y racional separación entre la vida política y la cultura popular, entre las actividades políticas y las otras dimensiones de la vida cotidiana de nuestro pueblo.

El ciudadano socialista tiene también su religión, su familia, su club deportivo, su escuela de samba su empleo, su lugar de estudio, su asociación de barrio, su sindicato, etc. El partido no puede de ninguna manera separarlo de esa vida cotidiana como es inevitable en ciertas concepciones de militancia política muy comunes en nuestros medios de izquierda. Una militancia de 24 horas diarias girando en torno a un reducido grupo de iniciados y sus simpatizantes.

El militante socialista deberá aprender a integrar sus objetivos históricos socialistas con esa vida cotidiana y llevar hacia dentro del partido la riqueza de las relaciones humanas, culturales y sociales. Solamente ese enfoque permitirá crear un partido socialista humano, capaz de enraizar profundamente en la conciencia y en la vida cotidiana de las masas brasileñas.

Esto conduce también a una mayor comprensión de la disciplina partidaria. El militante no es una pieza anónima de la maquina partidaria. Él es un jefe de familia, un presidente de club, un trabajador responsable del campo y de la ciudad, un profesional honesto, un militante sindical, un dirigente de barrio, un individuo

importante en la vida social. El partido deberá respetar su papel en la sociedad. La disciplina partidaria deberá distinguir al militante y prestigiar su actuación partidaria y extrapartidaria.

En ese sentido la disciplina y la vida militante impregnan el conjunto de la personalidad del individuo. Pasa a ser parte intrínseca de su vida. El partido estará presente en su nacimiento, en su profesión, en su muerte.

En cuanto la familia pequeñoburguesa, ésta viene sufriendo una tremenda disgregación, como resultado de la modernización capitalista de nuestra sociedad, la familia trabajadora y de menores recursos busca mantener a toda costa su unidad en torno del padre de familia o de la madre que es en muchos casos el sustento del núcleo familiar.

Confundir el socialismo con las conductas disgregadoras de esa familia es un verdadero crimen que se practica muy constantemente en nombre de la modernidad, de la libertad y de una "comunidad" que terminará exponiendo totalmente los trabajadores al dominio de los patrones, de los medios de comunicación del sistema, del consumismo desenfrenado, de los traficantes de droga, etc.

El socialismo no tiene porqué asumir un aire modernizador irresponsable. El laborismo, como movimiento de profundos orígenes populares, y el socialismo como evolución histórica de la conciencia de nuestro pueblo trabajador se implanta firmemente en el núcleo familiar y lo refuerza como instrumento necesario de defensa de los trabajadores contra una modernización burguesa desintegradora y libertina.

No se trata evidentemente de reforzar las conductas tradicionales contra la liberación de la mujer, por la sumisión de los niños y jóvenes a los países y a veces a su explotación familiar. Se trata de crear condiciones para que el núcleo familiar del trabajador sea preservado dentro de una visión democrática de desarrollo familiar, adaptando las condiciones generales de liberación de la mujer, de los niños, de los jóvenes. Pero que respete también el papel de los ancianos hoy totalmente marginalizados por la cultura de masas y que debe ser rescatado por la familia laborista y socialista.

La cuestión familiar debe ser tal vez el ejemplo más claro, y por esto nos alargamos en el, para demostrar el papel profundo que tiene la reorganización partidaria, con sus valores de comportamiento humano, su doctrina de vida social y política, su organización y atención a la militancia, en la creación de una sociedad futura donde esas relaciones comunitarias y humanas preponderan en toda la sociedad.

El partido pretende así inspirar muchos momentos de la vida cotidiana de los trabajadores sin pretender sin embargo, imponerles moldes y modelos de comportamiento rígido. Por el contrario, el partido debe enriquecerse con la experiencia amplia y diversificada de sus militantes para no caer en el sectarismo, en el aventurerismo y en otros desvíos propios de las sectas encerradas en sí mismas.

Así por ejemplo, la relación del partido con instituciones de clase como los sindicatos no pretende ser nunca de utilización de éstos al servicio de los objetivos partidarios. Por el contrario, debe respetar la multiplicidad de fuerzas ideológicas y políticas que componen la vida sindical y procuran llevar hacia dentro de la actividad política las legítimas reivindicaciones de los trabajadores.

Esta concepción abierta y dinámica de la vida partidaria se viene forjando con el propio enriquecimiento de la experiencia histórica de la clase trabajadora que no pretende solamente subsistir a algunos aspectos secundarios del mundo capitalista sino realizar una profunda y radical modificación de las formas de convivencia humana, de manera que elimine de la realidad social la explotación del hombre por el hombre.

El partido que resulte de la articulación de las experiencias múltiples y diversificadas del mundo trabajador brasileño, de su intelectualidad y de sus abnegados y sufridos militantes será por lo tanto una organización capaz de actuar bajo un comando unificado y de disciplinar toda la riqueza acumulada en varios años de luchas fracasos y victorias.

El partido socialista nacerá (con este u otro nombre) del esfuerzo consciente de los liderazgos políticos, de clase y de los movimientos populares en unísono con las aspiraciones y la voluntad de las grandes masas del país.

Al mismo tiempo, éste será el coronamiento de un debate ideológico y de un esfuerzo de interpretación de la realidad brasileña que viene acumulándose a través del estudio y de la reflexión de dos generaciones por lo menos, de intelectuales de izquierda de Brasil.

En él deben converger varias experiencias político-ideológicas. Primeramente los socialistas que hoy se autocritican por no tener comprendido en 1945 la especificidad del fenómeno del laborismo, como canal de manifestación de las aspiraciones de las nuevas masas trabajadoras generadas por la industrialización.

En seguida, los propios laboristas que cada día comprenden más las limitaciones del proyecto de un capitalismo nacional y democrático se convencen de que el socialismo es el único camino para la solución de los grandes problemas nacionales.

También desembocaron en este nuevo partido varias corrientes del antiguo partido comunista que comprenden cada vez más el error que representó una propuesta partidaria artificial, deducida de principios teóricos cuestionables, pues el marxismo no puede identificarse con una fórmula rígida de organización partidaria, independiente de las condiciones socioeconómicas en que surge.

Las corrientes marxistas independientes, cansadas de su estéril aislamiento de las masas, también van progresivamente aproximándose a una experiencia partidaria nueva que refleja nuestro pueblo.

Las fuerzas cristianas iniciaron una autocrítica –aún no completamente formulada- de sus compromisos en el golpe de 1964 y buscan unirse a las grandes filas de las aspiraciones populares. Teórica y prácticamente elaboran un discurso político que deberá conducir a la mayoría de sus seguidores a un partido popular y socialista de masas.

La convergencia de todas esas tendencias ideológicas y fuerzas políticas necesita tiempo para madurar. Hay un principio que debe regir su movimiento en la dirección de una superación de sus defectos: el deseo de unidad y el sentido autocrítico.

El partido de la revolución socialista brasileña será por lo tanto –como todos los partidos auténticamente enraizados en la masa- un hecho histórico único. Un producto de nuevas experiencias, reflexiones y prácticas.

Estamos aun en el comienzo de esa marcha y este libro pretende solamente apuntar algunas ideas básicas en este sentido. En la próxima parte discutiremos otra condición fundamental de esta unidad político-ideológica de las fuerzas populares: la necesidad de formular con el máximo de objetividad un programa de transición al socialismo que articule los objetivos a alcanzar, las etapas de lucha y los mecanismos a ser desarrollados para llegar al Brasil Socialista de nuestros sueños.

Tercera parte

El programa de transición al socialismo

I. La crisis del modelo económico

Brasil vive hoy una de las crisis más profundas de su historia. Depresión económica, inflación superior al cien por ciento, falta de fondos para pagar la deuda externa, desempleo, etc., generan una profunda inquietud social cuyos desdoblamientos serán inevitablemente graves.

Esta situación es un producto directo del tipo de modelo económico que se implementó en el país como resultado del triunfo de las fuerzas conservadoras, entreguistas y oligárquicas, obtenido a través del golpe de estado de 1964. Vimos ya en el capítulo II de la parte II las características de este modelo entreguista, concentrador, marginalizador y excluyente. En el presente capítulo cabe profundizar el análisis de la crisis que hundió al país como consecuencia de las concentraciones económico-sociales generadas por este modelo.

La crisis actual es consecuencia de los siguientes factores:

1) El carácter entreguista del modelo económico que llevó al país a una intensificación de las relaciones de dependencia de tecnología, del financiamiento y del mercado internacionales.

La dependencia tecnológica deprimió la dinámica creadora de la ciencia y tecnología nacionales, consideradas siempre atrasadas en relación a las últimas novedades tecnológicas de los países líderes en el capitalismo internacional. Nuestra industria mecánica en pleno florecimiento en el comienzo de la década de los 60 sufrió una fuerte competencia de importación de maquinarias de las empresas multinacionales; industrias ya representativas como la confección, la electrónica, la química y la farmacéutica se vieron sustituidas por la entrada masiva de productos competitivos y sobre todo por el comercio intrafirma practicado por las multinacionales. La comunidad científica que se consolidaba en el país se vio reprimida por la barbarie fascistoide, perseguida y exiliada. Los valores culturales nacionales en pleno florecimiento fueron avasallados por un pro-americanismo que se consolidó en un liberalismo tecnocrático totalmente distinto de las grandes realidades sociales y culturales del país.

Fueron años de atraso y barbarie intelectual disfrazados bajo la forma agresiva de una modernización falsamente científica y racionalista. El país parecía modernizarse y desarrollarse tecnológicamente cuando en realidad estaba perdiendo su fuerza e impulso propio de desarrollo científico y tecnológico. Pues es más importante dominar una tecnología más atrasada en su conjunto desde su creación hasta sus últimas implicaciones que utilizar una tecnología avanzada solamente en sus fases finales y en sus aplicaciones sin poder dominar su creación.

Además se rompe un proceso evolutivo vuelto a la atención del mercado interno, al uso de los materiales nacionales y al planeamiento –aun incipiente– del desarrollo brasileño. Al preferir el camino más corto de la importación indiscriminada de tecnologías, bajo el comando del capital internacional, se destruye la capacidad autónoma de generar tecnologías, adaptarlas y recrearlas en función de la realidad vivida por la mayoría de la población.

Este modelo tecnológico favorecía los productos sofisticados consumidos por la minoría de altos ingresos que hacían más profunda la dependencia tecnológica, articulándose en un solo estilo de desarrollo los intereses del capital internacional, de gran capital y de las capas medias de altos salarios, profesionales y técnicos asalariados o autónomos. Según el pensamiento oficial, poco importaba el costo social y nacional de esta política, pues, con el tiempo, algunas de sus migajas llegarían hasta las grandes masas excluidas de la misma y esto permitiría apaciguar sus frustraciones.

Se montaron esquemas de financiamiento que permitieron atender el consumismo inyectado en las clases más favorecidas y se estimuló este virus incluso en amplios sectores de las masas. No se puede ocultar indefinidamente el carácter inflacionario de tal política que presiona el sistema financiero y lleva a la emisión desatada. Sin hablar de los altos costos sociales de un sistema que paga altos salarios a nuestra inteligencia para que se dedique a la tarea embrutecedora de convencer a las masas a consumir desenfrenadamente los productos más nocivos para su salud, a la racionalización de su presupuesto doméstico y a su nivel de vida en general.

Al mismo tiempo, la importación indiscriminada de tecnología tiene efectos devastadores en nuestra balanza de pagos con el exterior. Altos pagos de “royalties”, marcas y servicios técnicos representan un pequeño porcentaje de las enormes remesas de lucros hechas directamente o a través de mecanismos indirectos como la sobrefacturación de productos importados de las matrices de las firmas multinacionales aquí instaladas con el pretexto de traer tecnología al país.

Inflación y “déficit” cambiario fueron pues dos resultados inmediatos de la política de importación indiscriminada y preferencial de tecnología del exterior. Depresión de las industrias básicas nacionales, alienación y bajos estímulos a la comunidad científica nacional fueron sus efectos más a largo plazo. Modernización artificial y abandono de los valores nacionales, desintegración de la economía impidiendo la formulación de un plano coherente de desarrollo fueron, por fin, los efectos finales. Este conjunto de resultados está en la raíz de la crisis violenta que vive nuestro país hoy en día.

Es necesario poner atención al hecho de que esta política de dependencia de la economía internacional aumentó la vulnerabilidad de nuestro país al comercio internacional que entra en crisis desde 1967, pero que sólo nos afecta fuertemente después de 1973, con la crisis generada por el aumento de los precios del petróleo y la inflación de petrodólares en el mercado financiero mundial. Obligados a aumentar nuestras exportaciones para detener en parte el déficit de nuestra balanza de pagos, fuimos llevados paradójicamente a aumentar ese "déficit" en la medida en que se elevaban cada año los pagos de amortizaciones e intereses de los préstamos anteriores hasta hacernos llegar a la situación de insolvencia en que nos encontramos.

2) El carácter concentrador de ese modelo ya analizado anteriormente es directamente responsable por la inflación en que nos encontramos. La concentración económica favoreció la aparición de importantes excedentes financieros en las manos de una pequeña capa de brasileños privilegiados que se convirtieron en especuladores, presionando nuestro mercado financiero y aumentando los sectores de la población dedicados a las actividades improductivas (pero altamente lucrativas) ligadas a la especulación financiera.

En un país donde es cada vez más compensador invertir o especular con el dinero que aplicarlo productivamente, el costo de las inversiones se eleva indefinidamente, aumentando el precio final de los productos, la búsqueda de altas tasas de ganancia y las acciones de intermediarios y especuladores de todo tipo.

La concentración económica favoreció también la política megalomaniaca de las grandes obras, inútiles y dispendiosas, en detrimento de las economías locales y de las inversiones sociales que desarrollan la fuerza productiva del hombre aumentando su capacidad de generar riquezas.

Para financiar esa política de desperdicio, fue siempre necesario recurrir o a la emisión de moneda o al endeudamiento en el exterior que a pesar de no tener ahí su principal fuente, tal como se suele decir, para ocultar el carácter especulativo del crecimiento brutal de la deuda externa, no deja de ser un factor de inflación de endeudamiento internacional.

La concentración económica favorece también a las grandes empresas que utilizan menos mano de obra por capital invertido. Este tipo de inversión termina por ocasionar una caída en la demanda de mano de obra, aumentando la tendencia al desempleo. Esto está asociado a la política de modernización artificial con las opciones tecnológicas más sofisticadas y más caras que atienden al consumo de las minorías privilegiadas. Se cruzan así, la política tecnológica con la política de estructuras industriales, de inversión y distribución de la renta que favorecen en su conjunto la inflación, el endeudamiento y las altas tasas de desempleo.

Estas tasas de desempleo se suman a las de subempleo que se ligan a su vez a las violentas transformaciones que se realizan en la agricultura como resultado de la penetración masiva del capitalismo en el campo.

La modernización desenfrenada, con el abandono de las culturas intensivas que exigen más mano de obra y de desarrollo de las grandes culturas extensivas, con poca utilización de la mano de obra, durante largos periodos en el año provocan una disolución de la agricultura campesina y de las formas agrícolas tradicionales, proyectando a las ciudades masas de desempleados rurales que ven presionar el empleo urbano.

La disolución de las culturas campesinas de autoconsumo abre en el interior rural a la penetración de los productos industriales incluso en el sector alimenticio, aumentando la dependencia del campo con la ciudad y liquidando culturas familiares, lo que lleva a la emigración de masas de campesinos.

De esa forma la economía capitalista dependiente desemplea mano de obra superada por la competencia de los productos modernos, y no la vuelve a emplear totalmente en las actividades modernas tal como ocurrió normalmente durante la fase de revolución agraria o modernización agrícola en las economías capitalistas dominantes y avanzadas.

La concentración de la producción y de la renta transforma a las masas liberadas de las formas arcaicas de producción en marginales, subempleadas y desempleadas en vez de convertirlas en fuerzas productivas superiores, educadas y capacitadas para realizar los servicios modernos que una economía equilibrada normalmente demandaría.

De esa forma, no se amplía dinámicamente el mercado interno sino que se crean puntos de estrangulamiento en varios aspectos cruciales de la economía, sobre todo aquellos ligados a la producción de masas que a su vez demandan maquinaria y materias primas de fácil generación con los medios técnicos y científicos nacionales.

Así pues, cada centavo de crecimiento de renta implica enormes inversiones en capital, en general obtenidos del exterior, y en contingentes relativamente restringidos de mano de obra semi-calificada.

El costo del desarrollo dependiente, concentrador y excluyente es pues muy alto y provoca una presión constante y acumulativa sobre el sector externo llevando al endeudamiento sobre las fuentes de financiamiento interno llevando a la inflación. Al mismo tiempo, esa presión termina por conducir a la crisis y a la depresión económica cuando se agotan las fuentes artificiales de sustento de un modelo de crecimiento extremadamente negativo y desequilibrado.

De esta forma, la inflación, el endeudamiento internacional, la especulación, el desempleo, las fuertes tensiones sociales derivadas de la distribución regresiva de la renta, todos estos fenómenos que forman la dinámica de la crisis económica actual, tienen su origen en el estilo de desarrollo implantado por los intereses del gran capital internacional, particularmente después de 1964, cuando estos intereses se impusieron por el golpe de estado al pueblo brasileño.

La primer tarea que enfrenta hoy el pueblo brasileño es la de realizar una política de emergencia nacional que permita contrarrestar los efectos más violentos de ese modelo y abrir camino a medidas más profundas y definitivas que permitan actuar sobre la propia esencia de la crisis.

Con todo, no podemos dejar de consignar las tareas inmediatas necesarias para impedir los efectos más drásticos del modelo económico en vigencia en el país. Una política socialista no puede saltarse esa realidad. Ésta tiene que comenzar desde el principio, es decir, desde las políticas de emergencia que permitan al enfermo generar las fuerzas mínimas para los próximos pasos en el sentido de las reformas estructurales y de las transformaciones más profundas que lleven a una transición para una sociedad diferente que entregue al pueblo brasileño los instrumentos para superar definitivamente la miseria, el analfabetismo, el atraso económico y tecnológico.

Como condición para esta política se destaca la eliminación de la sangría que representa el pago de los impuestos y servicios de la deuda externa. Una moratoria y la suspensión de esos pagos es pues la condición primera para ubicar lo que llamaríamos un programa de emergencia.

II. El programa de emergencia: Reversión de prioridades

Vimos cómo la política económica de gran capital condujo al país a una situación de calamidad pública. Provocó la deuda externa y la inevitable insolvencia del país, inflación desenfrenada que puede saltar a niveles inimaginables, depresión de la economía con la caída del producto nacional y sobre todo de la renta per cápita, desempleo llevado al paroxismo de una población ya golpeada por el subempleo, la más negativa distribución de la renta en el mundo, índices de pobreza absoluta de los más altos del continente. Este conjunto de calamidades llevan al pueblo brasileño a la más dramática situación de su historia.

Delante de esta situación cualquier gobierno que pretenda encaminar una solución hacia los problemas nacionales tendrá que tomar en primer lugar, medidas más profundas de reforma, un conjunto de medidas de emergencia que permita evitar los efectos más dramáticos de esta situación desesperante.

La esencia de una política de emergencia está en la reorientación de las prioridades de inversión estatal. Es necesario durante un periodo intermediario, reorientar drásticamente los gastos estatales, destinados en general a obras pretensiosas de carácter faraónico, para el sector social. Esto significa privilegiar la educación, la salud, la habitación, la alimentación, el empleo, sectores deprimidos drásticamente en estos años de "milagro económico" y de "Brasil Gran Potencia".

El mayor capital es el hombre. Varios procesos históricos de desarrollo demostraron de manera enfática esta verdad. No hay desarrollo económico sin capacitación de la población, sin la atención de necesidades básicas del ciudadano y su integración en la sociedad productiva, creadora y consumidora de bienes, servicios y sobre todo, cultura.

En el fin del siglo XIX y en el comienzo del XX, la libre iniciativa, motor del capitalismo en su fase liberal, fue sustituida por la acción del Estado nacional. En el comienzo de la era imperialista se impusieron el proteccionismo alemán, japonés y ruso y la intervención estatal para la organización del mercado del trabajo, y de la educación de las masas pasó a ser junto con los monopolios y las empresas multinacionales, la fuerza motriz del desarrollo económico.

Después de la Segunda Guerra Mundial, el capitalismo monopolista de Estado en los países dominantes, la planificación socialista en la Unión Soviética y las políticas estatales desarrollistas en el Tercer Mundo

pasaron a ser los marcos de la vida económica que se basaba cada vez más en la incorporación masiva del conocimiento científico a la producción.

No obstante, debido a la debilidad del movimiento popular de nuestro país y a la victoria política de las fuerzas conservadoras en el golpe de estado de 1964, la intervención del aparato estatal se enfocó casi exclusivamente a las inversiones basadas en la importación de tecnología del exterior o de grandes obras con el objeto de inducir la aplicación masiva de capitales.

En consecuencia, el sector educacional fue relegado a segundo plano cayendo la inversión pública del sector de cerca del 12 % en el gobierno de João Goulart para 4% en la década de los 70. Se trata ahora no sólo de restablecer un porcentaje de 12% sino incluso de elevar la participación de los gastos educacionales a aproximadamente 20% del presupuesto público nacional, estatal y municipal.

La educación es en sí misma una inversión de alta remuneración ya sea por los efectos secundarios de los salarios de profesores que forman una clase media con buena capacidad de consumo, sin las exageraciones de la alta clase media, sea por los gastos estatales en alimentación para los alumnos, necesidad fundamental para garantizar su capacidad escolar y encaminar la solución del problema gigantesco de las masas de niños abandonados y mal alimentados, sea aun por las inversiones en construcción escolar y en otras inversiones fijas que pueden perfectamente ser atendidas por la industria nacional y local.

Es innecesario señalar más ampliamente los efectos de la educación en la elevación de la capacidad productiva del pueblo. Sobre todo si la escuela se dirige más efectivamente hacia la integración entre la formación intelectual y la formación profesional, desde el principio.

De esta forma, podemos esperar que nuestro proletariado pueda alcanzar por lo menos la educación primaria completa, y comenzar a ingresar a la secundaria y educación media superior un sector mayor de trabajadores.

Esto elevaría la calificación general de nuestra mano de obra asalariada y abrirá mejores posibilidades para el trabajador autónomo y pequeño propietario o artesano, que en los días de hoy es aun un semi-analfabeto.

La falta de capacitación impide el desarrollo de la pequeña empresa, de las cooperativas y otras formas de asociación y la libre iniciativa creadora de los millones de brasileños hoy relegados a la subocupación en un país de fronteras en expansión, con tierras a ser colonizadas e inmensas necesidades y posibilidades de consumo que se harían realidad en el momento en que esa masa hoy incapacitada se prepare para ser productiva.

Es necesario recordar que una escuela de tiempo completo que comience en las guarderías, en la educación preescolar y se complete en el sistema escolar formal, primario y secundario, será también una fuente de civismo e incorporación del hombre brasileño en un comportamiento de ciudadano democrático, acostumbrado a las formas asociativas de convivencia.

La alianza entre una formación intelectual bien orientada, una capacitación profesional adecuada y una educación civil democrática y asociativa dará al país un potencial muchas veces mayor al que posee en la actualidad.

De esta forma, lo que es medida de emergencia en el sentido de garantizar una educación para las masas de niños abandonados, hoy predominantes como consecuencia del modelo concentrador, marginalizador y excluyente, pasará a ser en seguida, con su institucionalización y perfeccionamiento, una fuente de estímulo al desarrollo económico y social del país, capaz de elevarlo a un nuevo aterrizaje de civilidad y desarrollo económico.

Si la educación cumple este papel ordenador y estimulador para la solución de los graves problemas sociales que vivimos, el sistema de salud tiene también un papel privilegiado a representar en la recuperación de nuestro pueblo. No podemos con todo, entender la salud como el resultado solamente de la atención médica y hospitalaria.

La mayor parte de las muertes de nuestros hijos que nos coloca entre las mayores tasas de mortalidad infantil del mundo viene de docenas endémicas generadas por las pésimas condiciones sanitarias y alimentarias de nuestro pueblo.

Por lo tanto, la prioridad para una política de salud comenzará por un programa de sanidad pública que debe ocupar una parte fundamental de presupuesto de construcciones y obras públicas del Estado.

Al mismo tiempo, la educación sanitaria que comenzará en las guarderías, preprimarias y escuelas deberá llegar hasta los barrios populares y nuestras poblaciones rurales, utilizando medios como la televisión, hoy dedicada a enseñar comportamientos de consumo de clase media alta y de una población que mal puede sobrevivir a la falta de higiene, debido a la carencia alimentaria y al analfabetismo.

Es necesario pues, movilizar a la población en la defensa de su salud, haciendo llegar hasta cada barrio popular y en el interior por lo menos una estación de salud que sea capaz de realizar una selección para un sistema hospitalario hoy abandonado y criminalmente convertido en una fuente de ganancias gigantescas a

costa de bajos gastos de instalación y funcionamiento. Lo que no impide sin embargo, que por razones de prestigio, estemos llenos de hospitales con aparatos sofisticados importados inútilmente en un país donde no se dispone de condiciones sanitarias mínimas.

Es evidente, pues, que será necesario combinar un avanzado sistema de medicina socializado, sobre todo en lo que respecta al sistema hospitalario y sanitario con incentivo al médico autónomo que vaya hasta las regiones más distantes y cubra los vacíos y especialidades que no puedan hacer parte de la red estatal, debido a sus prioridades inevitables a favor de las grandes concentraciones de enfermedades que afectan a las mayorías.

La socialización de la medicina afectará inevitablemente a la industria farmacéutica hoy dominada por una cantidad excesiva de marcas super publicitadas y muchas veces nocivas que tienen como base en general un mismo producto.

En vez de inducir al pueblo a estos gastos exagerados con remedios inútiles y caros, en su mayoría fabricados por multinacionales que remiten enormes pagos de royalties, patentes y lucros para el exterior, un sistema hospitalario y de atención médica sería deberá combinarse con una industria farmacéutica basada en una lista de remedios básicos sin los enormes gastos de presentación, marketing y propaganda, que representan hoy aproximadamente 80% del costo de los remedios que nuestro pueblo no puede pagar.

Es también evidente que la vivienda en condiciones sanitarias adecuadas se liga de inmediato a la cuestión de salud pública antes señalada. La política habitacional del Estado tiene que combinar el aprovechamiento de materiales de construcción locales en el interior del país con las formas más eficientes de prefabricación en las grandes concentraciones urbanas.

Pero el sistema de construcciones no puede reducirse a la vivienda estricta y vergonzosa de las actuales casas populares. Tiene que haber un espacio para el crecimiento de la familia, del trabajador, del plantío de huertos y flores, y sobre todo una infraestructura sanitaria, de servicios públicos y de ocio.

La dificultad de realizar esas necesidades hoy en día, resulta de la enorme especulación con la tierra, particularmente la corrupción en la compra de áreas para las construcciones públicas que pagan precios mucho más altos que la media del mercado. Sin hablar de las mil formas de corrupción durante el proceso de construcción y de compras de materiales.

En una administración pública moralizada será posible abaratar significativamente el precio de la construcción. En una administración que combata la especulación con la tierra y la corrupción será plenamente posible aumentar muchas veces el volumen de construcción y al mismo tiempo disminuir su precio, con una mejor calidad de las mismas.

La alimentación es una cuestión central que se articula en primer lugar con el combate al monopolio de los extranjeros que elevan muchas veces el precio de los productos alimenticios.

Al lado de esos extranjeros está una industria alimenticia cada vez más controlada por el capital multinacional que no solamente eleva el precio de los productos alimentarios sino también rebaja drásticamente su calidad a través de la utilización de colorantes sabores artificiales, exceso de azúcares y de productos químicos no siempre saludables para el ser humano.

Al mismo tiempo, estas multinacionales controlan la compra de los productos agrícolas y muchas veces hasta los insumos químicos o de maquinarias que consumen. De esta forma, controlan y determinan al agricultor desde la plantación hasta la venta de su producto disminuyendo sus posibilidades de lucro y determinando el tipo de producción que deberá adoptar, en general privilegiando a los monocultivos en detrimento de un aprovechamiento más intensivo de la tierra, a través de la combinación de culturas y de la crianza de animales.

De esta forma una política alimenticia que pueda resolver verdaderamente el problema tendrá que ser complementada por medidas no solamente de reforma agraria, que permita el acceso a la tierra a las grandes masas de campesinos, hoy reducidos al desempleo y al subempleo, pero también tendrá que garantizar el crédito agrícola y el acceso a los insumos necesarios (maquinarias, fertilizantes, etc.), así como a posibilidades de almacenaje de los productos para poder obtener precios justos por los mismos eliminando los monopolios y superando la imposición de agrotóxicos cada vez más amenazadores a nuestra salud.

Claro está que tal política tendrá implicaciones muy profundas y exigirá una reforma de la empresa agrícola que favorezca sobre todo sus formas asociativas como las cooperativas que podrán asumir un papel más ofensivo en la realización de estas tareas que el productor aislado mal puede afrontar.

Una política de emergencia en el campo alimenticio tendrá pues que estimular el consumo directo, disminuyendo el papel del monopolista, deberá proteger al productor y procurará asociarlo favoreciendo las cooperativas y

deberá preparar la conciencia de nuestro hombre del campo y de la ciudad para la necesidad de una reforma agraria y de un sistema de producción alimentario que elimine el papel de las agroindustrias multinacionales favoreciendo una solución nacional con un mínimo de mediación entre el productor y el consumidor.

La cuestión de empleo se articula con lo que se señaló anteriormente. Solamente una reforma agraria que permita la fijación del hombre en el campo; una industrialización que mire hacia el mercado interno favoreciendo las industrias de base nacionales y la pequeña y mediana empresas que emplean más mano de obra y la iniciativa de los productores autónomos; que cree un sistema de servicios públicos de calidad capaz de incorporar las masas de médicos, dentistas, abogados, economistas y otros profesionales, hoy desempleados cuando la población de ellos necesita en fin, solamente una política que vaya hasta la esencia de nuestros problemas cambiando radicalmente el modelo económico actual y el régimen socioeconómico podrá crear una situación de pleno empleo.

Con todo, se pueden tomar algunas medidas de emergencia en el sentido de una legislación de protección al empleo con la vuelta de la estabilidad en el empleo, el establecimiento del seguro de desempleo, la jornada de 40 horas.

Al lado de esa legislación se pueden suavizar parte de los efectos del desempleo a través de un sistema escolar que garantice la alimentación y el baño para los niños, la creación de restaurantes populares a precios subsidiados, la apertura de fuentes de trabajo que ocupen mano de obra en una serie de tareas necesarias y hoy abandonadas como la jardinería, la pavimentación de avenidas, la construcción de calles vecinales, etc.

En fin, se trata de reorientar drásticamente el contenido de la inversión estatal para impedir los efectos más dramáticos que una situación de miseria absoluta, aumentada por el desempleo, la inflación y la crisis del balance de pagos y de la caja para el pago de la deuda externa pueden convertirse en una situación de calamidad pública que lleve a nuestra población a la depresión, a la marginalidad, a la deformación mental y física de generaciones enteras.

Es muy difícil creer que medidas de esta importancia, aunque no lleguen al fondo de las transformaciones estructurales que necesitamos, puedan ser tomadas por gobiernos conservadores o liberales. Es necesario ver que estos gobiernos incluyen en su seno gran parte de los responsables por esta situación que impedirá inevitablemente que esas medidas de emergencia sean tomadas.

Además, falta a los conservadores y a los liberales la sensibilidad política y social que los convenza de la necesidad y de la urgencia de tales medidas. Les falta voluntad política, pues su base social es fundamentalmente de una clase media que puede convivir bastante razonablemente con gran parte de esos problemas.

Es necesario pues, articular las fuerzas progresistas y unir las en torno a un partido popular y socialista, única fuerza capaz de tomar las medidas drásticas de emergencia que la nación implora. Es preciso un tipo de organización política que abra sus puertas a la participación de las grandes masas, que las motive y las movilice para obligar a los gobiernos a atender sus necesidades primarias.

Es preciso también, saber que estas medidas se confrontan con intereses económicos concretos, ya instituidos y poderosos. Que se necesita por lo tanto de un liderazgo consciente y firme que oriente estrategias y tácticamente nuestro pueblo pueda sustentar esas medidas de emergencia y prepararse para las transformaciones más profundas que destruyan el poder del gran capital, del latifundio y de sus servidores intelectuales y técnicos y abran camino a la construcción de una nueva sociedad más justa, más humana, soberana e igualitaria.

A este tema debemos dedicar el próximo capítulo.

III. Las reformas de base como condición para la transición al socialismo

Ya vimos que un gobierno popular y socialista en Brasil tendrá que iniciar su tarea administrativa a través de un conjunto de medidas de emergencia que aseguren el mínimo de condiciones de educación, salud, habitación, alimentación y empleo.

Se trata de garantizar a la población brasileña condiciones materiales y morales de existencia que permitan su organización y concientización para la realización de tareas sustanciales que lleven a una transformación profunda de nuestra sociedad, sin la cual no podemos resolver los problemas básicos de nuestro pueblo ni asegurar las conquistas que realizamos a través de las medidas de emergencia antes señaladas.

El objetivo final es el de conquistar y consolidar la independencia económica, el bienestar de la población, la justicia social y el crecimiento equilibrado de la economía.

Vimos que este objetivo sólo podrá ser alcanzado con una transformación socialista de nuestra sociedad que asegure la hegemonía de la propiedad pública sobre la privada, de los principios de la planificación social sobre el mercado de las organizaciones populares sobre la subjetividad individualista.

Pero para alcanzar esta situación tenemos que eliminar antes que todo las principales barreras que se oponen a la soberanía nacional, al bienestar, a la justicia social y al crecimiento equilibrado de nuestra economía.

Esas barreras se resumen fundamentalmente en los intereses de las actuales clases dominantes, el gran capital internacional y nacional, el latifundio y sus agentes burocrático-tecnocráticos que se impusieron sobre el Estado a través de la fuerza, de la corrupción y de la manipulación de la información y de los medios de formación de la opinión pública.

Esta lucha deberá frenarse en un plazo aun no definido y se divide en varias etapas. En primer lugar, la lucha de la clase trabajadora para organizarse política y socialmente para poder lograr sus objetivos. En segundo lugar, la conquista de posiciones dentro del Estado hasta alcanzar el poder central que en Brasil corresponde a la presidencia de la República.

Alcanzando este punto, a través de la formación de un gobierno con mayoría popular, se trata de usar el poder estatal para reformular la organización política, económica y social del país a favor de los intereses de la mayoría de la población que democráticamente llegue al gobierno.

Este poder estatal, reforzado por la movilización constante y la concientización permanente del pueblo, deberá colocarse decididamente a favor de los intereses nacionales, hoy postergados por el dominio del capital extranjero, de los intereses de la mayoría asalariada y de pequeños y medios propietarios, hoy marginados por la minoría de grandes capitalistas y sus acólitos.

¿Cuáles serían pues las medidas que permitirían reformular el carácter de la economía e instituir la supremacía de nuestro pueblo sobre ella?

Comencemos por las relaciones con el exterior que determinan fuertemente el carácter de la acumulación de capital en el país, pues es del exterior de donde viene gran parte de las máquinas que producen máquinas, de tecnología, de los insumos más sofisticados para nuestra industria, mitad del petróleo que nos da la base energética y combustible para nuestros transportes.

Es el carácter negativo de nuestro intercambio con el exterior que da origen al "déficit" de nuestra balanza de pagos, fuente de nuestro endeudamiento, el cual, a su vez es el origen de nuevos "déficits" y nuevos préstamos en una espiral de endeudamiento y alienación del país.

Ya vimos que el "déficit" de nuestra balanza de pagos no tiene origen en el intercambio comercial sino en la retribución de servicios al exterior (fletes y seguros, "royalties", servicios técnicos, remesas de capital, viajes).

Por lo tanto, un cambio profundo de nuestra relación con el exterior tiene que comenzar por una restricción al poder de las multinacionales y a la dependencia tecnológica que sirve de base a este poder.

Se trata pues en primer lugar, de superar esa dependencia tecnológica. Esto exige que nos apoyemos en la fuente fundamental y estratégica de la tecnología: el control de los medios de producción, es decir, en nuestros días, las máquinas productoras determinan todo el proceso de producción. En seguida, exige el control de nuestras fuentes de energía, desarrollando la producción nacional de petróleo y de energía eléctrica apoyada en nuestra industria de base.

Los economistas pro-imperialistas quieren convencernos de que debemos centrar nuestro crecimiento económico en lo que ellos llaman "aporte de capital externo". Esto nos lleva a preferir siempre el capital externo, con su tecnología ultramoderna, su dominio de mercado, sus facilidades financieras en detrimento de un esfuerzo de producción interna con una tecnología menos avanzada, con dificultades financieras y con algún tipo de restricción a la competencia de los productos extranjeros.

Esta lucha entre el liberalismo de los sectores pro-imperialistas y el proteccionismo de los sectores nacionalistas es histórica en Brasil, en el Tercer Mundo y también lo fue en el pasado en Alemania y en Japón, sin hablar de los Estados Unidos, donde Sur y Norte se confrontaron en torno a la política proteccionista exigida por el sur agrícola y esclavista.

En los países capitalistas dependientes fueron las crisis internacionales las que sirvieron de protección a la industria al hacer caer el comercio internacional y consecuentemente las importaciones.

Vivimos hoy una crisis de largo plazo que comienza a bloquear nuestra capacidad de importación y favorece consecuentemente un esfuerzo de sustitución de importaciones.

Con todo, el Estado no puede permanecer de brazos cruzados a esta situación: debe colaborar decisivamente en esos procesos de sustitución de importaciones en los sectores de maquinaria y de materias primas industrializadas (química, petroquímica, etc.).

El apoyar este esfuerzo significa proteccionismo cambial, apoyo y fomento al desarrollo científico y tecnológico interno, financiamiento y apoyo a la inversión industrial de base (maquinarias, industria, química, etc.).

Pero es necesario señalar que esta etapa no podrá ser cumplida completamente si no nos preparamos para las próximas etapas del desarrollo científico-tecnológico que deberán volver obsoletos muchos sectores de la industria de base actual al sustituir gran parte de las maquinarias tradicionales por sistemas automatizados y robots y al introducir la micro computación no solo como base de la automatización en la producción sino de todo el sistema de servicios y de consumo de bienes durables.

Por otro lado, la ingeniería energética y bioenergética, el uso del láser y las energías alternativas imponen una nueva realidad económica y tecnológica internacional que puede llevarnos a un nuevo aterrizaje de dependencia tecnológica.

De ahí que, sin descuidar las fases anteriores que nos permitían dominar la tecnología industrial actual, debemos también trazar los caminos para un avance tecnológico inevitable bajo el dominio de las multinacionales que imponen otra vez sus reglas del juego al país.

Proteccionismo de cambio, esfuerzo de sustitución de importaciones en la industria de base, apoyo a la planificación del desarrollo científico tecnológico, fomento de la industria de base y posteriormente su integración en el contexto tecnológico emergente: estas son pues las primeras tareas que un gobierno popular tendrá que enfrentar para comenzar a modificar el modelo de desarrollo económico actual, dependiente.

Pero esas tareas serán inútiles si no se genera un mercado interno de consumo muchas veces superior al actual que asegure las dimensiones mínimas capaces de garantizar la sobrevivencia de esa industria de base.

Pocos son los economistas que resaltan la relación intrínseca entre la expansión del mercado interno y del desarrollo de la industria de base. Sólo podría haber una industria de máquinas textiles desarrollada en escala económica si el consumo final de productos textiles del país fuera suficientemente grande para justificar el montaje de esa industria de base. Esto ocurre con todos los sectores.

Es verdad que existe la opción de exportación de maquinarias y materias primas industrializadas que complementen la escala de producción necesaria para dimensionar esas industrias. Con todo, la exportación implica siempre la importación y por lo tanto, la depresión de otros sectores económicos, más allá de estar sujeto a la guerra de mercados para la cual no estamos suficientemente preparados.

En segundo lugar, esa solución es claramente menos progresista, al dejar de lado las necesidades de nuestro pueblo.

En tercer lugar, las dos soluciones son complementarias y lo correcto sería combinar una ampliación masiva del mercado interno a través de la reforma de la propiedad rural que permita el acceso a la tierra de masas de desempleados agrícolas; la reforma tributaria que restrinja el consumo de lujo y favorezca a las poblaciones de bajos ingresos y las regiones más rezagadas del país; la reforma bancaria y financiera que anule el poder de los especuladores favoreciendo las inversiones productivas; la reforma urbana que acabe con la especulación sobre las tierras urbanas y la marginalización inevitable que provocan junto con las causas anteriores; la reforma de la estructura productiva con el combate al monopolio y al favorecimiento de las medias y pequeñas empresas así como a las formas asociativas de producción como las cooperativas; la democratización y racionalización de la empresa estatal para que el poder económico del Estado se vaya convirtiendo en una fuerza estructurada a través de un centro de planeación de las empresas estatales que imponga progresivamente el interés público sobre la selva de los intereses capitalistas privados.

Reforma agraria, reforma tributaria, reforma financiera, reforma urbana, reforma de la estructura productiva, democratización y racionalización de la empresa estatal son pues las transformaciones básicas que asegurarían al país las condiciones para ampliar su mercado interno, fortalecer su sistema productivo, realizar la sustitución de importaciones e iniciar una nueva fase de creación de conocimiento científico y tecnológico.

Es evidente que estas reformas estructurales tienen que combinarse con las medidas de emergencia señaladas en el capítulo anterior y que deberán convertirse progresivamente en un sistema integrado y permanente de acción social del Estado.

De esa forma podríamos resumir la visión programática que estamos analizando en los siguientes pasos:

- Reconocimiento del carácter dependiente, concentrador, excluyente y marginalizador del modelo económico del gran capital y del Estado autoritario como el instrumento privilegiado de su aplicación.
- Privilegiar la inflexión inmediata de ese modelo a través de medidas de emergencia que permitan redireccionar profundamente el sentido del gasto público a favor de las necesidades más urgentes de nuestro pueblo, particularmente las grandes masas en condiciones de pobreza absoluta y los niños y jóvenes que formarán la base del futuro desarrollo del país.
- En ese sentido invertir masivamente en una reorientación del sistema escolar y de la educación en general, en la salud pública, en la vivienda, en la alimentación y en la generación de empleos.
- Para consolidar esas medidas de emergencia. éstas deberán profundizarse y enriquecerse con la implantación de un nuevo modelo económico, realizando un conjunto de reformas que permitan asegurar la sustitución de importaciones en el sector de la industria de base y el apoyo y fomento del desarrollo científico-tecnológico y productivo en dirección de nuestra independencia tecnológica, y consecuentemente económica, financiera, cultural, etc.

Realizadas esas reformas se debilitará el poder de las multinacionales, del latifundio, de los especuladores, de los monopolios, de la codicia privada y de la corrupción que corroe el aparato estatal.

Al debilitar esas fuerzas se abren los caminos para los trabajadores asalariados y autónomos, los pequeños y medianos propietarios, y las masas de marginalizados que deberán formar un gran frente en torno del gobierno popular, único capaz de realizar las medidas que las retiraran de la miseria absoluta en que se encuentran. Solamente esta movilización garantizará la sobrevivencia de ese gobierno delante de las enormes presiones que inevitablemente caerán sobre él.

En estos momentos no se puede retroceder bajo pena de perder las conquistas realizadas tal como aconteció con la caída de Goulart en Brasil, de Allende en Chile y muchos otros dirigentes populares y socialistas en América Latina y en el Tercer Mundo en general.

Es preciso avanzar tanto en el plano interno como externo: garantizar la sobrevivencia del gobierno popular y de sus medidas en el plano interno, garantizar la soberanía nacional y la solidaridad de las fuerzas democráticas de todo el mundo en el plano externo.

Para esto, será necesario proseguir en la tarea transformadora pues la mejor defensa es el ataque. Las reformas de base son solamente condición para avanzar. Estas destruyen el poder de las fuerzas que se oponen al progreso. Pero en seguida es necesario organizar la producción y los servicios sobre bases nuevas en donde los intereses populares sean los preponderantes. Para crear y garantizar un nuevo régimen de producción adecuado a los intereses de esas fuerzas y capaz de realizar sus aspiraciones, se hace necesario avanzar en la dirección de un programa socialista de transformaciones.

¿Cuáles son los puntos básicos de ese programa tal como podemos vislumbrar hoy en día apoyándonos en la experiencia histórica y en la especificidad de la situación brasileña? Este será el tema del próximo capítulo.

IV. Las formas de la transición al socialismo

Es muy difícil prever las formas concretas que adoptará la transición al socialismo en cada país. Estas dependerán de la manera como se desenvuelva la lucha entre las fuerzas emergentes y las viejas clases dominantes. No obstante, podemos y debemos proponer la fórmula de transición menos costosa para la sociedad.

En un país como Brasil, donde las clases dominantes demostraron una capacidad de adaptación a las transformaciones históricas sin guerras civiles generalizadas y sin movimientos sociales profundos, tal vez sea posible pensar en un proceso histórico de implantación del socialismo sin grandes costos sociales. Todo dependerá como ya lo dijimos anteriormente, del comportamiento de las clases en el poder.

El primer aspecto central de la transición al socialismo es el de la propiedad. Sólo se puede hablar de socialismo cuando predominan las formas de propiedad sociales y comienzan a cambiarse las relaciones de producción asalariadas por una forma de remuneración del trabajo basada en parte en la participación del trabajador en la producción y en parte en la atención de sus necesidades.

La primera forma de propiedad social es la estatal. Brasil posee hoy un importante sector estatal que representa cerca del 30% de las grandes unidades empresariales. Al mismo tiempo, el Estado maneja un vasto aparato de intervención en la economía que va desde el control del comercio exterior hasta casi el control del sistema financiero.

Sin embargo, este vasto poder estatal es usado a favor de los intereses del gran capital internacional y nacional.

Vivimos en un régimen de capitalismo monopolista de Estado en el cual, el proceso de acumulación capitalista no puede hacerse espontáneamente y tiene que recurrir al estímulo y al auxilio directo del Estado, sea regulando, protegiendo o subsidiando los sectores menos dinámicos, sea asumiendo directamente la producción cuando las actividades son francamente deficitarias o de tasa de ganancia muy baja.

Para que la propiedad estatal cambie de signo en la economía brasileña, será necesario antes de todo nacionalizar el sistema financiero para extinguir la tendencia a la especulación.

Tendrá aun que destruirse la especulación con la tierra agrícola y urbana para lo que no siempre será necesario recorrer mayoritariamente la propiedad estatal.

Así también deberá acabarse con los intermediarios garantizando una circulación y distribución de productos regulada por el Estado que deberá controlar el mayoreo y algunos grandes centros de comercio minorista para impedir una formación de precios especulativa y abusiva y sobre todo la creación de monopolios que auto administran los precios.

Pero no basta solamente completar el control estatal de estos sectores clave. Es preciso que el conjunto de empresas y reglamentos estatales actúen según una dirección coordinada y de acuerdo con un plan nacional obligatorio, para el sector estatal, que establezca al mismo tiempo, normas de funcionamiento para el resto de la economía. Actualmente, las empresas estatales actúan anárquicamente y se someten a los intereses de los sectores privados, sobre todo a los monopolios que las utilizan.

En el sistema actual, las empresas estatales actúan separadamente en articulación subordinada con el sector del gran capital (véase gráfico I).

De la misma forma, el sistema de reglamentación estatal, sus subsidios directos e indirectos, el sistema fiscal, etc. funcionan a favor de los monopolios.

GRÁFICO I

Como vimos en el capítulo anterior, la política exterior, la tecnológico-científica, la industrial y la agrícola, y el sistema fiscal deberán ser profundamente cambiados para dar origen a otro tipo de política estatal, en dirección a los intereses de la mayoría y no de los grupos económicos.

De esta manera la articulación entre el sector estatal y el resto de la economía deberá seguir un esquema totalmente diferente del descrito más arriba.

Pero es necesario hacer modificaciones importantes en la estructura interna del sector estatal creando organismos integradores de la producción agrícola, industrial y de servicios que se encuentran directamente bajo el control del Estado, para enseguida articularlas con el sector no estatal de manera subordinada según el interés público.

Este sector no estatal, deberá sufrir transformaciones profundas. En primer lugar, una fuerte política *antitrust* deberá limitar la formación de monopolios y la gran concentración de capital. Una fuerte política de defensa del consumidor deberá por otro lado, limitar la acción de esas empresas sobre el mercado.

Al mismo tiempo, el Estado deberá estimular y favorecer la expansión de las cooperativas en sustitución al capital monopolista o asociando los pequeños y medianos productores. La cooperativa es un instrumento fundamental de desarrollo de la propiedad social y será tanto más eficaz cuanto mayor sea el apoyo que reciba del Estado y se articule voluntariamente con el sistema de planificación.

Al lado de las cooperativas, se debe apoyar el sistema de autogestión, basado en la iniciativa autónoma de los trabajadores articulados libremente en una sociedad democrática de productores. Este sistema ha mostrado ser muy eficaz sobre todo en medianas y pequeñas empresas y en el caso de Yugoslavia se tiene desarrollado ampliamente en todos los sectores de la economía y de la gestión pública. Siendo un sistema de propiedad social debe articularse también con los dos niveles anteriores para integrar siempre que sea posible el plano nacional.

La propiedad privada deberá sobrevivir en aquellos sectores donde tradicionalmente se instaló y cuando no se trate de zonas estratégicas para la planificación. En muchos casos se pueden adoptar formas de empresas mixtas entre Estado y multinacionales o particulares que traigan importantes contribuciones tecnológicas. Este sector privado deberá, sin embargo, aceptar una limitación para las tasas exageradas de ganancias, y sobre todo para el enriquecimiento personal basado exclusivamente en la propiedad financiera.

La pequeña y mediana propiedad deberá ser protegida y estimulada a asociarse en cooperativas, por su papel social de creación de empleos y por su capacidad de dedicarse a sectores que serían poco razonables en un sistema estatal. Se debe estimular también a la pequeña empresa donde el dueño sea también un trabajador que traiga a la sociedad sus conocimientos especializados o su pericia en el sector.

De esa manera se formaría un sistema empresarial-estatal totalmente diferente del anterior, que tendría las características que se muestran en el gráfico II

GRAFICO II

Este sistema productivo complejo tendrá que administrarse en un ambiente democrático con una normatividad constitucional y legal dinámica que vaya asimilando los procesos de cambios, que sean provocados necesariamente por la nueva realidad económica.

Por otro lado, las formas de propiedad no cubren todos los aspectos esenciales de la transición. Es necesario modificar también las relaciones de producción, es decir, el sistema salarial. En el socialismo es necesario asegurar al trabajador alimentación, salud, vivienda, educación y empleo de carácter permanente. Ya no se trata de la política de emergencia que asimilamos en los capítulos anteriores. Se trata de crear un régimen permanente de pleno empleo y de garantía de las necesidades básicas de la población.

Al mismo tiempo, las condiciones de trabajo y de las relaciones de jerarquía en el trabajo deben basarse cada vez más en la responsabilidad colectiva de los productores.

La empresa estatal deberá ser dirigida por un sistema de cogestión entre los representantes del Estado y de los trabajadores, las cooperativas deberán mantener mecanismos democráticos amplios de participación de sus socios en su gestión. La autogestión por principio, favorece la democracia empresarial. La empresa privada deberá admitir la participación de los trabajadores en la gestión y en los lucros.

Fuera del sistema productivo, en toda la sociedad deberán desarrollarse mecanismos democráticos de gestión tanto en el aparato estatal como en la universidad, la escuela y la propia unidad familiar. El socialismo no puede convivir con ninguna forma de discriminación racial, de sexo, o de cualquier tipo. La sociedad tendrá que ser educada para la solidaridad mutua y la hermandad y el compañerismo entre los seres humanos.

Esto puede parecer una utopía basada en deseos. Sin embargo se trata de una visión racional de las condiciones de funcionamiento de la economía y de la sociedad brasileña y de las transformaciones en ella posibles de establecerse, por un periodo relativamente importante, un gobierno de orientación socialista en un país que sepa defenderse de los ataques de la ultraderecha y conquistar la simpatía y la movilización popular.

Las fuerzas populares tienen que tener un plan de gobierno para presentar al pueblo brasileño. No pueden intimidarse con las dificultades que aparentemente las separan del poder y de la realización de sus ideales. Éstas tienen que aprender a objetivar sus ideales en metas precisas, en estrategias y tácticas con etapas definidas.

Por eso no entramos en demasiados detalles en este capítulo. Se trata de prever solamente las líneas generales de un proceso de transición socialista en un país con las características de Brasil.

En la fase actual estamos luchando aún por las medidas de emergencia y colocando en la perspectiva política las reformas de base antes señaladas. Pero no dejamos de esclarecer a nuestro pueblo que esas etapas no podrán ser consolidadas si no damos, en el futuro, los pasos siguientes para hacer prevalecer los mecanismos

socialistas sobre el capitalismo salvaje, dependiente, concentrador y marginalizador –único posible en la actual etapa histórica tal como vimos en la primera parte de este libro.

V. El hombre nuevo: Objetivo final del socialismo

Vimos en los capítulos anteriores los aspectos socioeconómicos de la transición al socialismo. No obstante, éstos deben ser considerados solamente como las condiciones necesarias para crear un nuevo tipo de ser humano.

La lucha por instituir una nueva sociedad más fraternal y humana contradice muchos y poderosos intereses ya constituidos e instalados secularmente en el poder.

El capitalismo en su proceso revolucionario destruyó la idea feudal de una sociedad de castas desiguales. El capitalismo pasó a fundamentar la diferencia de las clases sociales no en la herencia sino en el éxito económico. Cualquier individuo que alcance la riqueza puede ocupar una posición de poder y prestigio en la democracia burguesa.

Es verdad, con todo, que el derecho de herencia restableció fuertes privilegios oligárquicos en el interior de la democracia burguesa. Las 200 familias norteamericanas que formaron el núcleo de poder económico del este de los Estados Unidos continúan desempeñando esta función, a pesar de su debilitamiento interno por la decadencia moral de sus descendientes, obligados a recurrir cada vez más a gerentes y directores competentes para cumplir las funciones de su país o abuelos y por el ascenso de nuevas fuerzas económicas en el oeste y en el sur de los Estados Unidos.

Pero así mismo, con esta fuerte formación oligárquica en su interior, el capitalismo aún permite una movilidad social muchas veces superior a cualquier régimen que le antecedió.

En los países subdesarrollados y dependientes como el nuestro, el poder económico emergente capitalista tiende rápidamente a identificarse con el comportamiento oligárquico tradicional de las antiguas clases dominantes rurales y mercantiles.

Incluso nuestras clases medias con sus restringidos números de profesionales liberales, que se distancian radicalmente de los niveles de renta y de los patrones de vida de nuestro pueblo asumen normalmente un modelo de comportamiento oligárquico.

La manutención de las relaciones semiserviles en el seno de la familia con la sobrevivencia de las empleadas domésticas; la vasta masa de criados en las calles, en los bares y restaurantes; la prostitución de mujeres y hombres al servicio de los sectores de alta renta; la subyugación y la sumisión de las poblaciones consideradas no solo social sino también racialmente inferiores de negros e indios; todos estos fenómenos arcaicos se conjugan para hacer las distinciones de clase aún fuertemente marcadas por las formas de casta social.

El capitalismo dependiente no consigue eliminar estos fenómenos, pues favorece la concentración de la renta y la marginalización de amplias masas. De esta forma, la creación de un ser humano más independiente, más igualitario y más desarrollado se limita a capas sociales minúsculas, con la agravante de que, por más progresistas que sean sus ideas, sus conductas prácticas continúan dentro de los patrones tradicionales exploradores, opresores e indiferentes a la suerte de millones.

Por eso, la lucha por el socialismo en nuestros países es antes que nada un imperativo ético. Ninguno puede pretender defender aunque modestos, los objetivos de convivencia democrática e igualitaria sin aceptar el programa mínimo de transición al socialismo que esbozamos anteriormente.

No se puede creer en la solidaridad humana conviviendo insensiblemente con menores abandonados, mendigos, desempleados, trabajadores sin preparación y medios de vida mínimos, campesinos abandonados a su suerte, arrancados de sus tierras, jóvenes lanzados a la criminalidad más brutal, etc.

Solamente superando esos problemas colosales derivados de la división de la renta generada por el modo de producción capitalista en las condiciones dependientes y subdesarrolladas comenzaremos a erigir en nuestro país las bases de una ética, donde el hombre sea el semejante del hombre. Donde la igualdad racial, económica, sexual, educacional comience a despuntar como una meta posible.

Por lo tanto, para impulsar las transformaciones iniciales que nos conducirán al socialismo, tenemos que dar cuenta de la violencia social en que vivimos.

Tenemos que transformar en indignación las actitudes complacientes con las cuales aceptamos hoy en día esas realidades brutales.

Tenemos que superar esa ética tecnocrático-burocrática que pretende sustituir los sentimientos morales por la "eficiencia" subyugada y dependiente de los poderosos.

Tenemos que retomar el espíritu épico y romántico con el cual realizamos las luchas de los anarquistas en los años 10; de los tenientes de la columna cerca de los años 20; de los estudiantes de la UNE en la lucha por la democracia en los años 40; de los más amplios sectores sociales en la campaña por el "petróleo es nuestro" en los años 50; de los obreros, estudiantes, campesinos, oficiales democráticos y sargentos que realizaron la resistencia por la legalidad, en 1961; de las mujeres, intelectuales y profesionales que sustentaron la lucha por la amnistía y muchas otras páginas de heroísmo, desprendimiento y resistencia de nuestro pueblo.

Tenemos que rescatar la retórica, la pasión, el espíritu exaltado de los luchadores sociales de todos los tiempos. No podemos aceptar los engaños morales que los tecnócratas quieren imponernos en nombre de la "racionalidad" (ide ellos!), de la objetividad (ide ellos!), de la ciencia (ide ellos!), etc.

No hay ciencia sin pasión por la verdad, sin disciplina impuesta por la entrega a una causa, no hay racionalidad sin claridad de objetivos, sin lucidez histórica. No hay objetividad sin definición de metas y objetivos a alcanzar junto con la colectividad, sin claridad política, en fin.

El hombre nuevo que queremos crear será el heredero de esas luchas sociales, de esa pasión, de esa disciplina, de esa entrega generosa y saludable.

En la medida en que creemos las condiciones sociales y políticas para la superación de la miseria, del analfabetismo, de la marginalidad iremos, a través del ejemplo generoso de nuestra generación – y solo a través de este ejemplo lo conseguiremos- creando las condiciones para un ser humano que no necesita preocuparse más por su sobrevivencia diaria, pudiendo dedicarse a su autoperfeccionamiento intelectual, moral, espiritual y material.

Al alcanzar niveles superiores de producción debemos liberar al ser humano de las tareas más elementales, duras, repetitivas, desgastantes y contaminantes.

La automatización -que aparece hoy como una devoradora de empleos y marginalizadora de los trabajadores- será incorporada masivamente a la economía para fines completamente distintos.

Eliminando el régimen asalariado capitalista, la automatización servirá para liberar al hombre del trabajo directo, disminuyendo la jornada de trabajo, aumentando el periodo de su formación educativa, terminando

con el trabajo del menor que hoy aniquila generaciones en nuestro país, aumentando el tiempo libre para el perfeccionamiento cultural y moral de nuestro pueblo.

La meta inicial será la de tener a toda la población con educación primaria mínima. En pocos años, tal como lo alcanzaran países mucho más pobres de recursos que nosotros, alcanzaremos la meta de educación media superior para todos los ciudadanos en edad escolar.

Nuestra población de profesionistas liberales deberá elevarse significativamente para alcanzar los niveles mundiales de médicos, dentistas, profesores, etc. por habitante.

La cantidad de científicos enfocados a la búsqueda de nuestra realidad y del conocimiento puro, necesario para el avance de la ciencia, deberá elevarse también drásticamente.

Estos cambios cuantitativos generarán una nueva calidad de vida y transformarán radicalmente la cara de nuestro pueblo.

Nuevas generaciones de jóvenes saludables, cultos y esperanzados, aplicados en las tareas del porvenir, deberán suceder a las masas de ladrones, delincuentes, niños abandonados, drogados y alcohólicos que forman gran parte de la juventud de Brasil de hoy.

El espíritu individualista, prejuiciado y arrogante de nuestras clases medias, que desprecian a sus semejantes y aprueban la violencia policial para tener paz en sus casas, rodeadas de miserables, y son capaces de recurrir a las peores violencias para sustentar a sus patrones mediocres de vida, deberá ser sustituido por generaciones de jóvenes generosos, conscientes del destino de sus semejantes, dispuestos a dar la mano a todos ellos hermanados en una misma lucha.

Las clases empresariales, cuya ayuda será estimulada para gestionar el proceso de transición al socialismo, tendrán que abandonar su ambición y su espíritu mezquino e individualista desarrollado en la búsqueda del lucro fácil.

El Estado popular deberá garantizar su seguridad dentro de márgenes de lucros aceptables socialmente. Desaparecerán gran parte de sus angustias determinadas por la violencia de la concurrencia capitalista actual y la inseguridad que ésta genera al lado de una política económica que favorece al especulador en detrimento del empresario.

Se dará a ellas la orientación razonable y lúcida de planos económicos posibles que serán perfeccionados con el tiempo a través de la crítica y la autocrítica, de la experiencia acumulada de una nueva economía socializada progresivamente.

El especulador será reprimido de la misma manera que el bribón, el contrabandista o irresponsable social de nivel medio e inferior.

La sociedad buscará alternativas profesionales para estos sectores a través de sistemas de recuperación social.

La cultura, protegida y apoyada por el pueblo, combatirá estas formas de existencia: la violencia y la falta de carácter, en vez de exaltarlos como lo hacen hoy en día nuestras crónicas policiales, nuestra literatura y nuestros medios de comunicación.

La cultura hoy dirigida autoritariamente por los dueños de los medios de comunicación será gestionada por los sindicatos, universidades, artistas, científicos y otros sectores sociales organizados, para abrir camino a la creatividad de nuestro pueblo hoy excluido de esos medios de comunicación.

Habrá apoyo libre y desinteresado al conocimiento científico y a las manifestaciones más sublimadas del arte que no encuentran ningún canal de apoyo en los actuales medios de comunicación que explotan las emociones, sentimientos, e instintos más negativos y antisociales, patrocinando la violencia anárquica e individualista.

El hombre nuevo será un lector ávido de conocimientos, frecuentará en su lugar de trabajo y de hogar bibliotecas, discotecas, teatros, ballet, cines, conciertos que hoy no existen, y desarrollará su sensibilidad estética al máximo.

Nada de esto es utópico. Ya fue hecho en muchos países del mundo y depende solamente de una distribución distinta de los recursos humanos y materiales existentes en nuestro país. El mundo moderno ya alcanzó la base material para que el hombre alcance estos objetivos y supere las formas más primarias de existencia.

Lo que impide que esas potencialidades se desarrollen en el plano mundial, es la conservación de las relaciones sociales basadas en la forma arcaica de la propiedad privada; en las relaciones mercantiles cada vez menos capaces de orientar el intercambio entre las gigantescas unidades de producción más y más socializadas y planificadas; en las relaciones de producción asalariadas en un mundo donde las necesidades humanas tienen que ser atendidas por grandes unidades de producción y de atención de servicios socializados.

Más grave aún: la lucha por mantener esas relaciones arcaicas obliga a las clases dominantes, ya condenadas históricamente, al uso abusivo y creciente de la violencia.

La amenaza de una guerra mundial: las guerras limitadas; los golpes de estado, los desequilibrios de gobiernos progresistas forman una cadena de actos de fuerza que destruyen masivamente enormes fuerzas productivas.

Los gigantescos gastos militares; las necesidades de enormes aparatos represivos; el desvío del conocimiento científico y tecnológico para la destrucción militar, por un lado, y la destrucción civil operada por el consumismo, por otro; las crisis económicas con sus secuelas sociales de desempleo y la criminalidad creciente forman un cortejo de elementos destructivos e irracionales que conducen a la humanidad a la desesperanza y al paroxismo.

La conservación de vastas regiones del mundo en condición de dependencia y subdesarrollo aniquila masas de niños, jóvenes, hombres maduros y viejos y provoca un malestar universal que debilita la calidad moral del hombre contemporáneo.

La destrucción masiva de la naturaleza por el rechazo a las formas racionales y humanas de producción y gestión, para defender los intereses del capital; los límites establecidos a la liberación de la mujer, los preconceptos contra razas, pueblos y minorías sociales, he ahí un conjunto de elementos culturales que se basan en las secuelas históricas del paternalismo fundado en la propiedad privada, en el imperialismo, fase superior del capitalismo, en el puritanismo, y otras formas culturales dirigidas a la acumulación irracional de riquezas por el individuo privado.

Todas esas realidades espantosas que amenazan la sobrevivencia de la humanidad contemporánea no desaparecerán automáticamente con el fin del reino de la propiedad privada, del salario, del lucro y del mercado.

Pero la eliminación de esas relaciones sociales es condición necesaria para que la humanidad pueda avanzar hacia la superación de esos problemas angustiantes.

La ciencia llegó a nuestros días a dilemas angustiosos. El hombre comienza a conquistar el macrocosmos del universo extraterrestre y al mismo tiempo inicia el dominio del microcosmos nuclear que lo puede llevar a nuevas fases de inmenso progreso o a su destrucción como especie.

El dominio de la genética a través de la ingeniería genética; el descubrimiento de nuevas fuerzas como el láser; la invención de materiales sintéticos cada vez más moldeados por las necesidades humanas; la posibilidad de utilizar nuevos materiales traídos o producidos en el cosmos, todas esas enormes potencialidades no pueden ser administradas por una humanidad dividida en clases antagónicas, apoyada en la mezquindad de la propiedad privada de los medios de producción y del individualismo posesivo, dilacerada por prejuicios y luchas raciales, teniendo la mitad de la especie humana –las mujeres- reducida a posiciones subalternas humillantes y restrictivas de su desarrollo espiritual. No podrán ser administradas por un mundo dividido entre pueblos ricos y poderosos y masas de mendigos y delincuentes.

Las formas tradicionales de organización familiar, de educación, de organización nacional que sobreviven como consecuencia de las relaciones sociales anárquicas y contradictorias en que vivimos se rebelan día a día contra esa situación paradójica.

Por un lado, la conservación de las fuerzas productivas destruye las bases materiales de su sobrevivencia. Por otro lado, la conservación de las formas de propiedad, relaciones de trabajo y de intercambio capitalista las obligan a sobrevivir en las condiciones más deterioradas.

Este malestar de nuestro tiempo solo será superado a partir de un nuevo orden económico, social y político que corresponda a las nuevas realidades de nuestro tiempo.

La humanidad tiene al frente una tarea mundial para construir un mundo justo, humano y fraterno, capaz de elevar a nuevos niveles la capacidad creativa de la humanidad y de cada hombre. No se trata de anular al individuo a un nuevo oscurantismo colectivista. Por el contrario, se trata de destruir las barreras sociales entre cada uno de los simples pigmeos al podemos ser gigantes. Se trata de crear las condiciones sociales para el pleno desarrollo de cada individuo.

Después de un largo proceso histórico el hombre salió de las condiciones primitivas de la horda animal donde él no se reconocía como individuo para desarrollar esa individualidad a través de la reorganización de la colectividad de una manera en que muchos tenían que sacrificar su desarrollo personal, manteniéndose en un estadio primitivo y oprimido, para permitir el mayor –pero aun limitado- desarrollo de unos pocos.

Solamente el capitalismo, al potenciar el desarrollo de las fuerzas productivas a través de la moderna industria, creó las bases de una civilización donde todos los individuos podían aspirar a su pleno desarrollo.

Sin embargo, el capitalismo opuso a la plena materialización de esa potencialidad los estrechos límites de su sistema social.

Al deificar un falso individualismo posesivo, basado en la lucha del hombre contra el hombre, a través de la competencia desenfrenada y ciega, el capitalismo se convierte en una barrera para la plena realización de cada individuo.

El individuo socialista, el hombre nuevo, sólo cree en su propio desarrollo como resultado de avance de toda la sociedad. Él sabe que hasta hoy las grandes individualidades fueron producidas a costa del sacrificio de las grandes masas. Él sabe también que en nuestros días se creó la base material para que toda la humanidad disfrute del progreso, del ocio y de la cultura. Él sabe también que el pleno desarrollo del individuo solo se alcanza con el pleno desarrollo de la humanidad que tiene que unirse en una sola sociedad planetaria bajo pena de generar su autodestrucción si no fuera capaz de responder al desafío de nuestra época.

El hombre nuevo es pues, antes que nada, un imperativo ético de nuestro tiempo. Es el propio instinto de sobrevivencia de la humanidad el que la obligará a superar las limitadas bases de su organización social actual y del desarrollo de los individuos que la componen.

Brasil no será siempre un espacio de atraso y miseria, ajeno a estas grandes tareas de la humanidad. El hombre brasileño saldrá de la prostitución y el atraso en que se encuentra y pondrá su mente y corazón en la historia en unísono con el palpitar de nuestro tiempo.

Cuarta parte

El mundo camina hacia el socialismo

I. El mundo camina hacia el socialismo

“El mundo camina hacia el Socialismo”. Esta afirmación tiene cada vez más la fuerza de una verdad indiscutible. Si buscamos la historia de nuestro siglo podemos exponer varias conclusiones sobre la verdad de esa declaración.

1. El socialismo era un fenómeno básicamente europeo hasta el fin de la Segunda guerra Mundial. Llegó al poder por primera vez a través de un gobierno representativo de varias corrientes socialistas y anarquistas de Francia, durante la Comuna de París en 1871, aplastada en seguida por la unión de las tropas francesas y alemanas, hasta entrados en lucha.

En 1917, se instauró en Rusia la primera experiencia permanente de un Estado que sustituye los principios de la economía mercantil capitalista por la economía de la propiedad pública, regida por el principio de la planificación.

Durante estos años se formaron también gobiernos de orientación socialista en otras partes de Europa, sin hablar del breve gobierno bolchevique húngaro que llega al poder por la revolución pero que es luego derrotado. Los principales casos son los gobiernos socialdemócratas liberales que asumen el poder con la caída de los imperios alemán y austriaco.

En general, estos gobiernos se establecen bajo bases electorales y no pretenden instaurar una economía socialista. Sus objetivos se limitan a la defensa de la democracia, a la aplicación de la legislación, del trabajo y a establecer ciertos controles de los monopolios, de los lucros excesivos y de la especulación capitalista.

Raramente, se proponen nacionalizar sectores importantes de la economía como lo hicieron los gobiernos laboristas de 1931 y 1945-1951 o el gobierno de colisión gaulista- socialista-comunista que llega al poder en la esfera de la resistencia anti nazista victoriosa en 1945.

En algunas partes, como en los países Escandinavos, la socialdemocracia logra mantenerse en el poder por periodos suficientemente largos para combinar el capitalismo en expansión con una economía sobre todo cooperativa pero también estatal en una amplia legislación social.

No obstante en ninguno de esos casos, se sustituye el régimen de producción basado en la hegemonía de la propiedad privada, de la relación asalariada y del intercambio mercantil, a pesar de la introducción de muchas restricciones a su pleno ejercicio, solo posibles en una economía en expansión.

2. Después de la Segunda guerra Mundial, el fenómeno del socialismo aparece ligado a las fronteras del avance soviético contra el dominio hitlerista y japonés. En Europa Central, en Asia fronteriza a la URSS y en China se formaron regímenes económico-sociales de orientación semejante al modelo de industrialización aplicado en la URSS durante el periodo de Stalin que se extendió entre 1927 y 1954. Según la interpretación de Stalin, la segunda fase de la reforma agraria que liquidó con la resistencia de los campesinos ricos, el énfasis en el desarrollo de la industria de base, el control riguroso de Estado y de la economía por el Partido Comunista fueron los factores fundamentales que permitieron a la URSS derrotar la amenaza nazista y convertirse en una gran potencia socialista.

Estas primeras experiencias socialistas sobre un modelo rígido estalinista solo fueron contestadas en aquella época por la revolución yugoslava que reivindicó sus características propias e inició en el fin de la década de los 40 una experiencia pionera de socialismo autogestionario en condiciones internacionales muy adversas (rompimiento con la URSS y difíciles tentativas de aproximarse, sin perder su autonomía, a los Estados Unidos y a la socialdemocracia europea). Para abrir un espacio de autonomía indispensable, la Yugoslavia de Tito se convirtió en base ofensiva para el movimiento de los no alineados que se mostró extremadamente atractivo para los países del Tercer Mundo.

Las experiencias de implantación del modelo estalinista llevaron a violentos choques internos con las enormes masas campesinas y con las supervivencias pequeño-burguesas que no podían ser económicamente superadas por la fuerza. Estas contradicciones y las divergencias nacionales exploradas por grupos nacionalistas e intereses internacionales de derecha llevaron a la intervención militar en Hungría, en Polonia y en Checoslovaquia.

El periodo pos-staliniano fue caracterizado por la búsqueda de nuevas políticas económicas que respetasen las especificidades nacionales y las determinaciones de la economía por el nivel de desarrollo de las fuerzas productivas.

Esta nueva política permitió poco a poco el restablecimiento de la pequeña y media propiedad en muchos de esos países, buscó establecer una división del trabajo menos rígida dentro del bloque socialista estimulando incluso las relaciones económicas con los países capitalistas, cada vez más obligados a reconocer la fuerza y la presencia de las economías socialistas que pretendían destruir en su nacimiento.

Estos cambios tenían que reconocer las diferencias nacionales en la evolución histórica para el socialismo. La idea sectaria de un modelo único de desarrollo socialista fue siendo superada progresivamente por la constatación de su diversidad histórica.

Las relaciones entre los países socialistas también se diversificaron. La URSS restableció sus relaciones con Yugoslavia, que no abandonó sus principios basados en la democracia autogestionaria, en el no alineamiento y en la descentralización administrativa.

Con todo, las realidades geopolíticas fueron imponiéndose a un mundo de naciones socialistas, con intereses propios en el escenario internacional. La idea del internacionalismo proletario, comandado por la revolución rusa, que había sido contestada por la social democracia y por el socialismo europeo encontró nuevos enemigos dentro del propio campo socialista. La confrontación entre la URSS y China socialista en la década de los 60 sacudió seriamente un conjunto de dogmas de la fase estalinista sobre la no existencia de contradicciones en las formaciones socialistas.

3. Por lo tanto en la medida en que el socialismo se expandió, se diversificó al mismo tiempo. En consecuencia tiene que hacerse cada vez más rico y complejo el análisis y la teoría del pasaje histórico del capitalismo al socialismo en escala mundial.

El modelo estalinista de los años 1927-1954 fue siendo superado en la propia URSS dando origen a nuevas experiencias de reformas económicas cuyas implicaciones exigirían ser tratadas en otro libro.

Dentro del bloque del Pacto de Varsovia se producían diferencias entre los modelos más nacionalistas de la URSS, la Alemania Democrática y Bulgaria y las experiencias de restablecimiento de relaciones mercantiles bajo el control de la planificación en Checoslovaquia (luego reincorporada al modelo más rígido, pero con diferencias debido a la importancia del sector privado en este país), en Hungría, Rumania y Polonia.

La experiencia china siguió caminos sigzagueantes. Comenzó con un modelo muy construido en la URSS que originó la primera fase de transición entre 1949-1956. En 1958-1961 dio inicio el "gran salto para el frente", que intentó una expansión económica forzada, que llevó en parte al choque con la URSS.

Después del rompimiento con la URSS y la tentativa de iniciar un proceso revolucionario mundial entre 1961 y 1966, se encendió la revolución cultural con sus variadas fases de 1966-1988 y de 1969 a 1976, donde se realizaron experiencias de movilización de masas para superar las dificultades derivadas del aislamiento internacional de China. Apoyarse en sus propias fuerzas era el único lema viable delante de este aislamiento de los centros vitales de generación de tecnología.

Aunque muchos entendían como una contrarrevolución las reformas introducidas a partir de 1976 por el equipo de Teng Ziao Ping, es necesario considerar la grave situación de desorden y anarquía en que se encontraba el país después de 15 años de disputas internas, aislamiento internacional y empobrecimiento.

Por mayores que sean los errores derivados de una vana esperanza de amplia colaboración económico-tecnológica con los Estados Unidos y de un nacionalismo chino, antihistórico y sobre todo, antisoviético, la nueva dirección política permitió a China reencontrar los instrumentos de autocontrol que le permitirían situarse de nuevo poco a poco, en el escenario internacional.

El modelo yugoslavo pasó también por varias fases que oscilaron en mayor descentralización y desarrollo de los mecanismos de intercambio mercantiles y autogestionarios y periodos de mayor centralización y desarrollo de los mecanismos de regulación estatal.

El modelo yugoslavo también perdió sus seguidores mecánicos. Hoy todos los países socialistas buscan inspirarse en las experiencias de autogestión, descentralización administrativa y cálculo económico a nivel de empresa desarrollados en aquel país sin pretender, sin embargo, seguir su "modelo".

La experiencia cubana, aunque considerada por muchos como bastante identificada con la orientación soviética, siguió un camino totalmente distinto debido a su dependencia del comercio exterior, el carácter urbano de su economía pre-socialista con un gran desarrollo de los servicios. El papel de las entidades de base como los centros de Defensa de la Revolución y el Poder Popular jamás decayó generando mecanismos de participación intensa de la población en varias fases del proceso asistencial, productivo y distributivo. El contenido democrático y participativo de la revolución cubana evolucionó permanentemente, transformándose en una experiencia extremadamente rica y original.

No es necesario decir que en un África en donde subsisten formas tribales, recién salidas del colonialismo, y en un Asia campesina, después de años de guerra de liberación en la indochina o de una dramática división nacional, como en Corea, la ordenación de esas economías siga también caminos propios que intentaron ser captados en conceptos genéricos y poco útiles como el de vías no capitalistas, economías intermediarias, etc. Es necesario, con todo, reconocer que es la propiedad social la que dirige esos procesos de acumulación en el camino de una sociedad socialista.

4. Debemos por otra parte a la diversificación anterior la gran novedad histórica introducida por el proceso chileno; la propuesta de una transición al socialismo (recordemos que los gobiernos socialistas anteriores conquistados por elecciones nunca se propusieron realizar una transición al socialismo) a través de una vía democrático-electoral. Este es un nuevo elemento diferenciador que hace aún más compleja la fase histórica de transición global del capitalismo al socialismo.

La propuesta chilena se repite hoy con nuevas características en el gobierno socialista francés que también pretende programáticamente realizar una transición hacia un régimen socio-económico socialista.

El gobierno social-demócrata sueco, recién colocado en el poder, pretende también sustituir la propiedad privada por la propiedad sindical generando un tipo socio-económico nuevo de transición al socialismo.

La perspectiva de un proceso de transición socialista que se combine con las instituciones liberal-democráticas se convierte pues, de una propuesta intelectual, en una experiencia práctica.

En el caso de Chile esta experiencia fue interrumpida por la violencia golpista, pero parece ser más difícil utilizar el arma del golpe de estado en países de mayor desarrollo institucional y de las fuerzas productivas como Suecia y Francia.

Todo indica, por lo tanto, que vamos a ver en Europa la formación de economías basadas mayoritariamente en la propiedad estatal, en formas cooperativas o en nuevas formas de propiedad social como el caso sueco de control sindical de las acciones de gran parte de la economía.

Estas economías tienden fuertemente a regirse por un sistema de planificación único al cual se pretende someter a las leyes mercantiles de regulación económica, que no desaparecen totalmente de la economía.

En el plano político, parece constituirse por primera vez en la historia europea, una mayoría electoral socialista-comunista y se crean las bases para gobiernos, de largo alcance, basados en una alianza que excluía por fin los liberales de los gobiernos socialistas y social-demócratas.

Esta posibilidad se restringe a Suecia, Finlandia, Francia, España y Grecia en el momento actual. No todos estos gobiernos pretenden realizar transformaciones tan profundas como los programas de los gobiernos francés y sueco. No obstante, es necesario prestar atención seriamente a la novedad absoluta de esta situación histórica y no confundirla con los casos de gobiernos social-demócratas, socialistas y comunistas anteriores que nunca contaron con una mayoría suficiente para excluir los liberales del gobierno.

5. Como vimos, el socialismo como doctrina y movimiento surge en Europa, pero se va expandiendo a otras regiones en ondas sucesivas que acompañan en parte el proceso de expansión económica del capitalismo.

La primera experiencia socialista se hace en un país básicamente feudal – Rusia. Que ya había iniciado una industrialización importante en Petrogrado y Moscú.

Esto condicionó sus tareas y objetivos: el gobierno socialista revolucionario tuvo que realizar en condiciones extremadamente adversas (dos guerras mundiales, una guerra civil con invasión de países, luchas sociales violentas internas y presiones internacionales) muchas tareas propias del capitalismo, como una nueva versión de acumulación primitiva en nuevas bases – lo que Preobrajenski llamó de “acumulación socialista originaria”. Se trataba del paisaje de una economía agrícola a una industrial bajo la orientación de la planificación estatal. Un proceso arduo y conflictivo que exigía la expropiación de los excedentes generados en el campo para ser aplicados en la ciudad provocando necesariamente la resistencia de los campesinos.

En los casos posteriores, como Europa oriental y China, se crearon conflictos entre la industrialización y la agricultura que fueron en general resueltos parcialmente con grandes concesiones a los campesinos. En consecuencia las políticas económicas de esos países oscilaron al saber de las confrontaciones entre las clases, los apoyos externos recibidos por ellas, el papel mediador de la burocracia estatal y de la tecnocracia que también tiene sus intereses propios y los terribles dilemas geopolíticos de una Europa dilacerada por el conflicto Este-Oeste.

En los países de desarrollo industrial maduro como Francia y Suecia, se colocaron de forma distinta a las metas y tareas de una transición socialista. Se trata, en este caso, de adaptarse a los cambios tecnológicos revolucionarios que se diseñan en el horizonte industrial, de la relación de las grandes corporaciones estatizadas y las cooperativas con las medianas y pequeñas empresas, de las relaciones con el Mercado Común Europeo y con el complejo sistema económico internacional, sea en su vertiente capitalista desarrollada y dependiente o en la socialista con sus variaciones.

¿Será la propiedad pública y social, bajo el control de los trabajadores, más capaz que el gran capital internacional y el capitalismo monopolista de Estado para realizar las tareas de superación de la crisis actual del capitalismo y de introducir los cambios tecnológicos profundos, garantizando el pleno empleo y la igualdad social?

El socialismo vuelve así a Europa después de un fructífero y complejo viaje por el mundo pre capitalista.

6. Brasil, como país del Tercer Mundo con un importante desarrollo industrial, montado sobre una estructura de desigualdad social, concentración de renta y de la economía, dependencia y miseria absoluta de las más escandalosas del mundo tendrá mucho que aprender de ambas experiencias.

Por un lado: un proletariado industrial joven, una clase media asalariada sin compromisos ideológicos profundos con el régimen capitalista y masas de desempleados y marginalizados que no confían en el sistema que los creó y sus representantes.

Por otro lado, una clase dominante insensible hasta el momento, a la gravedad de la situación social generada por el modelo económico pro-imperialista, sin contrapesos, que se impuso a la fuerza al país.

El movimiento socialista, que incluye la particularidad nacional expresada en las tradiciones históricas laboristas, tiene que preocuparse por asegurar las condiciones más equilibradas posibles para transitar hasta una democracia de profundo contenido popular. Apostar en una gran convulsión social cuyos resultados serían imprevisibles sería un camino aventurado que una dirección política experimentada no seguiría.

Sin embargo, sabiendo de la incapacidad de las clases dominantes y de las élites políticas por ella generadas para asegurar la sobrevivencia del progreso y de la democracia, cabe al movimiento socialista asumir su responsabilidad histórica en el proceso de transición democrática ocupando un papel protagónico para garantizar su eficacia y profundidad.

Si las actuales clases dominantes se mostraran definitivamente incapaces de garantizar el orden y una transición pacífica para la democracia, correspondería a las fuerzas populares asumir esta responsabilidad.

Pero ellas no podrán en este caso, detener su atención en las tareas democráticas formales –ellas tendrán que llevar hasta el fin este proceso, asegurando que la democracia sea un instrumento para realizar las transformaciones sociales profundas que reclama nuestro pueblo.

El resultado de este proceso será por lo tanto la implantación de una experiencia inédita socialista. Brasil avanza hacia el socialismo, y se incorporará así a la historia mundial contemporánea.

Ya vimos en los capítulos anteriores las implicaciones programáticas internas que nos permitirán construir una alternativa socialista en Brasil. Veamos ahora cómo un gobierno socialista deberá comportarse en el escenario internacional, ya sea para asegurar sus transformaciones internas, o para cumplir un papel positivo en el desarrollo de la historia contemporánea, de la cual estamos casi marginalizados por las posiciones reaccionarias de nuestros gobiernos.

II. El camino del no-alineamiento

Vimos en el capítulo anterior cómo el socialismo se viene convirtiendo en el movimiento fundamental que dirige la historia contemporánea. Vimos como el proceso de expansión del socialismo en el mundo conduce a diversas formas y experiencias de transición al socialismo, sea en lo referente a la manera como esta transición se hace, sea en lo que respecta a las estructuras socioeconómicas concretas que emergen de las diversas realidades nacionales.

Durante muchos años, el movimiento socialista estuvo dividido con respecto a su posición sobre la experiencia soviética, en esta época la única existente.

Los que apoyaban y pretendían erigirla en un modelo a seguir por los otros países se congregaron en torno a dos partidos comunistas unidos en la Tercera Internacional (1919-1943) y posteriormente en el Cominform (1947-1954) y actualmente a través de reuniones de los partidos comunistas y obreros, sin una dirección unificada y sin una disciplina rígida.

Por otro lado estaban las corrientes que rechazaban la experiencia soviética como no socialista y la definían como un caso de capitalismo de Estado conducido por métodos dictatoriales.

Esta corriente se unificó en torno de la reorganización de la Internacional Socialista en 1920. Dentro de la IS prevalecieron las más variadas posturas que variaban desde el apoyo a los movimientos conspiradores dentro de la URSS hasta la definición del apoyo crítico y la colaboración limitada, con los bolcheviques.

La crítica a la URSS se desarrolló, por otro lado, en varias corrientes marxistas que terminaron por romper con la Tercera Internacional. Algunas de ellas pretendían recuperar la primera fase de la revolución rusa, manteniéndose fieles a los ideales de Lenin, que dividió las aguas entre comunistas y socialistas.

Encontramos así desde los luxemburguesas muy críticos de la URSS y de Lenin, los *bandlerianos* de índole centrista y sobre todo los trotskistas, que pretendiendo revivir el marxismo-leninismo, no estalinista, se unieron en torno a la IV Internacional y se dividieron históricamente en varias secciones.

Con las revoluciones que siguieron a la Segunda Guerra Mundial surgieron nuevas experiencias socialistas que generaron nuevas formas de transición como ya vimos. Al mismo tiempo surgieron tentativas de erigir esas

experiencias en modelos de transición al socialismo. La vía yugoslava, la vía china, la vía cubana, en seguida la vía argelina y otras vías más, desarrollaron en ciertos momentos una especie de estalinismo a la inversa.

En general, los que apuntaban a esas vías como caminos alternativos culpaban a Stalin de tener pensado imponer la vía soviética pero oponían a la otra experiencia histórica concreta, convertida en ejemplo a seguir.

Pero la diversificación de las vías se tornó tan grande que en la década de 1980 es ridículo pretender erigir cualquiera de esas experiencias en modelo a seguir por otros países.

Hoy todos sabemos que la transición al socialismo es un proceso universal, complejo y diversificado, que parte de las etapas y niveles sociales más distintos para dirigirse en el rumbo de una economía mundial, basada en las formas colectivas y asociativas de propiedad, en la planificación de la producción y en Estados nacionales, articulados con las más distintas formas de organización de masas y representación popular, derivadas de las particularidades revolucionarias de cada país.

Los regímenes políticos, las estructuras partidarias, los mecanismos de gestión económica, las estructuras productivas, las estrategias de desarrollo de esas naciones son y serán las más diversas de acuerdo con las situaciones concretas en que se generan, resguardando los elementos universales ya señalados; propiedad social, planificación, Estado fundado en organizaciones de base proletaria o populares.

Por otro lado, los partidarios social-demócratas y socialistas pasarán por varias etapas en sus relaciones con los comunistas, la URSS y los nuevos países socialistas.

Después de la revolución rusa, como vimos, se desarrolló una hostilidad que sólo se superó en parte durante los frentes populares y los movimientos de resistencia al nazismo-fascismo.

Después de la Segunda Guerra Mundial esa unidad se rompió otra vez bajo la presión de la guerra fría y de las aspiraciones de participar en los beneficios de expansión capitalista de la posguerra.

No obstante, en la década de los 60, la guerra fría ya estaba en declive y se evidenciaron realidades evidentes:

- a) La expansión del socialismo y su diversificación obligaba a los socialistas y social-demócratas de los países desarrollados a tomar en consideración esa realidad o a aislarse cada vez más políticamente.
- b) El crecimiento económico y militar de la URSS y demás países socialistas obligaba al mundo capitalista a romper el boicot establecido por décadas a estos países y aumentar el comercio y las relaciones científicas y técnicas con ellos.

- c) El crecimiento del movimiento anticolonialista y de las organizaciones tercer mundistas y no alineadas abrían un área de maniobra importante a ser explotada por las naciones capitalistas no hegemónicas, acentuando las contradicciones entre Estados Unidos, Europa y Japón.
- d) La crisis económica internacional que se desató a partir de 1966, envolviendo al capitalismo en una fase depresiva larga, que debe prolongarse hasta 1900, hace roer la confianza del proletariado europeo, americano y japonés en el capitalismo. Se disminuyen las diferencias entre los socialistas y comunistas y surgen corrientes de izquierda en la social-democracia; se unen las centrales sindicales socialistas, comunistas y hasta social-cristianas.

Como consecuencia de esos cambios históricos, los movimientos socialistas y comunistas vienen sufriendo mutaciones impresionantes en su visión ideológica y en sus concepciones de las alianzas internacionales.

En los días de hoy, existe un gobierno socialista que llegó a contar con la participación comunista, como en Francia, y que se declara atlantista, es decir, aliado de la OTAN, una alianza militar contra la Unión Soviética.

Existe un partido comunista, como el italiano, que se declara completamente desvinculado de la dirección soviética y crítico delante de su experiencia histórica, llegando a apoyar la conservación de Italia, en la OTAN.

Por otro lado, ocurrió no solo un enfrentamiento diplomático constante entre China y la URSS sino hasta choques militares entre China y Vietnam.

Al mismo tiempo, vemos un partido socialista que se propone ejercer un gobierno moderado como el español, que programáticamente se negaba a participar en la OTAN y que establece un convenio de relaciones amistosas, de alto nivel, con la URSS, mientras que el partido comunista español, se declara claramente antisoviético. Y tantas otras situaciones más, que serían increíbles en los años 50.

¿Qué significa esta señal de destrucción de la idea de un mundo polarizado en el cual el ideal socialista pertenezca a países o partidos? El socialismo es resultado de la propia lógica de desarrollo del capitalismo y pertenece a la humanidad. Los partidos políticos son simples instrumentos de esa voluntad colectiva, de esos ideales y de la acumulación de esas experiencias en la conciencia de los pueblos.

La polarización entre los Estados Unidos y la Unión Soviética, como la polarización entre capitalismo y socialismo, surgió después de la II Guerra Mundial a lo largo de la guerra fría.

De hecho, ya en el final de la II Guerra Mundial, la preocupación fundamental de los aliados occidentales era impedir el avance de las tropas soviéticas que los tomó de sorpresa.

Durante los primeros años de la guerra, Roosevelt y Churchill pensaban que los nazis destruirían todo el poder militar soviético.

Y aunque no les gustara que los nazis se apropiaran de las inmensas reservas naturales rusas que los volverían insuperables, y por esto apoyaban la resistencia soviética, les hubiera gustado ver a ambos adversarios bien desgastados, para solamente después, imponerse sobre el nazismo.

De hecho, entre 1941-1944 la Guerra Mundial se localizó fundamentalmente en el frente oriental donde murieron 20 millones de soviéticos.

Roosevelt, Churchill y Hitler subestimaron profundamente el poderío económico, social, moral y militar de la Unión Soviética. Cuando menos esperaban, las tropas soviéticas, en una contra-ofensiva impresionante, estaban a las puertas de Berlín y avanzaban por Asia en dirección a Japón.

Al mismo tiempo, las resistencias bajo fuerte influencia de los partidos comunistas alcanzaban la victoria en Italia y en Francia, en Yugoslavia, en Grecia, en Indochina, en China, etc.

Los aliados se convencieron rápidamente de que era preciso contar con esa influencia avasalladora. Sin embargo, cuando se sentaron a la mesa para discutir, las cartas ya estaban lanzadas y las potencias occidentales tuvieron que reconocer la fuerza emergente de la Unión Soviética. De ahí resultó una especie de división tácita de las órbitas de influencia mundiales que tanto los ingleses como los norteamericanos hallaron posible modificar cuando los Estados Unidos construyeron y exhibieron, a costa del pueblo de Nagasaki e Hiroshima, el poderío de la nueva bomba atómica.

El chantaje atómico duró poco tiempo. En 1950, la URSS tenía ya el arma nuclear y esto restablecía un cierto equilibrio. Las presiones realizadas sobre la URSS en los años 47 y 54 a través de la política exterior americana, de la acción internacional de la CIA, la ilegalización de los partidos comunistas en casi todo el mundo capitalista, la provocación de la guerra de Corea, la división entre comunistas y socialistas rompiendo la unidad forjada en las resistencias antifascistas crearon un clima de confrontación que generó, por otro lado, un fuerte sectarismo, desvíos autocráticos y estrechamiento teórico que se expresó sobre todo en el estalinismo.

Con todo, la guerra fría no consiguió su objetivo central que era contener la influencia soviética y llegar así a la destrucción de su poder. A pesar de ella, se consolidó esa influencia en Europa Central, las revoluciones china, coreana y vietnamita y las guerras de liberación nacional anticolonialistas abrieron nuevos frentes revolucionarios en todas partes del mundo.

En 1954 ya estaba claro que el camino de un enfrentamiento militar con la Unión Soviética era un poco sin fundamento, debido a lo que se llamó la capacidad de destrucción nuclear mutua.

Por otro lado, la ofensiva de la guerra fría no tenía logrado paralizar el avance de las revoluciones sociales y de liberación nacional aproximándolas cada vez más a la URSS.

El clima de la guerra fría y de amenaza nuclear comenzó a ceder lentamente a pesar de no terminar nunca en todos estos años cuando evolucionamos del "enfriamiento" de la guerra fría iniciado en la Conferencia de Ginebra de 1954 hasta la "distención" del periodo de la administración de Nixon-Kissinger.

Fue en este contexto que el movimiento de liberación nacional, entró en ascenso en la lucha contra el imperialismo europeo en plena decadencia después de la II Guerra Mundial, comenzó a materializarse en la acción de Estados independientes con orientaciones políticas diversas.

Estos Estados buscaban escapar de las drásticas opciones de la guerra fría y querían reforzar el movimiento anticolonialista y de liberación económica de sus pueblos del imperialismo sin tener que alinearse dentro de un conflicto que amenazaba con lanzar al mundo a una guerra suicida.

Dentro del campo socialista, en el inicio solamente Yugoslavia, por su delicada posición delante de la hostilidad de Stalin a su independencia política, comprendió la importancia de una política de no alineamiento como base de unificación de un vasto movimiento mundial.

En realidad, a medida que avanzaba la fuerza política de estos países emergentes, su poderío económico, la conciencia de su fuerza y de su papel histórico, y liquidación de los últimos vestigios del colonialismo, el movimiento de no alineados se convertía también en la más poderosa fuerza unificadora internacional.

Hoy en día, después de las Naciones Unidas, el Movimiento de no alineados es la mayor organización intergubernamental del mundo, reuniendo 138 países de cuatro continentes que representan más de dos billones de personas, cerca de la mitad de la población mundial. Es cada vez más el órgano por excelencia de los Países del Tercer Mundo, su voz más autorizada y respetada. De esta forma, el no-alineamiento se convierte en un movimiento histórico destinado a cumplir un papel fundamental en el mundo contemporáneo.

Los congresos de los no alineados realizados en Bandung (abril de 1955), Habana (septiembre de 1979), Nueva Delhi (abril de 1983) fueron incorporando un conjunto de posiciones que rebasan los objetivos de no subyugarse a la guerra fría y a la política de las grandes potencias.

Hoy, el no alineamiento está ligado a la lucha por un nuevo orden económico internacional, base del diálogo norte-sur, cuando los países subdesarrollados consiguieron por primera vez hacer sentar a la mesa de negociaciones a los países desarrollados a pesar de tener logrado resultados muy francos.

El no alineamiento es la base también de la política cultural de la UNESCO de recuperación de las civilizaciones no europeas y de la Nueva Orden Informativa Mundial que pretende romper el actual monopolio mundial de la información en la mayoría de las principales agencias de noticias de los países desarrollados.

El movimiento de los no alineados cuenta también con el apoyo del grupo de los 77, creador de la UNCTAD, organismo de las Naciones Unidas dedicado a la articulación de los intereses económicos del Tercer Mundo.

Representando hoy a la mayoría de las Naciones Unidas, que llevó a Kissinger a reclamar contra la "dictadura de la mayoría", el Movimiento de los No-Alineados ejerce una influencia creciente en los organismos internacionales y en la opinión pública mundial.

Al contar entre sus miembros con los países de la OPEP, el movimiento consiguió presionar políticamente a la democratización de países como Brasil, extremadamente dependientes del petróleo, y obtener un verdadero cerco internacional sobre el imperialismo agresivo de Israel y el racismo rabioso de África del Sur.

Sería imposible pensar por ejemplo, en la emancipación de la población negra en Zimbawe (antigua Rodésia) sin la tenaz actividad del Movimiento de los No Alineados.

Infelizmente Brasil, dominado por fuerzas conservadoras, estaba ausente de este proceso. Getulio Vargas vio con mucha simpatía el movimiento de descolonización y liberación nacional, pero las presiones internas que lo llevaron al suicidio le impidieron tener una política internacional más activa.

Juscelino Kubitschek intentó una fórmula de movilización latinoamericana no excluyente de los Estados Unidos a través de la OPA (Operación Panamericana).

Jânio Quadros fue más allá, en la búsqueda de una definición tercermundista, apoyando a Cuba revolucionaria y aproximándose ideológicamente a Nasser, uno de los principales líderes del Movimiento de No Alineados, en esta época aun incipiente como organización.

João Goulart llevó a un grado de mayor coherencia y concreción la política de no alineamiento y de defensa de los intereses del Tercer Mundo y de América Latina.

No obstante, el golpe de 1964 realineó de manera drástica a Brasil a los intereses norteamericanos. El General Golbery do Couto e Silva fundamentaba su política de seguridad nacional en la división del mundo entre las dos grandes potencias y en el alineamiento necesario de Brasil a los Estados Unidos, por el cual debería cobrar una posición de satélite privilegiado.

El General Juracy Magalhaes, como ministro de relaciones exteriores, acuñó la célebre frase: "Lo que es bueno para los Estados Unidos es bueno para Brasil".

En estos años Brasil se colocó incluso a la derecha de la política exterior norteamericana realizando todas las tareas suyas que aquel país no quería asumir directamente: la invasión de la República Dominicana, en 1966, el apoyo a África del Sur, la preparación para suceder el imperio portugués en África, la preparación y apoyo a los golpes de estado de Bolivia, Uruguay, Chile y Argentina entre 1971 y 1976.

Desde el choque del petróleo en 1973, Brasil percibió, sin embargo (con el acuerdo creciente de los Estados Unidos), que no podría mantener estas posiciones reaccionarias a nivel internacional y, al mismo tiempo, depender tan fuertemente del petróleo de los países árabes que eran algunos de los principales sustentos del Movimiento de No Alineados.

Vino después el cambio, a veces lento a veces brusco, en el camino de la política exterior del "pragmatismo responsable".

Vimos así a Brasil votar contra el colonialismo portugués, contra el "imperialismo sionista" contra África del Sur dejando aterrorizadas a la Naciones Unidas y muy desconfiados a los países del Tercer Mundo.

No obstante, en el diálogo norte-sur Brasil jugó aun un papel de punta de lanza de los países desarrollados creyendo que le sería por fin reservado un lugar en la OCDE (organización que reúne a los principales países capitalistas desarrollados).

En aquella época el sueño paranoico de un "Brasil Gran Potencia" asentado en un pueblo de miserables, analfabetos y hambrientos aun rondaba las cabezas de la élite política que aún dirige ese país.

Pero el tiempo sirvió para poner las cosas en su lugar: la inflación, la recesión, el desempleo y la mayor deuda externa del mundo llevaron al presidente de Brasil a las Naciones Unidas para hablar -diez años después!- del Nuevo Orden Económico Internacional.

Esto no significa con todo, que Brasil aprendió la lección de que es necesario unirse a una lucha con sus hermanos, en vez de pedir limosna a la mesa de los poderosos.

La mentalidad tecnocrática y entreguista que domina este país en estos 20 años no será nunca capaz de servir de base a una política generosa e internacionalista.

El discurso del presidente Figueredo en la ONU fue escuchado por un número mínimo de delegados y mal informado pero sirvió como amenaza para conseguir préstamos y nuevas negociaciones con los banqueros patrocinadas por el Fondo Monetario Internacional.

¡Pobre país! Incapaz de sensibilizarse con el peligro cada vez más alarmante de una nueva y definitiva guerra nuclear que daría fin a la civilización; incapaz de sensibilizarse con la lucha de liberación nacional –semejante a la suya aunque no asumida por nuestra diplomacia- de gran parte de la humanidad; incapaz de sentir el peligro que representa para la sobrevivencia de la humanidad la situación de hambre y miseria del Tercer Mundo, de la cual él es un representante extremo; insensible, aun a las victorias socialistas que vienen liberando masas humanas de atraso, de miseria, analfabetismo, y abriendo un camino de desarrollo y emancipación para ellas.

Nada de esto conmueve a nuestra política exterior y nuestras élites. Nuestras fuerzas de oposición, la opinión pública y sobre todo las masas populares –por mayor simpatía que puedan sentir por esas luchas- se ven totalmente desinformadas e inmovilizadas delante de los acontecimientos internacionales.

Brasil, que se movilizó para participar en la Segunda guerra Mundial contra el nazismo, que luchó por la paz contra la guerra de Corea, que apoyó la revolución boliviana y protestó ampliamente contra la invasión norteamericana de Guatemala, que fue a las calles para defender la revolución cubana, asiste hoy pasivamente a la invasión de Nicaragua *antisomozista* por las fuerzas restauradoras de la tiranía con el apoyo norteamericano, las masacres de ciudadanos desarmados en América Central, la masacre de los Palestinos en Sabra y Shatila, etc. Estos son los resultados de los años de dictadura, desinformación, desmovilización e individualismo.

Sin embargo, debemos esperar una reanudación del movimiento de solidaridad internacional en nuestro país, que deberá dar un contenido popular auténtico y políticamente consecuente a la política de relaciones exteriores, conducida hoy burocráticamente y dentro del espíritu mercantilista, tecnocrático y conciliador de estar bien con los dueños del petróleo, de los mercados del Tercer Mundo y de los mercados socialistas, sin romper con el imperialismo y sus representantes.

No se trata, es claro, de abandonar los intereses petroleros y las necesidades de mercado en el país. Por el contrario, se trata de profundizar incluso esos intereses abandonando esa posición burocrática y temerosa.

Una aproximación efectiva con esos países sólo será posible si se defiende el punto de vista del Tercer Mundo por convicción y no por conveniencias diplomáticas.

Sólo así conseguiremos romper las barreras que aún se anteponen a la expansión de nuestras relaciones económicas con los países del Tercer Mundo, que se sentirían muchas veces más fuertes si pudieran confiar realmente en el apoyo sincero y generoso del pueblo brasileño y su gobierno.

Por eso, una verdadera política de no alineamiento depende sobre todo de la superación interna de la dictadura y de la instauración de una democracia efectiva que conduzca un gobierno popular en el poder.

Una política socialista en Brasil tendrá pues que seguir el camino del no-alineamiento. Deberá luchar por la paz mundial y el fin del armamentismo, por la emancipación nacional y el derecho de independencia de todos los pueblos, por un nuevo orden económico internacional justo y anti monopólico, por la superación del colonialismo, del racismo, del *apartheid*, por un concepto universal de cultura y una nueva orden informativa internacional.

No se trata pues, de acosar a las grandes potencias ni a los países desarrollados en general. Se trata de abrir positivamente un camino, un espacio que permita el avance de los pueblos en la dirección de su emancipación, de la paz, de la justicia y de la igualdad. Y éste, como ya vimos muchas veces, es el camino del mundo, en dirección del socialismo.

III. Por una política externa socialista

Vimos en los dos últimos capítulos el crecimiento del socialismo en escala mundial adoptando las más distintas formas y el ascenso de los países del Tercer Mundo a través de los No-Alineados que se convierten progresivamente en la principal fuerza política internacional capaz de garantizar la paz y promover un nuevo orden económico internacional más justo y equilibrado.

Vimos también como la política exterior brasileña estuvo durante varios años desvinculada de esas dos tendencias fundamentales de nuestro tiempo.

Brasil, dominado por grupos pro-norteamericanos, intentó un alineamiento automático con los Estados Unidos obteniendo solamente el repudio mundial y pocas recompensas.

Posteriormente el país intentó chauvinísticamente iniciativas propias a la derecha de la política norteamericana para caer en la realidad, a partir de 1973, con el choque del petróleo, y comenzar a entender nuestras limitaciones de país de Tercer Mundo.

Con todo, hasta hoy nuestra política externa refleja la ambición nunca abandonada de pertenecer al club de los ricos y de contener las reivindicaciones de los países del Tercer Mundo, intentando convertir a Brasil en una especie de negociador privilegiado del Tercer Mundo con el Primero.

Por otro lado, nuestra política exterior continúa en las manos de la burocracia de Itamaraty sin la participación política de la población y sin un debate profundo sobre sus objetivos. Se resiente así una falta de iniciativa que coloca a Brasil en una posición de inferioridad en el escenario internacional.

Son esas debilidades que se reflejan en las negociaciones de renegociación de la deuda externa, donde nuestro país se encuentra en el auge de la desmoralización. Para disponer de fuerza para establecer la moratoria definiendo unilateralmente nuestras bases de pago de la deuda externa, tendremos que ser una fuente de iniciativas de política internacional y definirnos en el cuadro de la política internacional con un perfil más claro.

En la medida en que se profundicen las conquistas democráticas de nuestro pueblo, deberá profundizarse también en el compromiso de nuestra política exterior con el avance progresista de la humanidad.

Es necesario superar esta imagen mezquina de una política exterior dirigida exclusivamente a nuestros intereses inmediatos, a la venta de productos brasileños y al equilibrio diplomático absentista, vago y distante de los problemas de nuestro tiempo.

Nuestra política exterior bajo la dirección de un gobierno popular y socialista deberá asumir una posición activa en la defensa de la paz mundial. La eliminación de las armas nucleares; la creación de zonas libres de armamento nuclear en Europa, en América Latina (ya definida en ese sentido por el tratado de Tlatelolco) y otras regiones del mundo; la mediación entre las fuerzas en choque en el Oriente Medio, en América Central y otras zonas de conflicto, donde el país puede y debe tener una influencia positiva; son algunas metas que nos elevarían en el concepto internacional.

En segundo lugar, nuestra política exterior debe asumir un carácter nítido de lucha por la emancipación de los pueblos del imperialismo, del colonialismo y de fenómenos antihumanos y obsoletos como el apartheid en África del Sur.

El drama de la defensa del pueblo palestino, debería conmover más fuertemente a un pueblo de fuertes lazos árabes y de emigración importante de Oriente Medio.

No obstante, Brasil solo acepta apoyar la cuestión palestina por el interés en el petróleo de Oriente Medio, manteniendo un perfil bajo y mostrando su falta de convicción en la solidaridad a un pueblo víctima de la tragedia de la migración forzada y de genocidio.

Lo mismo acontece en la cuestión del apartheid. Brasil apoya en las Naciones Unidas las medidas contra África del Sur pero no esclarece para nada nuestro pueblo sobre el que representa el apartheid. Entre otras cosas porque practicamos el racismo internamente de una manera grave y alarmante, inclusive contra las representaciones diplomáticas africanas en el país y sobre todo dentro de Itamaraty, donde los negros estuvieron discriminados históricamente.

Lo mismo acontece con América Central, donde apoyamos por conveniencia la política mexicana-venezolana, por coincidencia países petroleros, que busca una paz para la región en la base de una democratización política, social y económica de la misma.

Pero nuestro pueblo no está informado del genocidio que se comete contra el pueblo salvadoreño, de las violencias que se practican contra Nicaragua, y de la gravedad de la representación en Guatemala y en Honduras.

De esta forma, tenemos nuestro aproximado de posiciones internacionales correctas no por la convicción en la defensa de las causas que abrazamos, sino por los intereses petroleros y de exportación de productos brasileños. Por eso se mantiene nuestra población desinformada sobre esas realidades, para evitar presiones en el sentido de un apoyo más incisivo a las causas señaladas.

El Brasil socialista deberá cumplir un papel importante también en el apoyo al avance de la democracia en el mundo contemporáneo. Sólo el avance democrático podrá superar los graves problemas que amenazan la sobrevivencia misma de la humanidad.

Solo la democracia podrá detener la carrera armamentista que fortalece el poder de los grupos civiles y militares ligados al complejo industrial-militar.

Sólo la democracia impedirá la intervención imperialista contra las luchas de liberación y emancipación de los pueblos subdesarrollados, colonizados y dependientes.

Debemos por lo tanto fortalecer y apoyar las fuerzas democráticas a nivel internacional y apoyarnos en ellas al mismo tiempo para fortalecer la democracia dentro de Brasil, siempre amenazada por los fuertes intereses conservadores que aun dominan al país y que no serán fácilmente eliminados por un gobierno de orientación socialista.

Pero no podemos olvidar la estructura económica internacional dominada por los comportamientos monopólicos de las corporaciones multinacionales que llevan al debilitamiento del precio de nuestros productos básicos de exportación, a condiciones desfavorables para la importación de maquinarias y productos agrícolas nobles; a operaciones financieras atadas a la importación de productos de los países desarrollados innecesarios para nuestros pueblos.

Peor aún, esas importaciones son forjadoras de dependencias financieras en condiciones abusivas de dependencia tecnológica que nos somete a principios técnicos controlados por el exterior y que ahoga los esfuerzos nacionales de desarrollo científico-técnico.

Esas importaciones son también fuente de competición con la naciente, pero ya representativa, industria de base nacional, corroyendo la capacidad económica de los capitales locales.

La lucha por superar esa estructura económica internacional en un sentido que fortalezca los intereses de los países dependientes a los cuales pertenecemos tiene que ser un punto central de nuestra política.

No se trata de defender el Nuevo Orden Económico Internacional, a través de la palabra del presidente de las Naciones Unidas, *diez años después* de que fuera aprobada en ese organismo.

Se trata de tomar iniciativas en este campo, no procurando contener la organización y la actuación conjunta de los países dependientes tal como ocurrió en la reunión del Grupo de los 77 en Buenos Aires, en 1983, después del famoso discurso presidencial.

Por el contrario, debemos fortalecer los mecanismos de entendimientos directos y multilaterales que nos retiren de la dictadura del dólar y nos permitan ampliar nuestro comercio exterior con los países del Tercer Mundo, a los cuales podemos ayudar generosamente en la creación de sus industrias a través de nuestro importante sector de maquinarias e industrias básicas; en sus construcciones a través de nuestra construcción civil; en su consumo final con productos agrícolas e industriales, etc.

Pero el comercio no puede ser pensado solamente en el sentido de nuestros intereses. El comercio es un fenómeno bilateral y tiene que atender a los intereses de ambos.

Además es imposible pensar una política comercial aislada de una política cultural, de una identidad ideológica, de acuerdos políticos.

Es pues evidente que Brasil, bajo la dirección de un gobierno popular, con una amplia visión internacional, podría potenciar de varias formas su capacidad exportadora actual, creando los mecanismos financieros, jurídicos, administrativos y políticos necesarios para dar un verdadero salto en ese sector, hoy tímidamente abordado por las limitaciones de nuestra estructura financiera, jurídica y administrativa y de nuestra política externa que no abrazó con convicción las causas que mueven el mundo contemporáneo.

Es pues hora de profundizar en nuestra identidad latinoamericana, olvidada por una política prejuiciosa en relación a nuestros vecinos con los cuales poseemos identidades culturales que pueden ser la base de un intercambio comercial y una unidad política que aumentará de muchas formas nuestra capacidad de negociación internacional.

Pero es necesario resaltar una vez, que esto solo se alcanza con una convicción profunda de nuestra identidad y de la importancia de nuestra unidad.

El espíritu boliviano, que es preservado por las fuerzas populares y democráticas de la región, debe presidir nuestra política regional superando las desconfianzas y disgustos que dejó en el continente la política

subimperialista brasileña iniciada en la década de los 60 y ampliada con las intervenciones a favor de los golpes militares de la década de los 70.

La simpatía por el pueblo brasileño, la confianza de nuestras identidades culturales y la convicción de que aquella política no correspondía a la visión de nuestro pueblo sino de sus verdugos son suficientes para garantizar un campo de entendimiento amplio y abierto.

Pero si tenemos que reivindicar nuestra identidad latinoamericana, no podemos dejar en segundo plano, de ninguna manera, nuestra profunda identidad cultural africana.

La vida cotidiana y la cultura de nuestro pueblo, en lo que ella tiene de lo más popular y auténtico, está profundamente ligada al fuerte universo cultural que los pueblos africanos trajeron para nuestro país, a pesar de su condición de esclavos arrancados de su ambiente natural y destruidos por una explotación impiadosa de su fuerza de trabajo, completada con un desprecio social y una discriminación masiva.

Este desprecio y esta discriminación que se aproximan a veces al odio o pavor, conducirán a una política de emigración blanca y hasta asiática que diluye a la mayoría negra de ese país.

Las manifestaciones culturales africanas y afro-brasileñas consideradas inferiores y salvajes, fueron reprimidas.

La propia religiosidad negra, profunda y enraizada, fue discriminada y perseguida.

No obstante, la fuerza cultural de la civilización africana negra, cruzada con las tradiciones históricas africanas de Portugal, consiguen superar todas esas vicisitudes y se fortalece cada día como la principal y más profunda manifestación de identidad nacional de nuestro pueblo.

Es hora pues de revalorar nuestra relación con África, sobre todo con África Negra, para redescubrir nuestros orígenes, para participar en su esfuerzo de desarrollo (con el cual podemos colaborar decisivamente), para ampliar nuestra dimensión cultural.

La vocación de Brasil de ser una de las potencias latinoamericanas y del Atlántico Sur es una realidad que sólo se hará realidad cuando superemos nuestras veleidades europeas (sin despreciar nuestras influencias y relaciones occidentales) y nos afirmemos profundamente a nuestra condición de pueblos emergentes ibéricos, indígenas y africanos.

Cuando hablamos del Atlántico Sur, no debemos olvidar nuestra condición amazónica. Cuando sustituimos el enfoque depredador y entreguista que preside nuestra política amazónica, tendremos ahí otra área de actuación internacional y colaboración con los países de la cuenca amazónica que potencializará muchas veces nuestra capacidad actual.

Nuestras responsabilidades geopolíticas con la cuenca del Plata deben también superar el enfoque impositivo actual para generar una mayor confianza e intereses comunes en la región.

Esta región tiene grandes perspectivas cuando se superan las absurdas desconfianzas entre Argentina y Brasil mantenidas sobre todo por los regímenes militares y por la política divisionista del imperialismo que teme la fuerza económica de una política unitaria de los países de la cuenca del Plata.

A pesar de la mayor distancia de Asia y del menor contacto cultural con la misma, no podemos dejar de recordar los vínculos estrechos que creamos con Japón sin ninguna política estratégica en ese sentido.

Es un absurdo también que no tengamos ninguna política de aproximación a países como la India y China, que representan un peso político y económico fundamental en el mundo contemporáneo.

Ya señalamos la necesidad de una participación brasileña más sincera en el Oriente Medio, donde tenemos nuestro interés más estratégico que es el petróleo.

No podemos despreciar el peso de las tradiciones árabes en nuestra formación cultural, ni la importancia de la emigración de Oriente Medio para nuestro país. Con todo, nada de esto ha sido implementado, manteniéndose nuestro pueblo y nuestra elite totalmente alejada de la potencia cultural del pueblo árabe, visto hasta hoy con los ojos parcialmente europeos.

No podemos olvidar que una política exterior democrática, popular y socialista estará necesariamente conectada con los partidos socialistas europeos y el movimiento liberal norteamericano. Dos fuerzas democráticas esenciales de nuestro tiempo.

El principal peso económico en nuestra balanza de pagos viene de los países europeos y de los Estados Unidos y así deberá continuar por un largo periodo histórico. No podemos renunciar, bajo pena de mantenernos alejados de cualquier realismo político, a la tarea histórica de comprender y acompañar constantemente la realidad de esos países, apoyando las manifestaciones progresistas que favorezcan nuestras metas democráticas, igualitarias e independientes. Al mismo tiempo, la civilización occidental, con sus conquistas

en el plano científico, democrático y cultural, continúa siendo nuestra principal fuente de saber y de ella no debemos aislarnos de ninguna forma.

Con el campo socialista, hoy tan complejo y diversificado, nos corresponde establecer una política libre de prejuicios, basada en un conocimiento amistoso y fraternal de sus pueblos, de su política y de su cultura. Nos corresponde también estudiar críticamente su experiencia rica y compleja de construcción del socialismo, de desarrollo científico tecnológico y cultural.

Pero es importante entender sobre todo, el peso económico que nos representan en nuestros días estos países que tienen un enorme mercado no afectado por la recesión actual, aún en expansión para sectores de mayor interés estratégico para Brasil.

Al mismo tiempo, su peso político y militar no puede ser subestimado y considerado como enemigo nuestro, lanzándonos a una política suicida de guerra fría, comprando enemigos gratuitos para nuestro país en nombre de una identidad con un falso "mundo occidental cristiano", que no pasa de un disfraz ideológico de los intereses mezquinos de la explotación capitalista que las propias Iglesias buscan desmitificar hoy en día.

Tenemos así un cuadro de política exterior independiente, solidaria, democrática, potencializadora de nuestra estructura económica interna y capaz de arrancarnos de la alienación cultural en que vivimos en condición de simples imitadores de norteamericanos y europeos centrales.

Esa política exterior será el resultado necesario de desarrollo de la democracia en el país y del crecimiento del peso de nuestro pueblo en las cuestiones internacionales, de las cuales deberán estar cada vez más informados y conscientes para que el brasileño deje de ser un provinciano enfocado al interior de sí mismo y se haga un ciudadano del mundo, capaz de desarrollar su propio país, en la medida en que se haga heredero del proceso civilizador mundial.

Gráfico 1

La Empresa Pública en el Capitalismo Monopolista de Estado

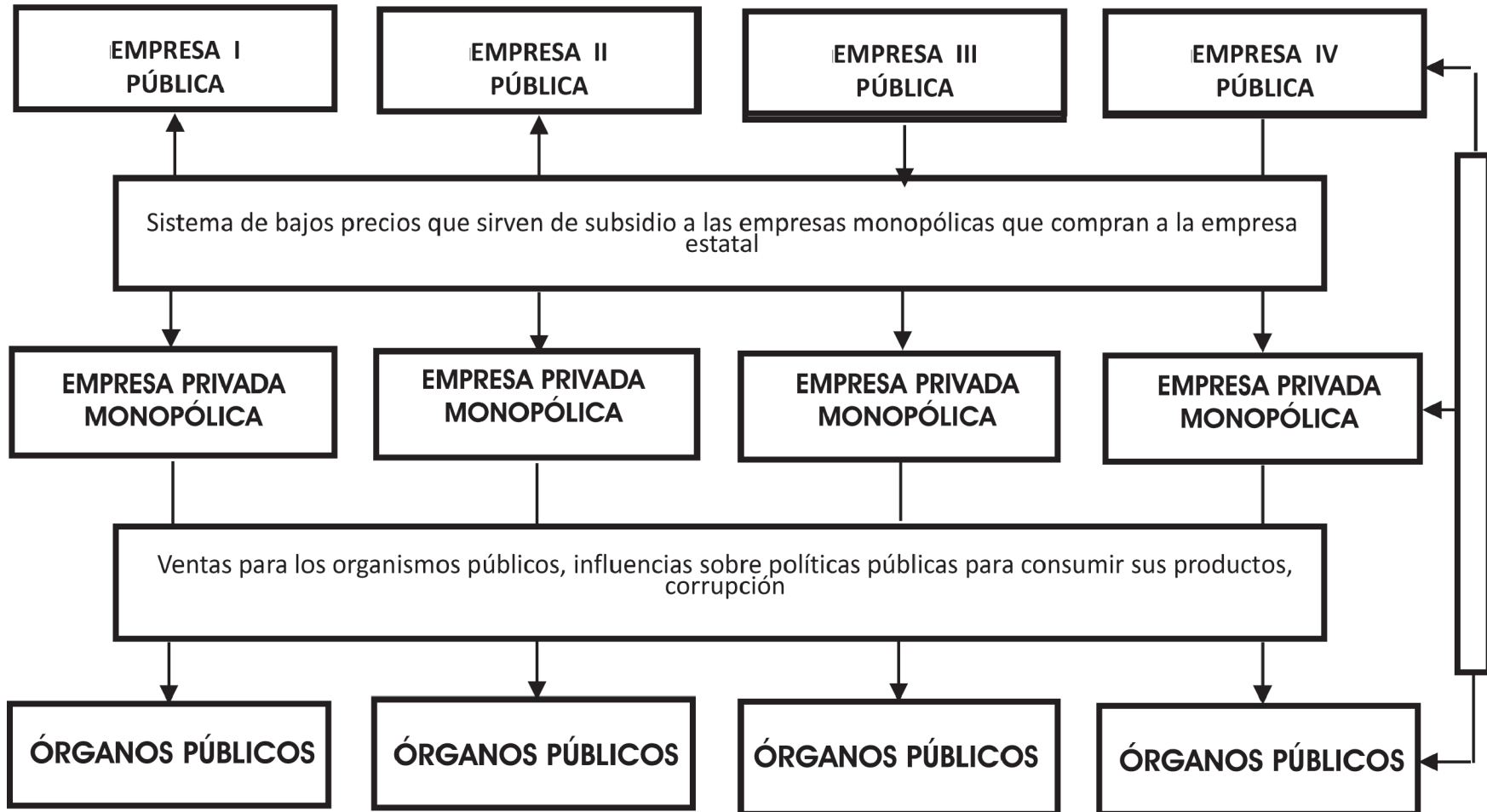


Grafico II

Capitalismo de Estado en Transición al Socialismo

